

JUAN LUIS GALLARDO

FRIDA



EMECE DISTRIBUIDORA

Juan Luis Gallardo

FRIDA

Contenido

PRESENTACIÓN DE LA NUEVA EDICIÓN	4
CAPÍTULO UNO - CÍCLOPES COYUNTURALES	12
CAPÍTULO DOS - EL AMANECER DE GABRIEL	15
CAPÍTULO TRES - RESPONSO PARA UNA REPÚBLICA	17
CAPÍTULO CUATRO - EL DÍA DEL CASTAÑAZO DEL ARCÁNGEL	20
CAPÍTULO CINCO - PARTO ADMINISTRATIVO	23
CAPÍTULO SEIS - IBERÁ Y ARRIBEÑOS	25
CAPÍTULO SIETE - EL SALÓN MARCUSE.....	27
CAPÍTULO OCHO - MÚSICA PARA ALBAÑILES	30
CAPÍTULO NUEVE - FRIDA.....	32
CAPÍTULO DIEZ - EL DUELO.....	36
CAPÍTULO ONCE - “SKAAL”	44
CAPÍTULO DOCE - EL PICAFLOR DE BURZACO.....	47
CAPÍTULO TRECE LA NOCHE DEL ANUNCIO EN LA PIZZERÍA	49
CAPÍTULO CATORCE LAS PIEDRAS, LAS RAMAS, LAS ESTROFAS	52
CAPÍTULO QUINCE KÖMPUTT KÜLLAGERFABRIKEN A. B.....	57
CAPÍTULO DIECISÉIS EL PONTEVEDRÉS ERRANTE.....	59
CAPÍTULO DIECISIETE - PEPOTE Y LOS POBLADORES DE LA BARRACA	66
CAPÍTULO DIECIOCHO - AMOR EN FOTONOVELA	71
CAPÍTULO DIECINUEVE - ANÍBAL CONTRA LOS ANTROPÓFAGOS.....	74
CAPÍTULO VEINTE - “MADE IN SWEDEN – BUENOS AIRES”.....	77
CAPÍTULO VEINTIUNO - CAMBALACHE TABULADO	80
CAPÍTULO VEINTIDÓS - EL SECRETARIO DEL SECRETARIO DEL SUBSECRETARIO	83
CAPÍTULO VEINTITRÉS - EL SÁBADO DE LAS CUATRO VIRTUDES.....	87
CAPÍTULO VEINTICUATRO - DARWIN TORRES.....	89
CAPÍTULO VEINTISÉIS - VEREDICTO ELECTRÓNICO	97
CAPÍTULO VEINTISIETE - EL PAÍS DE LOS GAUCHOS	99
CAPÍTULO VEINTIOCHO - LOS JINETES DE LA CERRILLADA.....	102
CAPÍTULO VEINTINUEVE - LAS JORNADAS DE LOS SIETE OBJETOS.....	107
CAPÍTULO TREINTA - UN YANQUI EN LOS PARAÍDOS	112
CAPÍTULO TREINTA Y UNO - LA LUNA SECRETA	115
CAPÍTULO TREINTA Y DOS -¡A LA GRAN PUJA!	119
CAPÍTULO TREINTA Y TRES - EL PERIPLO DEL REQUERIMIENTO.....	125
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO - TRAPALANDA EN EL LUNA PARK.....	131

PRESENTACIÓN DE LA NUEVA EDICIÓN

Escribí *Frida* en 1972, después de caer el gobierno del general Onganía, en el cual había participado desde un puesto secundario, con poca experiencia y muchas ilusiones. El libro recoge, en alguna medida, el estado de ánimo que me embargaba después de aquella experiencia.

Juan José Angelillo, compañero de conscripción, número diez en mi equipo de fútbol y abogado vinculado a EMECE, logró que ésta lo publicara en diciembre de aquel año. Decisión que no le resultó gravosa a la editora pues, rápidamente, agotada la primera edición se imprimió una segunda. Y, desde entonces, se suele citar mi novela por haberse cumplido varios de los vaticinios en ella contenidos. Cosa que no pasa de ser casual, pues no soy profeta ni hijo de profeta.

Como si no fuera suficiente haber reeditado *Los Ombuses de Falucho*, mis amigos sanjuaninos acometen ahora la nueva aventura de hacerlo con *Frida*. Que Dios los bendiga. Y, con intención publicitaria, dirigida a ayudarlos en su patriada, transcribo a continuación algunas de las cartas que recibí cuando apareció el libro, señalando no obstante que los elogios contenidos en las mismas son desmesurados y responden seguramente al afecto de quienes las redactaron: Ignacio Anzoátegui, Mario Amadeo, Santiago Estrada y Leonardo Castellani.

Querido Juan Luis:

Ensayo, retablo y poema, sólo sé decirte de "Frida" que era, es y seguirá siendo indispensable para esta grande y pensativa Argentina que. que nos ha tocado en suerte vivir.

Eso, y que. además me enorgullece y emociona comprobar que. todavía tenemos un acopio de clase con nosotros. Porque. cada día creo más en la necesidad de ella. Y hasta estoy seguro que. para irse al Cielo es preciso aprobar un examen de clase. Lo digo totalmente en serio.

Por todo, muchas gracias, Juan Luis. Y por lo bien que. escribes.

Sabes cuánto te admira y quiere tu amigo de siempre,

Ignacio Anzoátegui

Somos 7 de marzo de 1973.

Buenos Aires, 14 de marzo de 1973

Mi estimado Juan Luis:

Pasados ya los días de álgida expectativa que han absorbido nuestra atención durante los últimos tiempos, deseo agradecerle el envío de su novela, "Frida", así como también la amistosa dedicatoria.

Respecto a esta última, debo, en cierto sentido, rectificarla. En efecto, a pesar de la genuina amenidad con que está escrito, el libro no es "divertido". En cambio, a lo largo de una lectura casi ininterrumpida, me ha apasionado y emocionado hondamente. Porque el humorismo de buena ley que impregna sus páginas no alcanza a desdibujar su trasfondo dramático. Ocurre, en verdad, que esta sátira -de apariencia ligera y de sustancia amarga- no concierne a un país imaginario como el de "Gog" de Papini. Ese país es el nuestro y lo que de él se dice es tremendamente real.

Veamos un ejemplo. El lenguaje pedante y la vacuidad mental de los tecnócratas están admirablemente pintados. Pero esos personajes (en sí mismos risibles) no nos mueven tanto a risa cuando los tenemos que soportar a nuestro costo desde hace años; cuando en la estimativa pública tienen más poder y más prestigio que los que confieren la virtud, la sabiduría e, inclusive, las dotes del auténtico estadista.

Obvio parece que la filosofía última que se desprende de "Frida" refleja la dura experiencia de la generación a que Vd. pertenece: la que pone en evidencia a un país incapaz de "conducirse" en el ambivalente sentido de la palabra. Verdad es que el "happy end" nos proporciona un dejo de esperanza. Sin embargo, el lector objetivo tiene por fuerza que preguntarse: ¿Será así en la realidad?

Algo en ella ya ha ocurrido de lo que sucede en la novela. "Juan Pueblo" ha hecho la mejor postura del remate y ha readquirido la heredad. Confiemos

en que no volverá a fallar en su manejo porque si así ocurriera, el dictamen de la computadora no admitiría una vez más el final inesperado que en su libro tiene la subasta.

Por mi parte, soy optimista y tengo la más viva esperanza de que en la etapa que se inicia habremos de acertar en la realización de nuestro destino. Espero, sobre todo, que hombres como Vd. -que en esta obra da un testimonio cabal de fina inteligencia y de ferviente patriotismo- sean los que lleven las banderas y conviertan en realidad los anhelos de los que ya hemos concluido nuestro ciclo.

Con mis renovadas felicitaciones, vaya un fuerte abrazo de su amigo

Mario Amadeo

3 de Mayo de 1973

Querido Juan Luis:

Tu "Frida" es admirable. Más que leerla, la devoré. Me hizo reír mucho, pero mucho más me hizo pensar y meditar sobre la inmensa Verdad que constituye el fondo de tu relato. Y hasta me suscitó un sueño semiteológico que sólo tú podrías expresarlo. Algún día lo comentaremos. Entre tanto, mil felicitaciones con un fuerte abrazo.

Santiago Estrada

20 Febrero 1972

Sr. Juan Luis Gallardo – Capital.

Mi estimado Juan Luis:

El Viernes pasado fui a ver a la abogada Srta. Doctora Ignacia Moyano para consultarla acerca de un pleito pre-perdido y un lío endiablado que me ha suscitado el editor (...) ¹. La encontré enteramente entusiasmada con su libro de Vd. FRIDA, en tal forma que no supo hablar más que deso y relegó la consulta a "la semana que viene", que fue cuando recibí su ejemplar gentilmente obsequiado. Entusiasmada, asombrada y complacida. Yo le dije que no me extrañaba nada porque lo conocía a Vd. Pero la lectura seguida ininterrumpida me mostró había quedado corto. Estoy más entusiasmado que ella.

No hay en la literatura argentina libro que se le pueda comparar en excelencia. La Doctora no cesaba de ponderar "el manejo del idioma" queriendo decir sin duda la riqueza y exquisitez del instrumento. Ello es así, pero no es más que la menor de sus preces.

Hay muchas cosas admirables, mas la que me impresiona mayormente es que haya sabido llevar en medio de esa zarabanda de fantasías un hilo lógico y un final plausible, aunque imposible por ahora. Y toda esa fantasía inagotable recubre con flecos y firuletes una tremenda y no sañuda sátira a la decadencia argentina actual prolongadas sus líneas, recubierta de una invencible alegría. Intachable don poético.

Podría seguir hablando tanto o más tiempo que la jurista; pero quiero esta salga ahora mismo para mostrarle mi agradecimiento al egregio obsequio a mí y a la patria.

¹ Prefiero omitir el nombre de tal editor, con quien las cosas terminaron por aclararse.

Saludos a Mariquita.

Leonardo Castellani

Cuarenta años han transcurrido desde que los ilustres autores de las cartas que anteceden me las hicieran llegar. Y las cosas, en el país, lejos de mejorar, han empeorado decididamente. Pese a lo cual me parece oportuno cerrar estas líneas transcribiendo aquellas con que concluí mi *Crónica de cinco siglos*, en 1993²: *Pues ésta –una espera prolongada– es quizá la característica más saliente que signa gran parte de nuestra Historia. Espera que, a veces, parece a punto de concluir. Y que, con frecuencia, induce a suponer que se prolongará indefinidamente. Espera, en fin, que determina para los argentinos al menos dos obligaciones: la de saber seguir esperando, aun contra toda esperanza; y la de asumir el deber patriótico de empeñarse por verla transformada en jubilosa realidad.*

Juan Luis Gallardo

² Editorial Vértice, 3ª. edición, Buenos Aires, 2007.

CAPÍTULO UNO - CÍCLOPES COYUNTURALES

El 25 de mayo de 1810 amaneció frío y lluvioso.

Axioma escolar

–Lo escuchamos, señor Secretario de Estado.

Ante la indicación del Presidente de la República, se puso de pie el aludido, Secretario de Estado de Coordinación para el Mediano Plazo y Planeamiento Coyuntural, cuya repartición a cargo giraba bajo eufónica sigla: COMEPLAPLANECO que, en la jerga administrativa, solía sintetizarse como PLAPLA. Sin embargo, forzoso es reconocer que el grueso público prácticamente desconocía la existencia de tan importante cartera, confundido con la proliferación de compartimentos acaecida en el intrincado organigrama del Gobierno Nacional.

Carraspeó el orador de turno y, derrotado en su verba cibernética todo matiz, todo énfasis o arrebató, comenzó diciendo con monotonía aplastante:

“En mi carácter de Secretario de Estado de Coordinación para el Mediano Plazo y Planeamiento Coyuntural, se me ha conferido responsabilidad sobre el área de la Secretaría de Estado epónima, cuyo cometido, fijado en las Directivas y Cursos de Acción para el año en curso, emanados del Consejo Nacional de Políticas, consiste en implementar la coordinación en los plazos medios y efectuar la confección y evaluación de los planes apuntados a las disyuntivas coyunturales. Vale decir que escapa a mi competencia la implementación en el corto y largo plazo, como así también la planificación que exceda los eventos arquetípicos de la coyuntura. Para una mejor ubicación del señor Presidente y de los señores ministros y secretarios de Estado presentes, en el gráfico aquí dispuesto se diagraman las funciones que, conforme a la estructura aprobada para el Gobierno Central, competen al área a mi cargo y que desglosaré seguidamente para producir luego la información respectiva, pasible de evaluación en concordancia con el tema agendado. Partiré, entonces, del Capítulo veintitrés, Apartado séptimo, Punto dieciocho, Cuatro, Seis, Jota, de las Políticas vigentes. Desde la perspectiva y prospectiva aludidas...”

Implacable prosiguió el Secretario de Estado a cargo de la COMEPLAPLANECO –burocráticamente PLAPLA– mientras el Presidente pedía café para todos, vacilantes ante la primer embestida del coyuntural funcionario.

Detrás del ordenanza convocado penetró una mariposa amarilla que, luego de circunvalar dos veces el recinto, salió por donde había venido, perseguida por la callada envidia del Gabinete Nacional, cuya memorable reunión habría de prolongarse sin término, hasta hallar solución a la gravísima emergencia que lo recluyera en la Casa Rosada para sesionar a marchas forzadas.

–...el equipo de trabajo que integro ha contactado con los procesadores que evalúan los dígitos aptos para concientizar los subgrupos... –seguía diciendo el responsable del PLAPLA.

“DE: Secretaría General de la Presidencia. A: señor Secretario de Estado de El próximo día 14 V. E. se servirá concurrir a la reunión que, a partir de las 7 horas, se llevará a cabo en la Sala de Situación para considerar la crisis en curso. Dicha reunión habrá de prolongarse hasta agotar el tema. V. E. informará sobre el área a su cargo y aportará proyectos de solución parciales y generales al respecto.
Enmendado “7 horas VALE.”

El arribo de la nota que antecede trascendió hasta las Salas de Periodistas ubicadas en los distintos ministerios. Por otra parte, la Secretaría de Prensa se encargó de soplar un pampero oficial en las velas de la noticia que, raudamente impulsada, recaló en las redacciones para trasbordar a los titulares de las ediciones vespertinas y bordejar calle afuera hasta navegar las aguas de la opinión pública. Así, el anuncio de tan trascendental reunión logró quebrar la generalizada apatía de la población, casi impermeable ya al interés ante la consuetudinaria inocuidad de las medidas gubernamentales.

“REUNIÓN DEFINITIVA, HARÁSE” – anunció “La Razón”, siempre proclive al trastrueque.

“NO VA MÁS” – timbeó “Crónica”.

“HASTA QUE LAS VELAS NO ARDAN” – fue el augurio del diario oficialista.

“REUNIRÁSE EL GABINETE” – señaló “La Nación”.

“REUNIÓN” – desconfió “La Prensa”.

“CITA DE SEPULTUREROS” – vociferaba el periódico nacionalista “Tizona y Chuza”.

Sólo el “Buenos Aires Herald” relegaría la información a tercera página, pues su primera plana estuvo ocupada por los resultados del campeonato interclubs de cricket, disputado en Lomas de Zamora.

Durante la semana que precedió al comienzo de la reunión, radios, cine y televisión azuzaron hasta la hartura el alicaído interés general en torno a la importancia del suceso, logrando fabricar a su respecto el clima que rodea los acontecimientos magnos. Metáforas, hipérboles y adjetivos se agotaron en torno al mismo: “Segundo Cabildo Abierto”, “Hora Cero de la Argentinidad”, “Coincidencia de Titanes”, “Desafío Frente al Abismo”, “Cónclave de la Virilidad Cívica”; encuentro “homérico”, “liminar”, “cenital”, de “latencia germinativa” o “grávido de premoniciones”. Desde luego que, en el desbocado manejo de estridencias, se deslizaron ciertos errores de imprenta, o concepto, que regocijaron a algunos lectores avisados cuando advirtieron la impropiedad de términos tales como “etélica asamblea” o “fulgurantes flatulencias” intercalados en los textos estentóreos. De cualquier modo, a partir de las 7 de aquella inolvidable mañana de abril, la inquietud de pobladores y transeúntes del patrio suelo se proyectó, como imantada, hacia la Sala de Situación ubicada en el sector nordeste de la Casa de Gobierno.

Pese a la temprana hora, densos grupos de curiosos aguardaron, en la explanada de Rivadavia, el arribo de los coches oficiales, portadores de aquellos funcionarios que animarían el publicitado "segundo cabildo abierto", la "cita de titanes".

Al echar pie a tierra en la proximidad de la incipiente multitud, el Presidente fue presa de un súbito arranque conductivo y, sintiendo arder en su pecho la verba inflamada de César, giró sobre los talones antes de trasponer la puerta, proclamando cara al pueblo: "¡señores, buenos días!" Huérfano de inspiración, cercenó allí su arenga y traspuso la arcada, ante el leve desconcierto de los granaderos apostados.

CAPÍTULO DOS - EL AMANECER DE GABRIEL

En el paraje del Río de Solís, que dicen de la Plata...

Francisco Dávila, sobreviviente de la nao "San Gabriel".

"Señor, despiértanos alegres y danos conocimiento". Preparado así me interno en las horas luminosas o dolientes que trae el día.

José Ortega y Gasset

En algún reloj, desvelado sobre su torre, sonaron varias campanadas. Gabriel levantó la vista del libro y advirtió que una luz cenicienta traspasaba la persiana, acuchillada por superpuestos navajazos. Se estiró, subrayó prolijamente, en el programa de Derecho Civil –quinta parte–, los puntos digeridos a lo largo de la traspasada, cerró el libro y abrió la ventana.

Asomado al balcón, largo y estrecho, respiró a pulmón pleno el aire que, condensado en un fantasma de niebla, velaba apenas la lejanía de la ciudad. A su izquierda, Santa Fe se difuminaba hacia el confín vegetal de plaza San Martín. Abajo, una reja plegadiza tendía sus rombos ante el vestíbulo amodorrado de un cinematógrafo. Acompañado por intermitentes estallidos de hojalata, un camión de basura se alejaba lentamente, arrastrando un gimnástico piquete de peones municipales.

Para Gabriel había llegado el momento de dormir algunas horas, pese a los sonidos anejos a la habitual actividad de esa pensión de estudiantes, improvisada en un quinto piso de la calle Río Bamba, al confluir con Santa Fe. Sin embargo, la zambullida en el viento fresco espantó el sueño y, para sustraerse a la luctuosa codificación de las sucesiones, que había intentado memorizar durante la noche, volvió al cuarto y puso en funcionamiento la radio que estaba junto a su cama. Concluía una noctámbula audición para camioneros que había jalonado los altos de su vigilia.

"Con ustedes el boletín de las seis horas, especialmente preparado con noticias de A. P.; locales de nuestro servicio de prensa". Luego de que una voz diferente elogiara las cualidades de varios desodorantes, fungicidas, y de algún purgante cuya acción, eufemísticamente, el locutor definiera como "reguladora", prosiguió diciendo: "Dentro de una hora, aproximadamente, tendrá comienzo la reunión que, con asistencia del excelentísimo señor Presidente de la Nación, ministros y secretarios de Estado, se llevará a efecto para dar solución a la crisis sin precedentes que conmueve al país. Dicha reunión..."

Gabriel, por ósmosis y contagio, estaba también pendiente del acontecimiento. Al punto resolvió acercarse a la Plaza de Mayo antes de ceder al sueño. Sin pensarlo dos veces se dejó llevar por ese mismo sentimiento confuso que empuja a los porteños cuando, en emergencias excepcionales, se van congregando en las proximidades del teatro de los sucesos, aunque ninguna participación previsible les pueda caber en ellos. Suerte de citación tácita que ha prestado contornos multitudinarios a tantas fechas memorables,

donde el público anónimo vino a desempeñar papel protagónico por imperio de las circunstancias.

Así, Gabriel hallábase ubicado frente al Banco Nación cuando el Presidente de la República, en trance de entrar a la Casa Rosada, se dio vuelta y dijo: "¡señores... buenos días!"

CAPÍTULO TRES - RESPONSO PARA UNA REPÚBLICA

*Preguntaban qué clase de gente eran los argentinos:
si salvajes o civilizados, de qué color y figura...*

James Dodds

Cuesta abajo en mi rodada...

Carlos Gardel - Alfredo Lepera

Bosquejar la crisis que agarrotaba por entonces a la Argentina no es, por cierto, tarea fácil. Las reiteradas calificaciones de "emergencia nacional", "fatal abismo" y demás lugares comunes consagrados a la fecha, reflejaban tímidamente la pavorosa realidad de un país en efectivo trance de disolverse. Aquello parecía el hogar de un matrimonio mal avenido, donde los cónyuges, no contentos con el divorcio absoluto, hubieran acudido al recíproco uxoricidio luego de incendiar muebles y útiles de ajuar. O podría semejarse a una sociedad comercial, donde los empleados, pese a haberse decretado su quiebra, siguieran concurriendo para no trabajar ni cobrar, boqueando de hambre sobre los escritorios derrengados mientras el directorio, por inercia, continuara reuniéndose en un salón oscuro, para adoptar resoluciones que nadie cumpliera, firmadas con lapiceras sin tinta y mediante las cuales se invirtiera un dinero ausente. Comparado con un equipo de fútbol, el país imitaba un cuadro con siete jugadores, cuyo único plan de juego consistiera en sacar la pelota del fondo de su propio arco para volver a ponerla interminablemente en movimiento. Y basta de comparaciones.

El 8 de junio de 1970 concluyó, de hecho, la llamada Revolución Argentina.

A partir de entonces, las cosas fueron de peor en peor, hasta llegar a la gravísima "emergencia nacional" que citaban los diarios; hasta llegar a aquella memorable reunión de gabinete comenzada el día 14 de abril a las siete horas.

En el plano económico, la más colosal de las bancarrotas asolaba la República. Toda la gama doctrinaria había sido recorrida para prestar respaldo a la sucesión de Ministros de Economía, Secretarios de Hacienda, Primeros Ministros para la Emergencia Fiduciaria, Pontífices del Tesoro, Mariscales de las Arcas y demás funcionarios que, bajo diferentes denominaciones, habían ocupado la cartera específica, haciendo todos ellos unánime gala de incompetencia, como no fuera para apuntalar sus domésticas finanzas. El peso, bautizado escalonadamente como "moneda nacional", "ley 18188", "minipeso", "sarmiento acrílico", "dólar conosur", "ley 52643", "perón fuerte", "ché financiero" y "ley 113.513", según el tinte –o falta de tinte– ideológico de las autoridades de turno, había llegado a un descrédito absoluto. Sus últimas cotizaciones conocidas (después dejó de cotizarse) arrojaban una paridad de 154.217,26 "chés financieros" por cada yen, moneda ésta rectora de las transacciones mundiales a la sazón. Para evitar que el valor intrínseco del material en que se imprimían los pesos "ley 113.513" excediera aquel que

representaban, no existían billetes que simbolizaran cifras inferiores a las diez mil unidades y éstos, además, estaban impresos en terso papel higiénico, cuyos rollos se apilaban en la Casa de la Moneda, declarados "material estratégico" y penada su tenencia por los meros particulares con las sanciones previstas para la portación de armas de guerra.

Tal como lo proclamara enfáticamente el gobierno, no había deuda externa. Claro que ello obedecía a que su monto alcanzaba cifras tales que resultaba positivamente incobrable para los incautos acreedores. Llegado ese extremo, ante la cesación nacional de pagos, los delegados patrios en las Naciones Unidas lograron evitar que, por el momento, el activo de la quiebra argentina fuera adjudicado a la masa de prestamistas internacionales, fundando su afortunada negociación en el principio adverso al cobro compulsivo de las deudas. Claro que, previo a tocarse fondo en lo que a garantías respecta, tales prestamistas se habían posesionado de cuanto en el país fuera pasible de posesión. Así, distintas entidades crediticias de Estados extranjeros y corporaciones financieras privadas eran las auténticas titulares de la Aduana, el Banco Central, las líneas de transporte, los yacimientos minerales, universidades, correos, recaudaciones del PRODE, loterías, tómbolas, quinielas y otras menudencias regenteadas nominalmente por el Estado argentino. Los títulos de la tierra pública se encontraban, en resguardo, depositados en diversas arcas de allende y aquende los mares.

En el orden privado las cosas no marchaban mejor. Sólo algunas chimeneas humeaban al tope de las fábricas que consabidos monopolios mantenían funcionando dentro del territorio. Hasta la usura languidecía, faltas de demanda las menguadas reservas almacenadas por ciertas sociedades financieras, que por sus préstamos exigían intereses formidables y garantías ya inexistentes. En los campos habían desaparecido las haciendas, devorados los animales en su tierna infancia, mientras los cereales no despuntaban en los potreros marchitos, inmóviles las sembradoras por carecer de tracción adecuada.

Bandas irregulares de ciudadanos famélicos atravesaban ciudades, llanuras y montañas, procurando sustento para su ayuno y distracción para su ocio forzado.

Políticamente el panorama resultaba igualmente desolador. Por vía de elecciones trampeadas y revoluciones carentes de convicción, también estaba agotado el muestrario de recetas, aplicadas por advenedizos rotativos. El escepticismo más absoluto se abatía sobre la población, cuyos mandatarios –constitucionales o "de facto"– defraudaban reiteradamente el objeto de sus poderes para encaramarse a la función en procura de comodidad, figuración y lucro. Aceptado sin retaceos el lenguaje mundialmente imperante, las diversas facciones políticas coincidían en el acatamiento de un fraternalismo vacío, una mentida solidaridad universal y una claudicante tolerancia sin perfiles, que envolvían la carencia de convicciones que se enmascaraba tras los lemas marxistas, liberales o revolucionarios que presidían sus plataformas y programas.

Las cámaras legislativas reiteraron su inoperancia; los equipos golpistas persistieron en hacerse perdonar su origen, imitando en lo posible a diputados y concejales. Se multiplicó la frondosidad burocrática pues, sea con el argumento de robustecer la máquina del Estado, sea con el de estudiar las medidas tendientes a desmantelarla, se crearon más y más cargos, signados

siempre por un creciente culto tecnocrático. En efecto, a falta de ideas, a falta de creencias, a falta de sentido común, los feligreses de la técnica aumentaron hasta constituir incontable legión. El manejo de las claves electrónicas equivalió, paulatinamente, al conocimiento iniciático de aquellas fórmulas mágicas en que asentaron su poder los hechiceros tribales. Mediocres licenciados, fundados en tal manejo, se encaramaron en las más altas responsabilidades públicas y, aunque su ignorancia alcanzara cotas sorprendentes, supieron recatarla bajo cortinados de enunciaciones cibernéticas.

Y fue cundiendo el terror de gritar "el rey va desnudo". Poco a poco, nadie se atrevió a penetrar en los tabernáculos del transistor, salvo quienes contaran con el necesario salvoconducto para ello, consistente en títulos o antecedentes cuya idoneidad sólo los iniciados podían aprobar. Contra el bastión tecnocrático se embotaron todos los arrestos reformadores y ante él se inclinaron desde el general de golpe y porrazo hasta el guerrillero en ejercicio del poder. Porque uno y otro tuvieron su oportunidad para gobernar: el general cedió ante el mito del "Estado de Derecho" y el guerrillero claudicó tras la utopía de la "revolución permanente". El general fracasó por incapacidad para modificar la realidad y el guerrillero por incapacidad para comprender la realidad. El general por exceso de respeto y el guerrillero por falta de respeto. El general por no mirar el futuro y el guerrillero por desconocer el pasado. Y los dos fracasaron, además, por reverenciar a La Computadora y su clave hermética.

Hermética clave que campeaba, asimismo, en los dominios del arte, donde el ultraísmo más delirante presidía las disciplinas plásticas, literarias y musicales. Allí también los cenáculos impenetrables discernían el Bien y el Mal, conforme a normas abstrusas que sus integrantes manipulaban en forma excluyente. Lejos de la sanción que la buena gente pudiera ejercitar a su respecto, las formas artísticas habían descendido a concreciones monstruosas, palmariamente rebeladas contra los tácitos cánones acuñados por la belleza de la Creación.

Dentro de este mundo alucinante, los argentinos se consumían, huérfanos de caudillos, de poesía y de plata.

CAPÍTULO CUATRO - EL DÍA DEL CASTAÑAZO DEL ARCÁNGEL

Traigo los puños llenos de verdades.

Domingo Faustino Sarmiento

iFlaco, seco y cómo pega!

Félix Daniel Frascara

Al caer la tarde, Gabriel se encaminó hacia la Facultad de Derecho pues, no obstante la expectación que acompañaba el desarrollo de la reunión de gabinete –cuyas sesiones se prolongaban desde días atrás–, las fechas de examen no se habían postergado y debía conocer su número de orden en la lista de alumnos inscriptos.

Bajó caminando Callao y dobló por Quintana. La iglesia del Pilar levantaba un reflejo de mosaicos sobre la torre robusta, remate de su vieja fábrica blanca y amarilla. Dentro, desde el traslúcido alabastro, una espada de sol bajaba oblicua; navegando en ella, infinitas partículas sobredoraban los oros barrocos. Al fondo, mariposa de fuego, pequeña llama recordaba una Presencia.

Cruzó Gabriel los jardines adyacentes, donde perduraba alguna estatua figurativa en medio de muchas abstracciones informes, que asentaban su material bastardo sobre cubos multicolores. Antes de atravesar Figueroa Alcorta, le salió al encuentro la abigarrada propaganda que circundaba la Facultad, próxima arena de comicios estudiantiles. Árboles, faroles, bancos, pavimentos, vociferaban lemas de tiza, carbón y papel. Siglas inverosímiles estallan al paso. Sin embargo, comparadas estas contiendas con las de otras épocas, podía comprobarse una notoria disminución de entusiasmo y proselitismo. La general atonía política había ganado también a los estudiantes. Desgastadas en el poder las federaciones marxistas, desaparecidas las agrupaciones nacionalistas de antaño, anémicos de nostalgia los conservadores, fenecidos los liberales, atomizado el peronismo después de la muerte de Perón, las batallas universitarias se iban perdiendo en el olvido. Solos los profesionales de la política estudiantil incitaban a la movilización en época de elecciones, por cuanto obtener o conservar puestos de delegados significaba para ellos segura fuente de ingresos, toda vez que el Estado asignaba fuertes emolumentos a tan líricos representantes de la juventud. Además, quienes así medraban constituían vastos contingentes, pues tales cargos se habían multiplicado. En efecto, el gobierno tripartito resultaba casi legendario y, al presente, los estudiantes ejercían la mayoría de las funciones educativas. Estudiantes eran los decanos y estudiantes eran dos de los que integraban cada terna examinadora; el Tribunal de Disciplina para profesores estaba formado por estudiantes y una mayoría estudiantil constituía las comisiones redactoras de los programas y aprobaba los textos a utilizar. Dado el número inmenso de alumnos, las clases dictábanse por medio de circuitos cerrados de televisión y, como los exámenes se rendían a

través de micrófonos –encerrado el candidato en un box antiacústico provisto de células fotoeléctricas–, era normal culminar una carrera sin haber tratado jamás con un profesor. Resulta ocioso apuntar que el clásico jardín del viejo Academos yacía sepultado en la noche de los tiempos.

Al penetrar Gabriel al recinto de la Facultad, un joven de tez celeste, mentón fugitivo y voz aflautada, elevó el grito que ya había popularizado la Liga Anarco-Fraternalista de Estudiantes Liberados, o sea: “¡Muera la Patria!” Gabriel, sacudido por el grito e impulsado por un resorte instintivo, reaccionó de manera desconcertante al estrellar un impecable directo de derecha en la pera del estruendoso joven.

Caído el anarco/fraternalista, se conmocionó el concurso estudiantil. Algunos circunstantes socorrieron al castigado y, con más extrañeza que interés, dirigieron al atacante insulsos comentarios:

–Pero a vos no te hizo nada, no te hizo...

–Si te vas a tomar todo así...

–¿Estás loco, vos?

Sólo un rubiecito con cara de vivo y un mechón sobre los ojos se puso al lado de Gabriel y, con la guardia armada, ofreció silenciosa ayuda. Sin embargo, ante la pasividad general, optaron ambos por alejarse rumbo a las escaleras que suben hasta la Planta Principal.

–Linda piña, mocito

Sorprendidos por el alentador comentario musitado a su vera, se dieron vuelta Gabriel y el rubiecito del mechón en los ojos.

–Linda nomás –reafirmó la voz, que partía de entre los canos bigotes de un ordenanza de la Facultad, el cual había acelerado el paso hasta acompañarlo con la marcha de los muchachos, sin que ello alterara la tersa superficie del café que portaba en sendas tazas, firme el pulso bajo el equilibrio plateado de la bandeja.

–¿Decía? –se quiso asegurar Gabriel.

–Hermosa galleta, decía.

–Vea, para mí que lo agarré mal parado.

–No vaya a creer, si metió la derecha como la sabía meter el finado Amelio Picada, que en paz descanse.

–¿Picada...?

–Amelio, el rosarino, que fue campeón welter hace una punta de años. Después vino Calicchio... ¿O fue Rodríguez? A Ricardo lo traté y, le garanto, en el trato era una dama... lo mismo que Senatore...

–Se ve que es aficionado al box –acotó Gabriel, por decir algo.

–Y, en mis pagos era medio bueno. Fíjese que me vine de Bolívar para tirar el guante aquí. Paraba en lo de unos parientes y me entrenaba en Vélez, junto con Néstor Savino. Yo hice algunas peleas para novicios en la FAB y en el “Ebro” de Martínez, pero después me jodí la mano –informó el ordenanza, mientras mostraba el dorso de la zurda, donde una viborita blanca corría sobre el abanico de tendones hasta alcanzar un dedo en falsa escuadra–. Ahí tuve que dejar, pero me quedó la afición.

–Así que es de Bolívar.

–Ahá..., partido de Bolívar, de Urdampilleta, que le decían Torrecita... Diga, ¿quieren un cafecito? Éstos no los tomaron en la mesa Procesal y todavía están calientes.

–Si invita...

Penetraron a los dominios del viejo pugilista, una de esas cocinitas minúsculas que se recatan en los recovecos de los edificios públicos. Había una heladera, tres lampazos en un rincón y, sobre una corola azul, murmuraba eternamente la cafetera de aluminio. Sentados en banquitos, los muchachos vaciaron el contenido tibión de sus tazas. El ordenanza era un criollo de ojos amarillos, cuya cara color tierra y de rasgos acusados contrastaba con el pelo blanco, cortado y peinado con cuidado sumo; miraba de frente y llevaba su uniforme gris con el mismo empaque con que podía haber lucido las jinetas de sargento en la Guerra del Paraguay.

–En Bolívar vivían unos conocidos míos –prosiguió Gabriel.

–Buena zona y no es por ponderar –los ojos del boxeador-de-la-mano-jodida, que bien pudo ser sargento en Curupaytí, se entrecerraron y una lucecita evocativa brilló entre los párpados–. Buena zona en esos tiempos. Todavía se trabajaba fuerte en el campo. De chiquilín calentaba marcas en las yerras y ese ha de haber sido mi primer trabajo. Quedaban buenos pialadores y gente de a caballo. Pialadores puerta afuera. Vea mocito, si era otro país...

–¿Otro país?

–Otro país, pero también el mismo, según se me hace. No, si la Argentina no ha de haberse muerto, aunque vaya uno a saber por dónde anda..., no sé si me interpreta. Cuando era muchacho...

Y un mundo de leguas y madrugadas, un mundo de arreos y cerrazones, un mundo de constelaciones australes y de sentimientos silenciosos se fue abriendo frente a la emocionada curiosidad de Gabriel. Cuando, mucho tiempo después, salía de la cocinita, llevaba un amago de justificación, parcial todavía, para su reacción instintiva ante el grito del anarco/fraternalista. Y el boxeador-de-la-mano-jodida, el paisano de Torrecita, el sargento de Curupaytí, intuyó que había encontrado alguien en quién confiar. Lo mismo le pasó al rubiecito del mechón en los ojos.

En la crónica entrañable que lleva el Ángel de cada nación, esa fecha quedó anotada con caracteres destacados. Fue quizá con travesura que el celestial escriba, jugando con el nombre del protagonista, bautizó la jornada como El Día del Castañazo del Arcángel.

CAPÍTULO CINCO - PARTO ADMINISTRATIVO

¡Bárbaros!, las ideas no se matan...

Axioma escolar

Después de cinco días de reunión a puertas cerradas, el Presidente de la Nación y los miembros de su gabinete presentaban un aspecto deplorable. Manifiestamente, las comodidades dispuestas para pernoctar distaban de ser tales. A poco de iniciarse la sesión del segundo día, tras breve hesitación, el presidente se sacó el saco y autorizó a los demás para imitarlo. Al desaparecer las viandas para el almuerzo, desaparecieron las corbatas. Con la caída del crepúsculo cayeron ligas y cinturones. Mientras volaban las horas de la tercera jornada volaron los zapatos y, al irse la tarde, se fueron las medias. Cuando abría la cuarta mañana se abrieron las camisas, que dejaron su sitio al ocupar el suyo las primeras estrellas. Bajaba el sol de la quinta jornada y bajaron los pantalones de aquellos altos dignatarios...

Declinaba el sexto día cuando el Secretario de Estado de Interacción Implementaria, dependiente del Ministerio de Contactamiento Subdinámico, cuya repartición era conocida como la INTERPLIM, promediaba su luenga perorata.

"...conforme con lo delineado *ut-supra*, viene a resultar que las pre-tratativas llevadas a efecto en grado tentativo arrojan, en principio, un material de evaluación cuyo debido procesamiento sugiere la presencia de tendencias potenciales que indican un grado de apetencias comunitarias eventualmente idóneo para autorizar un encuestamiento de carencias subzonales..." –afirmó el funcionario, con pulcritud que no condecía con su traza pues se encontraba completamente desnudo en el podio desde el cual disertaba.

Al morir el séptimo día concluyó su exposición el último de los oradores, abriendo la instancia del debate que debía dar paso a las deslumbradoras conclusiones que aguardaban, suspensos, el país y el mundo.

–...en definitiva, señores, se trata de factibilizar la residualización de las áreas semisumergidas, en una acción de parámetros convergentes que virtualice el desafío generacional implantado en la correcta visualización de un imaginativo cambio de estructuras. –Así, con meridiana claridad, remató sus dichos el ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil (CATAPLUM).

–Caballeros, concluidas las exposiciones, ha llegado el momento de resumir y evaluar la información aportada y extraer las conclusiones pertinentes –enfaticó, a continuación, el señor Presidente, dignamente desnudo en su sillón de alto respaldo–. Cuenta cada uno con diez minutos al efecto –prosiguió, pasando la pelota a sus maltrechos colaboradores.

Terminados los resúmenes y evaluaciones dispuestos por el señor Presidente, algo brillaba por su ausencia: faltaban las soluciones. Once veces había amanecido y diez veces caído el sol desde el comienzo de la reunión. Múltiples fueron las disertaciones, infinitos los gráficos expuestos, astronómica la cantidad de planillas consultadas, pero ni una idea, ni una mísera idea, había turbado el transcurso del cónclave. Pese al café, trasegado a mares, pese a los turbiones de humo expelido, pese a las prendas de ropa paulatinamente abandonadas en procura de comodidad propicia a la inspiración, ni el atisbo de un proyecto se cernía sobre los circunstantes.

–Señores –urgió el Presidente– debemos arribar a una solución antes de salir de aquí. Desde lo alto de la pirámide (de Mayo) veinte siglos nos contemplan.

–La verdad... digo yo... –balbuceó un Ministro y se quedó mudo.

–Señores –insistió el Presidente– ¡hay que ponerse los pantalones!

Súbitamente ruborizados buscaron los suyos dos ministros y tres secretarios de Estado. Más ruborizados aún advirtieron luego el carácter metafórico de la expresión del Presidente.

–Los escucho, señores. –Un silencio ominoso se aposentó en el ámbito de la Sala de Situación.

Finalmente llegó una idea. Llegó la idea. La idea salvadora y terrible. La idea genial y abominable. La idea esperada y temida. La idea que se le ocurrió al ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil (CATAPLUM).

CAPÍTULO SEIS - IBERÁ Y ARRIBEÑOS

*Vinieron de Italia, tenían veinte años,
con un bagayito por toda fortuna...*

Carlos de la Púa

– ¿Adónde vas?

Gabriel y el rubiecito del mechón salían de la Facultad, conocido que hubieron sus respectivas colocaciones en las listas de inminentes examinandos.

–A la pensión, a estudiar –contestó Gabriel.

–Venite a casa, damos la misma materia y le podemos meter juntos. Sitio hay.

Así, los flamantes amigos empezaron a caminar. Cruzaron oblicuamente las arboledas de Palermo para salir antes del Hipódromo. Las cuadras se sucedieron bajo anchas fajas de estrellas que abrían las calles en el cielo otoñal. Después de un buen rato preguntó Gabriel:

–Pero, ¿por dónde vivís vos?

–Lejos, che, en Núñez, más acá de las vías.

– ¿Siempre andás a pie?

–En qué querés que ande. Colectivos no quedan casi y estoy sin trabajo hace rato.

– ¿De qué trabajás?

–En la construcción, mediacuchara. El viejo es maestro mayor de obras.

– ¿Y te arreglás para estudiar?

–Ya ves.

– ¿Cómo te dio por la abogacía?

–Mirá, mi abuelo también estaba en el oficio. Era calabrés y le metió fuerte toda la vida. A gatas si sabía firmar pero hacía trabajo fino: molduras, cornisas, yesería. Una vez lo embromaron los abogados, sin razón alguna. Y yo pensé que eso no tiene que pasar, que eso no le va a pasar a mi viejo ni me va a pasar a mí... así que acá me tenés.

Allá cerca de donde se cruzan Iberá y Arribeños estaba la casa del rubiecito, que a esta altura ya se llamaba Aníbal. Un frente simétrico, coronado por la corrida de columnitas que limitaba una azotea de baldosas; la puerta angosta sobre la cual se arqueaba el semicírculo de una reja, cuyas flechas convergentes dejaban filtrar la luz que, desde un farol de la calle, se venía a recostar en el zaguán ajedrezado; una galería con cenefa, sostenida por pilares de fierro y, al fondo, una confusa penumbra botánica.

Sobre el mantel a cuadros de la cocina apuraron los restos de la comida familiar, prolijamente reservados por la madre de Aníbal, gallega sanguínea y sentenciosa presentada a Gabriel con la debida circunspección si bien, como único dato identificatorio, éste fue definido escuetamente como "un amigo".

Durante algunas horas recorrieron los muchachos el programa de Sucesiones. Cuando el canto prematuro de algunos pájaros sugería que la noche se transformaba en madrugada y mientras el mate hilvanaba la

intimidad con sus puntadas de ida y vuelta, el diálogo fue escarbando rumbo al territorio de la confianza.

Tal vez Aníbal no haya sabido, entonces ni nunca, mucho sobre Gabriel: le bastaba corroborar la limpieza que transparentaba su mirada firme, la confianza que despertaba su tono directo y esa suerte de autoridad que escondía su llaneza, para encontrarse a gusto cerca suyo. Y no sólo a gusto: se sentía comprendido y, por así decirlo, dispuesto a jugarse a su lado, dispuesto a seguirlo sin preguntar, como cuando, horas antes, se había aprestado para la pelea en la entrada de la Facultad, súbitamente ganado por la espontánea reacción de aquel desconocido.

En cambio fue Gabriel quien, a través del testimonio vivo de su amigo, accedió a otro panorama abierto ante su emoción descubridora. Con el paisano de Torrecita galopó hacia un horizonte de cencerros y pajonales. Con Aníbal transitó el empedrado de una ciudad distinta, modesta, laboriosa y concreta. Una ciudad con arrabal de gallos madrugadores, previos a los grises trenes del alba. Una ciudad con propiedades mínimas, crecidas ladrillo a ladrillo en los paréntesis dominicales. Una ciudad celebratoria del mediodía en la fragancia de los churrascos callejeros. Una ciudad con carnavales de club y novias en sillas de mimbre. Una ciudad con tardes de fútbol y con televisión pagada a plazos. Una ciudad con padres albañiles y con hijos abogados.

CAPÍTULO SIETE - EL SALÓN MARCUSE

*Roma nos trajo el árbol ya preso en la columna;
los dispersos instintos sujetos al Derecho
y sometida el agua salvaje al acueducto
y el grito al alfabeto.*

Agustín de Foxá

Todos los caminos conducen a Roma.

Axioma extraescolar

Gabriel y Aníbal, encerrados cada cual en su respectivo cajón hermético munido de micrófonos y televisor, asistían a una de las últimas clases previas a su examen. Desde la pantalla azulada el disertante desmenuzaba los detalles de la sucesión testamentaria. Esta vez, quien enseñaba era el único profesor de la mesa examinadora, el cual compartía la responsabilidad docente con dos alumnos de primero y quinto año. En uso de su turno, el viejo maestro aprovechaba para extenderse en la exposición del Derecho Romano, casi unánimemente desconocido por los egresados de la Facultad y cuya enseñanza tenía absolutamente sin cuidado a sus colegas de asignatura que, por otra parte, lo ignoraban en grado superlativo.

–“...Si la cosa se cambia en otra especie, el legado concluye. *Ex dissolutione et permutacione rei legate in alteram speciem, voluntas mutata videtur.* La Ley citada de Partida pone por ejemplo de la regla, el caso en que el testador hubiese hecho un legado de lana y después con ella hubiese fabricado paños, o un legado de madera que después hubiese empleado en la construcción de un buque, y decide que ni los paños ni el buque son debidos. La misma Ley Romana dice: *Materia legata, navis, armariumve ex ea factum, non vindictur... Navis autem legata, dissoluta, neque materia, neque navis debetur.* ¿Y por qué aquel a quien el buque ha sido legado no tendría derecho a la materia *dissoluta nave?* La Ley da la razón: *Nam mutata forma prope interimit substantiam rei*”.

“Los jurisconsultos romanos proponían una solución diferente cuando el cambio se aplica a una cosa que, aunque revestida de una nueva forma, puede fácilmente volver a tomar la que antes tenía. Así, dice la Ley Romana, si yo lego a un individuo un lingote de plata, y después hago un vaso con él, el legado será debido porque la plata no pierde su nombre por la transformación y puede fácilmente tomar por el fuego la forma de lingote” –leyó el profesor, paladeando el texto.

–Como pueden ustedes advertir, jóvenes amigos –prosiguió diciendo– la nota aclara bellamente el sentido del artículo tres mil ochocientos tres, cuya redacción les recordara desechando la modificación introducida por la ley de Fe de Erratas...

A esta altura de la clase, los micrófonos conectados a las múltiples cabinas empezaron a llevar hasta el profesor un murmullo creciente, que se

fue tornando más nítido y estrepitoso hasta adquirir la cadencia peculiar del “pan francés/chocolate inglés”. Una expresión de fastidio se reflejó en la cara del jurista quien, finalmente, consultó el reloj para percatarse que su clase había excedido en cuarenta segundos el tope de quince minutos fijado al efecto por el gobierno universitario de los alumnos. Como las clases de un cuarto de hora (con recreo intercalado de cinco minutos) constituían, precisamente, “una conquista del claustro estudiantil”, los integrantes de dicho claustro hacían sentir su protesta ante el avasallamiento que implicaba la extralimitación del profesor. Conteniéndose a duras penas, terminó éste:

–Si alguno de ustedes abriga cierta inquietud cultural; si por casualidad, alguien tiene interés en profundizar o aclarar el tema, me pongo gustoso a su disposición en la Sala de Profesores... Perdón, en la ex Sala de Profesores, actual “Salón Marcuse”...

Las últimas palabras se perdieron entre una algarabía de sillas corridas y conversaciones reanudadas.

–¿Y si vamos a pedirle al profesor que nos cuente el final de la clase?
–propuso Gabriel al encontrarse de nuevo con Aníbal.

–Vamos.

Pronto descubrieron al maestro en un rincón de la Sala de Profesores (Salón Marcuse) y, con alguna timidez, le hicieron el pedido. La solicitud logró que se iluminara la cara del romanista, quien invitó a los muchachos para que se sentaran en sendos sillones próximos al suyo. Llamó al ordenanza y pidió café.

El profesor era aquello que se entiende por un hombre distinguido. Su buen porte lo hacía parecer alto, aunque no lo fuera, y su traje de confección mentía una cuna de altas tijeras en el prolijo descuido con que lo llevaba; los ojos azules señalaban que el pelo –ralo y peinado para atrás– había sido rubio antes de encanecer. Hablaba con la naturalidad que otorga una larga educación y con el aplomo del que sabe desconfiar de sí mismo. No disimulaba la alegría que le provocara aquella visita y su abierta cordialidad instalaba una relación cómoda donde, sin embargo, conservaba lugar el respeto.

–Para serles franco, ya había llegado al final de la clase, pues estaba preparada de acuerdo al tiempo con el que contaba. Total, ¿qué se puede enseñar en clases de diez minutos? El Derecho no está en los artículos del Código ni en los incisos de cada una de sus reformas. Los artículos e incisos los sabrán ustedes mejor que yo, pues para eso tienen sus grabadores y sus apuntes y esos sistemas que usan para memorizar durmiendo. Se ríen de mí porque insisto con el Derecho Romano. Pero es que en él se hace patente lo que es el Derecho. El Derecho es Civilización, muchachos. Fíjense, Roma estaba vencida; las águilas de sus legiones, que se habían afirmado en cada esquina del mundo conocido, eran pisoteadas sin remedio por unos hombres rubios, elementales, con olor a fogatas de roble y a sudor de caballos, que ahora eructaban bajo los mármoles perfectos. Pero esos hombres rubios, vitales y prácticos al fin, tuvieron la instintiva sabiduría de dejarse derrotar por la sabiduría de los derrotados. Y, poco a poco, respaldaron con el *imperium* de su fuerza saludable la armoniosa equidad de sus vencidos. Ahí está, evidente, la virtualidad civilizadora del Derecho. Y... ¿cómo quieren que enseñe, que transmita esas cosas en clases de diez minutos? La barbarie se ha instalado en nuestros tiempos. Eso es grave... sin embargo... esta barbarie quizá lleve latente, como aquélla, un nuevo amanecer tras el derrumbe...

Mientras el profesor hablaba llegaron los tres cafés pedidos y, atrapado su interés por el entusiasmo del maestro, el ordenanza se había quedado a distancia prudente, sin perder palabra aunque simulaba componer un cortinado.

–Pero, aquí está muy encerrado –advirtió de golpe el profesor–. Vamos a dar una vuelta –dijo y se puso de pie.

Lo seguían los muchachos cuando repararon en el ordenanza, desconsolado ante la retirada y que resultó ser, casualmente, el Boxeador-de-la-mano-jodida, el Paisano de Torrecita, el Sargento de Curupaytí.

– ¿Cómo le va? –saludó Gabriel.

–Lindo nomás. Ya me estaba por ir.

Desde la puerta se dio vuelta el profesor que, reconociendo al ordenanza, también lo saludó.

–Buenas tardes, Santos.

–Buenas tardes, doctor.

– ¿Salía, don? –preguntó Aníbal a Santos.

–Así es.

–Venga, vamos –invitó el profesor– también nosotros salimos.

Así, por la puerta del garaje, pasó el grupo heterogéneo compuesto por el Profesor, Gabriel, Aníbal o el Albañil del Arrabal y Santos o el Boxeador-de-la-mano-jodida, Paisano de Torrecita.

CAPÍTULO OCHO - MÚSICA PARA ALBAÑILES

*Pues lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.*

Francisco Luis Bernárdez

Bajo el gomero que abre su inmenso paraguas al pasar Posadas, caminan, peripatéticos, el Profesor, Gabriel, Aníbal y, dos pasos atrás, Santos. El Profesor continúa:

—...Un legado de lana, pero con esa lana han hecho un paño; un legado de madera, pero con esa madera han hecho un navío; un legado de plata, pero con esa plata han hecho un vaso. Y, por la acción del fuego, la plata que deviene otra vez en lingote... ¿Ven ustedes la belleza que fluye hasta del mero nombre de las cosas? Lana, paños, madera, navíos, plata, fuego. Y de allí, de la entraña simple de las cosas y de la conducta de los hombres nace el cometido ordenador del Derecho, regido por la Equidad, por la Justicia, que son reflejos de Dios. Es curioso, pero cuando se desechan las abstracciones crecen obras grandes. Cuando los hombres, por lo alto, entienden a Dios como algo concreto y operante, mientras por lo bajo actúan sobre las cosas, consuman empresas formidables. De ese modo tiraron para adelante mis antepasados conquistadores de esta tierra y la gente de mi familia que peleó en la Independencia. Después, tal vez se le haya embarullado el concepto por lo alto, pero el Patriotismo fue un sustituto todavía eficaz del sentido religioso y no perdieron su aptitud para manejar los hechos. Y ganaron guerras y fabricaron un país... un país que se nos está haciendo pedazos a manos de los macaneadores. También yo he perdido la facultad de actuar sobre las cosas. Admiro a quienes levantaron ciudades, atravesaron cordilleras, armaron barcos, tendieron alambrados y doblegaron parlamentos pero, lamentablemente, no paso de ser, aunque no me guste, un intelectual, un soñador, un viejo profesor de Sucesiones, menospreciado por sus alumnos e inepto para modificar la realidad.

—Doctor, no sé si usted será capaz de modificar esta realidad, pero sí sé que sabe despertar otra realidad que duerme abajo de ella y que, dormida, sostiene el presente. No sé cómo decirlo, pero me está pareciendo que para edificar el futuro hacen falta soñadores y albañiles. Soñadores que sepan el pasado y canten el porvenir; albañiles que construyan el presente con música. Usted cumple su parte, doctor. Sin música, los albañiles se duermen, se desalientan —interrumpió Gabriel, poniendo en sus palabras un énfasis que a él mismo sorprendió.

—Muchacho —dijo el Profesor, disimulando la emoción que le garuaba en los ojos—. Realmente no sé si soy un soñador ni creo ser ese músico de que habla. Pero tengo la certeza de que ustedes son los albañiles del porvenir y que la música les canta en la sangre. Sin embargo, quizá sea cierto que nosotros, los mayores, podemos agregar motivos al argumento de sus poemas y arrimar justificaciones a la intuición de sus razones. Y para eso no estoy yo solo. Aprendan a buscar el país detrás de cada cara honesta, detrás

de cada vida bien vivida. Algo les puedo dar. Otro poco les puede dar Santos, que es criollo y es derecho. Seguramente, cada uno en su lugar, el tatarabuelo de Santos y mi tatarabuelo han de haber sentido el mismo estremecimiento al escuchar, en la madrugada, el redoble imponente del malón próximo o, tal vez, los dos hayan mirado con idéntica esperanza los nubarrones de una tormenta, cuando la seca apretaba en el rigor del verano. Mi tatarabuelo fue soldado, diputado, estanciero, fue...

Y otro sector de horizonte se abrió en el corazón de Gabriel. Después de internarse entre el paisaje sobrio de Torrecita, después de recorrer el suburbio empeñoso de Aníbal, le invadía un pasado de mando responsable, un pasado impetuoso de conquista y patriotismo. Caía el sol cuando el grupo se separó frente al "Palais de Glace", en la bajada de la Recoleta, rompiéndose hacia los cuatro puntos cardinales.

El-Ángel-de-la-Nación-Argentina, que había punteado un obvio cielito cuando el encuentro con Santos y que, de volea, había empalmado una pelota de trapo durante el relato de Aníbal, se puso a tirar mandobles con un sable de caballería mientras el profesor delineaba la semblanza de sus ancestros. Después, el celestial escriba repasó en su cronicón viejos hechos de la Patria-niña.

*"Exmo. Sr. Supremo Director de las Provincias Unidas de Sudamérica.
-Exmo. Sr.: Nada existe del ejército enemigo, el que no ha sido muerto es prisionero. Artillería, 160 oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están en nuestro poder: yo espero que este último me lo traigan hoy; la acción del 19 ha sido reemplazada con usura; en una palabra, ya no hay enemigos en Chile. Dios guarde a V. E. muchos años. Quartel general en el campo de Maipo 5 de abril de 1818".*

CAPÍTULO NUEVE - FRIDA

Eche 10 centavos en la ranura...

Raúl González Tuñón

La idea salvadora y terrible, la idea genial y abominable, la idea esperada y temida que se le ocurrió al ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil (CATAPLUM) era, sencillamente, la siguiente:

Visto: la complejidad intrincada de la crisis que atraviesa el país, cuyos alcances, ramificaciones, causas, motivos y eventuales remedios exceden en mucho la capacidad de comprensión, síntesis e imaginación del material humano llamado a remediarla y

Considerando: Que la técnica electrónica ha superado con holgura los ya obsoletos recursos de la mente humana. Que el manejo de dicha técnica electrónica alcanza su más alto nivel en la península escandinava y, más concretamente, en la hermana nación de Suecia. Que, precisamente, en dicho país, se encuentra en vías de terminación uno de los más avanzados exponentes en materia de computadoras, la cual computadora resulta apta para llevar a cabo prodigiosas operaciones mentales.

Se propone: Art. 1º –Arrendar los servicios de tal computadora, aunque para ello deba apelarse a recursos extremos y, luego de suministrar a la misma toda la información necesaria, aceptar su veredicto referente al destino de esta República.

Art. 2º –De forma.

La idea del señor Ministro era sencilla, práctica, realizable. Luego de oír atentamente su formulación, se miraron entre sí los miembros del gabinete. El Presidente asimiló el impacto que le produjo escuchar la exposición de una idea, contingencia excepcional por cierto en el seno de su equipo ministerial. Finalmente saltó en el aire y pegó un alarido de regocijo, mezcla de zapucay con ladrido; abrazó estrechamente al Ministro de Catalización, etc. y a un taquígrafo que andaba cerca. Después se abrazaron ministros y secretarios de Estado. Alguien tiró a lo alto la bobina de una máquina de calcular, que atravesó el ámbito igual que la serpentina nerviosa y fina cruza en la noche del carnaval. El papel picado de una perforadora se elevó cual travieso surtidor para nevar luego sobre la alfombra. Algunas risas, agarrotadas por la emoción creciente, llegaron al llanto estentóreo que vino a aquietarse en mansas lágrimas. Por fin, desnudos y llorando a moco tendido, el Presidente y sus conspicuos colaboradores bailaron la ronda-catonga tomados dulcemente de las manos.

Pero la dura realidad vino a golpear en el alborozo de los funcionarios, cuando alguien descubrió que faltaba arbitrar los medios tendientes a pagar el arriendo de la maravillosa computadora. Nuevamente sentados, comenzó el recuento de los paupérrimos recursos subsistentes. Tantos rollos de poroso papel moneda; algunas cabezas de ganado superviviente en la Isla de los Estados; tres pozos de petróleo recién descubiertos en Formosa; medio vagón de uranio extraído clandestinamente de Famatina, cuyas reservas minerales

estaban hipotecadas; nueve estampillas con fallas, aparecidas al ordenar el sótano del Correo Central y de valiosa cotización en el mercado filatélico extranjero; cuatro tatús-carreta, especie casi desaparecida, buscada afanosamente por los zoológicos del mundo; una bolsa de "cospeles", transformados en presa numismática; un par de botas que calzara el General Arenales y la cola del caballo pinto que perteneciera al ex Presidente Perón. Con tales recursos, más la garantía personal del Presidente y sus Ministros, se estimó podía afrontarse el pago de parte del alquiler de la máquina, procurando financiar el saldo como fuera posible, llegado el caso.

Resuelto el problema, convocó el Presidente a Conferencia de Prensa.

El Salón Blanco de la Casa de Gobierno era un ascua dorada. En el techo color crema se entrelazaban guirnaldas de estuco, reflejadas por los espejos generosos. El busto ubérrimo de la República centraba la asamblea de impasibles presidentes, cuyos fraques y uniformes de mármol contrastaban con la desnudez clásica del torso de Alvear. Una encrespada marea de periodistas desbordaba el recinto, cruzado en todo sentido por las serpientes eléctricas que alimentaban focos y cámaras. Vivísimos rayos de luz convergían sobre el rojo estrado que soportaba al Primer Mandatario y a su ínclito gabinete. Recompuesto el aspecto de éste, sus integrantes denunciaban, no obstante, los rastros de su maratón administrativa, patentes en palideces sepulcrales y ojeras cárdenas. Cien mil micrófonos cercaban al Presidente, semejando metálicas protuberancias asentadas en su cabeza consular.

Por fin el Jefe de Estado habló e hizo conocer al país y al mundo la decisión tomada. Así supieron los argentinos que su futuro había sido confiado al veredicto inapelable de una computadora sueca. Veredicto efectivamente inapelable pues, mediante una ley fundamental, firmada poco antes por el Presidente, refrendada por ministros y comandantes en jefe, como así también visada por el Congreso, se confirió tal carácter al dictamen del aparato. Ello se estimó necesario para justificar los esfuerzos a realizar y para convalidar la trascendencia de la épica reunión recién concluida: si se había dicho que la República enfrentaba una disyuntiva crucial, debía ser irrevocable el camino elegido ante ella. La palabra empeñada estaba de por medio y este era un gobierno serio, qué embromar. En cuanto al visado de la ley por el Congreso, no resultó un trámite difícil ya que, mediante una reciente reforma constitucional, se había implantado un procedimiento que, no obstante su aparente complicación, de hecho permitía al gobierno hacer aprobar sus iniciativas a libro cerrado y en pocos minutos, siempre y cuando contara con la mayoría parlamentaria, mayoría ésta con la cual contaban las autoridades reinantes. De manera que, en general, los señores diputados y senadores se limitaban a percibir sus dietas y a proferir, de vez en cuando, largos discursos apuntados a justificar el mandato recibido, todo esto conforme a reiterados precedentes en la materia.

Una vez terminada la Conferencia de Prensa, los periodistas suministraron amplia información. Poco después, a lo largo y a lo ancho de las Provincias Unidas del Río de la Plata, nadie ignoró el desarrollo del "segundo cabildo abierto", de la "cita de titanes", del encuentro de los "cíclopes coyunturales", si bien algunas de sus intimidades fueron

cuidadosamente sustraídas a la pública curiosidad. En las crónicas adquirieron majestuosos contornos las intervenciones de cada funcionario; sus nombres sonaron con acentos de dianas victoriosas y, en los relatos palpitantes de los rotativos, fueron redobles gloriosos las menciones a la COMEPLAPLANECO (PLAPLA), la INTERPLIM y la CATAPLUM. Un reflejo espartano doró el perfil del Presidente. Un dejo ático tiñó ciertas descripciones de la Sala de Situación. Y probablemente no existió ironía cuando se deslizó alguna referencia a los gansos del Capitolio.

Así, la máquina estupenda se transformó en el eje de la vida nacional. Todas las expectativas, todas las esperanzas, todas las ilusiones, todas las incertidumbres, todos los escepticismos y todos los celos, empezaron a girar en torno al aparato. Y éste pronto tuvo nombre; después de rápida investigación, un periodista descubrió que el prodigio electrónico, como toda computadora que se respeta, tenía nombre de mujer. Tenía un nombre nórdico y misterioso, salvaje y atractivo: se llamaba Frida.

La figura de Frida fue pronto popular entre los argentinos, pues sus fotografías cundieron a raudales. Frida era verdosa, de líneas suaves y redondeadas, su tono mate apenas se alteraba al devenir en cristales opalinos y estallaba en los pimpollos multicolores de sus botoneras primaverales. Susurraba al influjo de eléctricos diapasones y una constelación de lucecitas parpadeaba en sus diales, estremecidos por oscilantes relámpagos tenues. Sin embargo, en los sueños de algunos pobladores, Frida trascendía la limitación de sus materiales para encarnarse en una suerte de walkiria gigantesca, de revuelta melena roja, pechos de bronce y ojos turbios como la borrasca en el Mar del Norte, cuya amenazante aparición les hacía despertar sobresaltados.

Quienes sufrían estas pesadillas eran, sin duda, sólo algunos inadaptados. En efecto, la masiva propaganda oficial se estaba encargando de ofrecer una imagen maternal, amable y segura de Frida, la computadora. Expertos psicólogos, diestros en el manejo de mensajes subliminales, bombardearon la población con implícitas referencias a la computadora-madre, la computadora-regazo, Frida-Hogar, Frida-Ternura, Frida-Beso, Frida-Patria, Frida-Escarapela, Frida-Veinticinco de mayo que amaneció frío y lluvioso. Se difundieron versiones para niños del nuevo cuento *Frida y los Siete Enanitos*, como así también del relato *Caperucita Frida y el Lobo Feroz*. En los libros de lectura, Frida aparecía con adorables ojos celestes y una varita mágica en la diestra, rematada por luciente estrella. La silueta de la máquina apareció en las camisetas del seleccionado nacional de fútbol y, repetida, en el corpiño de las coristas. Por las calles de ciudades y pueblos múltiples altavoces difundían un bello motivo folklórico denominado *La Chacarera de Frida* y, al caer la noche, hacían escuchar el *Arroró mi Frida*, candorosa melodía que acompañaba a los argentinos hasta los umbrales del sueño. De modo que, quienes resistieran tan seductores hechizos, no podían ser otra cosa que inciviles sujetos, cuyo subconsciente, con toda seguridad, había sufrido traumas inconfesables.

Después de algunas tratativas telegráficas, promediando el mes de mayo, partió rumbo a Suecia la misión especial encargada de ajustar el alquiler de la computadora y velar por su feliz arribo al país. Algunos curiosos observaron la partida desde las azoteas del aeropuerto, mientras los compases de *La Chacarera de Frida* atronaban el lugar, sofocados esporádicamente por el bramido de las turbinas supersónicas.

Aquella tarde mayo, el Ángel-de-la-Nación-Argentina, visiblemente molesto, puso en funcionamiento su propia usina al tiempo que decía:

–¡Si quieren chiches eléctricos, ya van a ver lo que es bueno!

Y una tormenta descomunal se abatió sobre el territorio patrio, descargando tal surtido de relámpagos, rayos y centellas, que ni los más antiguos residentes recordaban haber visto nada parecido en el curso de sus vidas. Durante tres días y tres noches el cielo fue un vivo refucilo.

Los Demonios Nacionales, Notemetas, Tilingófeles y Macaneo (pariente pobre de Asmodeo), celebraron la fecha brindando con Benedictine y Licor de las Hermanas.

CAPÍTULO DIEZ - EL DUELO

El duelo es la civilización de la venganza.

Leopoldo Lugones

Precariamente envueltos en toallas blancas, un grupo de señores almorzaba en el vestuario, contiguo a los baños del Club Azul. Una adecuada calefacción permitía la libertad de tal atuendo, que otorgaba cierto aire senatorial a los comensales reunidos en torno a la mesa bien provista. La madera clara y los herrajes de bronce agregábanle calidez al ambiente, presidido por una balanza arcaica y majestuosa, cuya severa presencia contribuía a moderar el apetito de los socios allí reunidos.

Uno de tales socios era el Profesor, quien accediera a la calidad de "vitalicio" pese a faltarle dos años para encontrarse en condiciones de disfrutarla. Ello obedeció a que la Comisión Directiva, enterada por terceros de que la situación económica del Profesor no le permitía pagar ni una cuota más, le confirió esa distinción disfrazada como reconocimiento a sus méritos docentes. Desde luego que el más riguroso secreto envolvió estas circunstancias pues, de sospechar el agraciado la verdad de las cosas, su renuncia hubiera sido inmediata y categórica.

La sobremesa se alargaba y la conversación no había decaído, pese a que uno de los más caracterizados consocios ya dormía plácidamente su siesta, aislado del mundanal ruido por una suerte de antifaz sin orificios que lo sumergía en nocturnas tinieblas, diminutas e intransferibles.

Con su toalla terciada a la manera de Petronio, decía el Profesor:

—...demasiadas cosas han cambiado desde entonces para que todavía se pretenda mantener el concepto romano de la propiedad. Mire, amigo, que a mí me da fuerte por Roma pero... piensen que se trataba de un mundo pre-cristiano, de un mundo donde era aceptada la esclavitud con toda naturalidad. Hoy se ataca a la propiedad de un modo estúpido, cuando no infame. Pero también se la defiende de manera estúpida e infame. Para ser claro, considero que entender al derecho de propiedad como un derecho absoluto resulta de una mezquindad delirante, de una mezquindad que alcanza la canallada.

Más hubiera valido que el Profesor no mencionara canallada alguna. Al oír tan tajante referencia, con un brusco revuelo de toalla se puso de pie don Domingo y, tras vestirse en medio de un silencio molesto, salió con un portazo. En seguida, detrás de él, salió Albertito, o el doctor Alberto, o Tito, así, de manera familiar.

En la palmera del fondo cantaba una calandria madrugadora cuando, al día siguiente, el repiqueteo del timbre conmovió la casa del Profesor, anacrónicamente ubicada cerca de Chacabuco y Méjico. Su propietario, levantado hacía rato, abrió la puerta envuelto en un batón cuyo color rojizo declinaba en lento crepúsculo. Y fue con auténtica sorpresa que se encontró,

cara a cara, con el doctor Alberto –Tito– y un longilíneo mancebo de mirada estrábica.

–Buenas –saludó con extrañeza el Profesor.

Un deliberado silencio acogió su saludo.

– ¿Quieren entrar? –ofreció, siempre confundido.

Los visitantes no avanzaron ni un paso.

–¿Qué los trae por aquí? –preguntó por fin el dueño de casa–, ¿qué los trae a estas horas?

Tito y el Estrábico compusieron graves expresiones de circunstancias, premonitorias de arduas emergencias, pero nada respondieron.

– ¿Qué caracho les pasa? –explotó el Profesor ante tanto rodeo y circunspección.

–No emplee esos gruesos epítetos –amonestó aquí el Estrábico, rompiendo su mutismo.

–Qué epítetos ni epítetos. Me vienen a joder a las siete de la mañana y no consigo enterarme para qué.

–Venimos en cumplimiento de un deber caballeresco –reveló a medias Albertito.

– ¿Caballeresco?

–Caballeresco.

–Ahá, caballeresco. De caballeros; de la clase de los équites –divagó el Profesor abstraído.

–Venimos en cumplimiento de una delicada misión encomendada por un amigo.

–Fíjense.

–Conforme lo establece el Código de Honor...

–El Código de Honor, el Código de Honor, el Código... ¡Zás! ¡No me digan que estamos de duelo!

–Nuestra misión aún no se refiere a duelo, sino que estriba en requerirle inmediata retractación de la ofensa inferida a nuestro representado.

– ¿Domingo? –dedujo el Profesor.

–Domingo –corroboró Tito.

–Vean, yo no inferí ninguna ofensa, así que no tengo nada de qué retractarme.

–De manera que no se retracta.

–Pero de qué quieren que me retracte... además, menos exigencias, ¡qué jorobar!

–Dada su actitud, aguardamos a sus representantes –interrumpió el Estrábico, susceptible.

–Pero...

No pudo seguir el Profesor pues ambos depositarios del honor de Domingo habían pegado media vuelta y, tras dejar en sus manos sendas tarjetas, se alejaban rígidos entre el tráfago de amas de casa, fragante de achicorias y salsifíes.

Gabriel y Aníbal llegaron a la casa de la calle Chacabuco, requeridos por el Profesor. Les abrió la hija de éste, cuyos gloriosos diez y siete años se esfumaron luego discretamente.

–...y a este panete no se le ocurre nada mejor que mandarme los padrinos –terminó de referir el ofensor.

–¿Y qué quiere que hagamos? –preguntó Aníbal.

–Ya que no puedo arreglarme mano a mano, les voy a pedir que lleven un mensaje mío a los padrinos de Domingo.

–¿Quiénes son los padrinos?

–Bueno, uno es Tito... Me acuerdo la rabia que me daba cuando Perón hablaba de oligarcas y los metía todos en una misma bolsa; pero Tito es ese oligarca de caricatura que pintaba Perón. Tilingo, acomodado, abogado de empresas americanas. En fin, abogado: traficante de influencias, mejor dicho. Al otro lo conocí hoy, pero ya había oído hablar de él. Es un pontífice por cuenta propia. Tiene el tema fijo de la propiedad privada... dueño del tema. Por él se puede venir el mundo abajo, se puede morir de hambre media población, que todo estará bien si el bendito, intangible y sacrosanto derecho de propiedad se mantiene en pie. A algunos les da por las bailarinas, a éste le dio por la propiedad; parece más aburrido, pero sobre gustos no hay nada escrito decía una vieja. En cambio, Domingo es mucho mejor que ellos. Rico, venido a más; se movió como loco para entrar al Club y no se cambia por nadie. Pero tiene empuje y tira para adelante. Se abrió camino a codazos, cinchó y repechó. Si van a ver, este incidente no habla mal de él. Adora sus propiedades y alzó un guante que, en realidad, no le tiré. Claro que, como les pasa a los recién llegados, se toma demasiado en serio las que supone reglas de sus flamantes pares. Este Domingo... –dijo el Profesor, ya casi jovial.

–Muy bien, ¿y ahora qué hacemos? –terció Aníbal.

–Ahora van a ver a los padrinos de Domingo y les dicen de mi parte que acá no va a haber duelo. Que no va a haber duelo porque yo soy partidario del asesinato.

–¿De lo qué? –descuidó su sintaxis Aníbal.

–Del a-se-si-na-to –recalcó el Profesor.

–¿Asesinato?

–Sí señor. Ustedes van a esta dirección y le dicen eso a Tito y el otro. Háganme el favor.

–Les decimos que usted es partidario del asesinato.

–Les dicen que yo soy partidario del asesinato.

La sonrisa con que, en la puerta, los despidió la hija del Profesor, logró que Aníbal olvidara por completo el mensaje que debían transmitir.

El portón de la quinta que Albertito tenía en Acassuso estaba flanqueado por pilastras macizas, rematadas por sendas piñas de piedra. A un lado se leía *Los Paraísos*, en el otro decía 1876. Doble hilera de magnolias sombreaba la calle que conducía hasta una breve escalera, cuyos cuatro peldaños trepaban hasta la galería que vinculaba ambos cuerpos de aquella casa, construida en forma de sólida "H" y que abría sus altas ventanas entre el abrazo dulzón de los jazmines.

Crujía el piso de grava (recordar aquí a Conan Doyle) mientras Gabriel y Aníbal avanzaban, acompañados por la brisa del río enredada en las magnolias.

–¿Y qué les tenemos que decir? –se quiso asegurar Aníbal.

–Que de antemano el Profesor se niega al duelo porque es partidario del asesinato.

–¿Y si nos piden aclaraciones?

–No hay aclaraciones. El Profesor sabrá lo que dice. Nosotros repetimos el mensaje y listo.

La catástrofe que aquejaba al país no parecía, por cierto, haber alcanzado la verja de *Los Paraísos*. Los visitantes fueron recibidos por una mucama muy peripuesta, que los hizo aguardar en la sala, donde los armoniosos muebles coloniales sugerían en el celeste de sus tapizados alguna floración unitaria abierta en la genealogía del árbol familiar. Había camafeos y abanicos alojados en varias vitrinas.

Después de un rato entraron al cuarto de Tito –calva brillantada, cara de luna, anteojos verdosos– y el Estrábico –chaleco violeta– a quienes comunicaron su personería los enviados del Profesor.

–Muy bien –dijo Tito– empezaremos por plantear la reclamación de nuestro ahijado.

–No –cortó Gabriel con aplomo– venimos nada más que para transmitir un mensaje muy concreto del Profesor.

–¿Y qué dice el Profesor?

–Manda decir que acá no habrá duelo porque él es partidario del asesinato.

–Del amasijo –precisó Aníbal.

–Del ase... –balbuceó Tito.

–Del ama... –tartajeó el Estrábico.

–Eso –confirmó Gabriel.

–No entiendo. Esto es completamente irregular –recapacitó Tito.

En ese momento, desde el cuarto contiguo, se alzó un vozarrón impaciente que delató la clandestina presencia de Domingo.

–No quiero nada irregular –vociferó–. Todo en orden. Todo de caballeros. ¿Cómo asesinato? ¿Cómo amasijo?

Tras su interferencia verbal apareció en la estancia Domingo, cárdeno de indignación su rostro de carancho rubicundo.

–Nada irregular –repitió–. Todo entre caballeros. Un asunto de honor, ¡qué embromar! ¿Cómo asesinato, me quieren decir?

–Nosotros no sabemos nada –respondió Gabriel– nos limitamos a transmitir lo que nos dijo nuestro mandante.

–Asesinato... má qué asesinato. Pera a quién va a amasijar el viejito –bufaba Domingo, en quien replotaban sedimentos orilleros bajo el impulso de su furia en alza–. Asesinato... a su abuelita va a asesinar –continuó al par que revoleaba un quinqué color turquesa, emergencia ésta que llenó de sobresalto a Albertito, su refinado propietario.

–Está bien. Cálmese, Domingo –dijo Tito, en tanto manoteaba discretamente el quinqué– labraremos un acta donde conste la negativa de su ofensor a una reparación por las armas: será un acta descalificatoria.

–¡Qué acta ni que ocho cuartos! –bramó Domingo, ya desbordada su flamante personalidad de gentilhomme–. Yo quiero saber qué quiso decir el viejo con lo de asesinato. No, si éste no habla por hablar... como ustedes.

–No se las tome con nosotros –atajóse el Estrábico.

–Lo descalificaremos con un acta lapidaria –insistió Albertito.

–Pero qué van a descalificar si, al fin de cuentas, el viejito es un caballero reconocido por todo el mundo. Yo quiero saber lo del asesinato –se obstinó Domingo, decididamente pifante.

–A ver, muchachos –prosiguió, dejando ya francamente de lado a sus padrinos–. Díganle al Profesor que debe aclarar eso del asesinato. ¿A mí me va a asesinar? Pero, por favor...

–¿Y cómo hacemos? –preguntó Gabriel.

–Vean, esta misma noche nos reunimos todos por ahí...

–Usted debe actuar a través de sus padrinos –puntualizó el Estrábico.

–Minga de padrinos. Nos reunimos por ahí...

–¿Adónde? –requirió Aníbal.

–Por ahí... a ver. Si el viejo no tiene inconveniente, podemos juntarnos en la barranca de la Compañía, en Avellaneda. Es un lugar tranquilo, a esa hora no hay nadie.

–¿Dónde queda?

–Sobre el Riachuelo. Según se va por Mitre, una cuadra y media a la izquierda.

Un fuerte olor a sebo y corambre impregnaba el depósito donde *La Grandiosa de Avellaneda* almacenaba frutos del país. Como el país estaba enteco, naturalmente daba pocos frutos, de manera que el amplio recinto sólo albergaba un montoncito de lana de barriga, unas cuantas bolsas de maíz, tres de avena, varias ristras de ajo que ornaban las cabreadas del techo y un atado de cueros de puma, los cuales conferían al lugar cierto dejo de agrestes travesías.

Frente a la barraca, el Riachuelo de los Navíos mecía apenas sus aguas bituminosas, donde se reflejaban entrecortadas las luces de posición de un remolcador a medio desguazar.

Bajo una lamparita eléctrica, amarillenta tras su protección de alambre tejido, sentados sobre fardos de paja aguardaban Domingo, Tito y el Estrábico.

–...porque el prisma que compone el derecho de propiedad presenta tres caras inseparables, representadas por el *jus fruendi*, el *jus utendi* y el *jus abutendi*... sí señor, el *jus abutendi* –enfaticaba el Estrábico.

–Mirá, no cargués la mano –moderó Domingo– eso del *abutendi* es el derecho de abusar, ¿no?

–Así es. Y allí reside el fundamento mismo de la Civilización Cristiana. En el Código de Malta...

–¡No digas pavadas! –interrumpió el Profesor que, seguido por Gabriel y Aníbal, apareció súbitamente en la entrada–. Con gente como vos, incapaz de comprender la jerarquía, la subordinación de los bienes, y con esos curitas que a la propiedad le tiran de todos lados, aviado está el Cristianismo. Todos lo agarran por su cuenta: los banqueros y los curitas pasados de rosca. Los banqueros invocan el Cristianismo para defender una propiedad que no tienen, pues poseer billetes y acciones no es más que poseer papel; los curitas apelan al Cristianismo para, en nombre de proletarios abstractos, atacar una propiedad que los obreros reales ejercen positivamente sobre sus casitas de arrabal. La función social, en realidad...

–Bueno, no empiece de nuevo –cortó Domingo–. Usted me llamó canalla y después salió con no sé qué historia de asesinatos. Ya vamos a arreglar como caballeros la cuestión del insulto, pero me tiene que explicar lo del asesinato... asesinato, ¿de dónde, mi alma?

–Vea, yo no lo insulté, aunque puede tomar las cosas como le guste. En cuanto al asesinato, no tengo ningún inconveniente en explicárselo.

–Está bien, acomódense –ofreció Domingo, señalando algunos fardos vacantes.

–Esto es totalmente irregular –deslizó Tito, monocorde.

–El Códice de Malta... –insistía vanamente el Estrábico.

–A ver si se callan de una vez –tronó Domingo, y sus acólitos se quedaron como en misa. Después, dirigiéndose a su ofensor, reiteró: –¿Cómo asesinato?

–Claro, mi amigo, es clarito –empezó el Profesor–. Dígame: si lo ofenden de un modo tal que se ve en la obligación de matar a quién lo ha ofendido, ¿usted cree que, de yapa, puede correr el riesgo de convertirse en finado? De ninguna manera. Yo no sé si existen ofensas tan graves como para justificar matar a otro pero, si existen, es ridículo armar las cosas como para que el otro pueda, además de ofenderlo, liquidarlo. Lindo procedimiento...

–Pero...

–Pero nada. Si, como le digo, a uno lo ofenden tan feo como para tener que ultimar a otro, lo lógico es asesinarlo. Sí señor, asesinarlo... y corriendo el mínimo de riesgos.

–Amasijarlo –tornó a precisar Aníbal.

–Amasijarlo, exactamente –aceptó el Profesor–. Amasijarlo tomando cuanta precaución se pueda.

–Pero usted no me mataría por la espalda –se alarmó Domingo.

–Seguro que sí –punzó el Estrábico.

–Yo sólo señalo el camino razonable.

–Pero, ¡es una barbaridad! –estalló Domingo–. El “fair play”... somos caballeros... el Código del Honor es para gente distinguida...

–Nada. La cosa está en marcha y no traicionaré mis convicciones. Usted quiere duelo. Yo acepto asesinato. Usted me quiere tirar unos tiros. Yo, en uso de mi legítimo derecho de defensa, procederé a asesinarlo... y por la espalda si es posible.

– ¿Por la espalda?

–Bueno, es un decir. Como se imaginará, completamente por la espalda no lo voy a atacar. Al fin de cuentas, uno no es un asesino. Un poco por la espalda será la cosa.

– ¿Y así de sorpresa, en una emboscada?

– ¿Pero usted se cree que está tratando con un criminal? No se equivoque conmigo, Domingo –comenzó a sulfurarse el Profesor, herido en su dignidad.

–Sin embargo...

– ¿Me ve cara de delincuente, acaso?

– ¿Y no es que me va a asesinar?

–Claro que lo voy a asesinar. Lo voy a asesinar lealmente. Y usted me va a tratar de asesinar a mí. No le niego su derecho.

–Yo no lo voy a asesinar nada. Yo me voy a batir con usted.

–Usted no se va a batir conmigo porque yo no me voy a batir con usted. Nos vamos a asesinar... pero como somos personas decentes no actuaremos igual que pistoleros, ¡qué diablos!

– ¿Y cómo vamos a hacer?

–Por lo pronto, para que no crea que soy un aprovechador, desde ya le aviso que lo voy a asesinar mañana.

– ¿Mañana?

–Mañana. Y le doy otro dato, cosa de no tomarlo desprevenido: podría ser a las siete y media de la mañana.

– ¿Cómo me va a encontrar a esa hora?

–Bueno, usted tiene que colaborar un poco. Por otra parte, puede aprovechar la oportunidad para matarme usted a mí.

–Está bien, pero, para asesinarse, hay que empezar por encontrarse, digo yo.

–Claro, hombre. Elegimos el lugar y ya está listo el homicidio.

– ¿Le gusta la playa de maniobras del Ferrocarril Mitre? Es medio descampada y sobra lugar para balearse a gusto. Nos asesinamos a balazos, ¿no?

–Desde luego. El cuchillo es incómodo, uno se llena de sangre. El veneno complica las cosas. La bomba de dinamita es peligrosa.

– ¿Pistolas de duelo?

– ¿Cómo pistolas de duelo? Esto es un crimen, muchacho. Pistolas cuarenta y cinco son las que corresponde. De esas que se extraen de entre las ropas para descerrajar varios tiros por cuestiones de momento, con motivo de lo cual el agredido deja de existir cuando es trasladado al nosocomio...

–Mañana; siete y media; playón Mitre; pistolas cuarenta y cinco. Conforme.

–Completamente irregular –se lamentó Tito.

–El Códice de Malta...

–Son todos locos –pensaba Aníbal.

– ¡Ah! nada de padrinos: esto es un exterminio –aclaró el Profesor.

–Un amasijo.

–Mañana; siete y media; playón Mitre; pistolas cuarenta y cinco...

Por entre cortes de vagones dispersos, saltando oxidadas vías muertas, tropezando con durmientes que yacían cubiertos de matas, el Profesor y Domingo ganaban terreno, rumbo a un potrero hacia el cual convergían sus marchas encontradas. Crecía la mañana y su luminosidad se espejeaba en los rotos cristales de varias locomotoras, definitivamente inmóviles.

En la diestra de ambos contendientes lucían, desenfundadas, sólidas pistolas.

Los rivales estaban algo indecisos.

–Bueno, ¡lo voy a asesinar! –voceó el Profesor por fin.

–Tire nomás –contestó Domingo.

–Usted primero.

–No faltaba otra cosa.

–Respete mis años ¡caracho!

–Por eso mismo.

- No venga a hacerse el chiquilín. Tiremos juntos, si le parece.
- Tiremos juntos.
- Cuento hasta tres.
- Empiece.
- UNO...

Levantaron sus armas los contrincantes.

- DOS...

En ese preciso momento sonó un disparo.

Fue una detonación seca e inconfundible.

Después estallaron varios tiros más.

- ¡Tramposo! –alcanzó a gritar Domingo.
- ¡Sucio! –llegó a decir el Profesor.
- ¡Guarda! –advirtió en seguida Domingo.
- ¡Cuidado! –previno el Profesor.

Ya juntos, el Profesor y Domingo alcanzaron velozmente una desierta cabina de señales y se parapetaron tras ella. Desde allí abrieron fuego contra la patrulla policial que, en su momento culminante, interrumpiera el singular lance con una salva de prevención. Después, unidos codo a codo, los dos se perdieron entre los yuyos, cubriendo su retirada a balazos.

Como saldo de esas jornadas, Aníbal conoció a la hija del Profesor. Gabriel, por su parte, había atisbado algunas perspectivas tuertas de ese país que iba descifrando. Pero también había entrevisto, al trasluz del incontenible Domingo, un ámbito de tiznados tallercitos, crecidos a tirones hasta humear en los topes altos de cien mil chimeneas. Un ámbito de usinas rumorosas y de audacias crediticias; de contra maestres fabriles y de progreso movido por émbolos tesoneros.

El Ángel-de-la-Nación-Argentina, consultado sobre el encuadramiento del caso, dictaminó preciso:

- Lugones tenía razón al decir que el duelo es la civilización de la venganza... y lo malo está en la venganza.

CAPÍTULO ONCE - "SKAAL"

*Heroica Paysandú yo te saludo;
Hermana de la patria en que nací...*

Gabino Ezeiza

*...es que no han caído en que somos
pocos pero bien montaos.*

Anónimo de la Banda Oriental

Ese día, en Gotenburgo, se había disputado una semifinal del campeonato olímpico de fútbol. En ella midieron fuerzas los seleccionados del Uruguay y la Argentina. Naturalmente, se impusieron los uruguayos. Naturalmente también, el D. T. del equipo patrio atribuyó el revés al estado de la cancha, al peso de la pelota (seis gramos por debajo del debido, según dijo) y al apunamiento sufrido por los *players* nacionales, dolencia esta positivamente misteriosa dada la escasa diferencia que existe entre el nivel del mar y la altura en que se ubica la ciudad escandinava. De cualquier manera, el Presidente de la República felicitó a los jugadores por télex, mencionando ciertos lemas olímpicos y proclamando que, en definitiva, se trataba de una victoria rioplatense.

Por la noche, en estricto cumplimiento de sus responsabilidades oficiales, la delegación del gobierno argentino enviada para negociar el alquiler de Frida, la computadora, gozaba de sano esparcimiento en el cabaret *Skaal*, sito en un barrio gotemburgués de fama dudosa, vale decir de fama indubitable. El Ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil, que encabeza dicha delegación, hallábase francamente indignado. Y no era para menos. Al caer la tarde de ésa, su primera jornada en Suecia, la recua de funcionarios se encontraba impaciente por cumplir su pesado deber, incursionando en los antros más corruptos del Gotenburgo libidinoso. Luego de indagar discretamente al portero del hotel, coincidieron en dirigirse a *Skaal*, local descrito con entusiasmo como un auténtico lodazal, algo así como una cloaca escabrosa y seductora. Golosamente instalados allí, los viajeros experimentaron rudo desencanto, frustración inenarrable que desató las iras del Ministro. ¿Qué había pasado? Sencillamente los suecos, hartos de topar con mujeres desnudas por todas partes, concurrían a *Skaal* para regodearse viendo un espectáculo protagonizado por señoritas completamente vestidas.

–¡Esto es una descortesía internacional! –bramaba el funcionario– ¡Se hará una reclamación diplomática!

En esos momentos ingresaron la local los treinta y tres integrantes de una barra entusiasta, portadora de gran bandera que lucía los colores de la hermana República Oriental del Uruguay. Un tamboril marcaba alocado ritmo, acompañando las letrillas eufóricas entonadas por los recién llegados. Ensartadas en una pértiga, flameaban sendas pelotas que, se supone, simbolizaban los goles obtenidos esa tarde por lo atletas charrúas.

Al reparar en el destemplado continente del señor Ministro, cuyos gritos estremecían el antro, pletórico de generosidad se le acercó el back-centro de la escuadra celeste, Tabaré Rabuffetti, Mariscal del Área. Equivocado en cuanto al verdadero motivo de la desazón ministerial, Tabaré Rabuffetti tendió los brazos al funcionario y dijo:

–Usted es argentino. Venga un abrazo, “cuñao”. Todo queda en el Río de la Plata. No hay que tomarse las cosas así, maestro –y lo estrechó con todo el ardor del fuego olímpico que albergaba su pecho bizarro.

Ante tamaño gesto aflojose el Ministro y, poco después, bebía aquavit a mansalva, unido dulcemente a los treinta y tres orientales.

Rayaba la madrugada cuando los parroquianos del *Skaal* abandonaban el lugar, gravemente afectadas sus respectivas verticalidades por las fraternas libaciones.

Recién había amanecido cuando unos golpes enérgicos sonaron en la puerta del cuarto en que dormía el señor Ministro. Éste ni se enteró, pues apenas había transcurrido una hora desde que, trabajosamente, ingresara al lecho. Los golpes, cada vez más contundentes, se repitieron. El Ministro soñaba que una maza gigantesca se abatía, una y otra vez, sobre el cornudo casco de vikingo que ceñía su cabeza. Por fin se sintió caer, hasta dar en el fondo de un fiordo profundísimo. Despertó sobresaltado.

El Ministro estaba tendido en tierra, a varios metros de la cama. Frente a sus narices, dos robustas pantorrillas se levantaban hacia el cielorraso. Alzó la mirada y se encontró con un cíclope de piernas desnudas, que lo observaba con gesto adusto desde la cima de su contextura hercúlea. El Ministro desconocía la mitología escandinava, de manera que no asoció con la presencia de Tor aquella aparición primitiva. Aunque sí llegó a colegir que aquel Goliat tenía bastante que ver con su expulsión de la cama. Y relacionó de algún modo tan fuertes pantorrillas con el dolor que estaba sintiendo en el trasero.

Se quiso incorporar el Ministro y, por supuesto, protestar debidamente. No bien estuvo de pie, férrea mano lo asió de una oreja para instalarlo bajo el chorro glacial de la ducha.

–¡Es un atropello! –alcanzó a decir, entre gorgoritos.

Inútiles fueron sus quejas y estéril su indignación bullente. Al rato, enfundado en un buzo, transpiraba a mares mientras trotaba en torno al cuarto, sostenido el tren de marcha por los puntapiés con que el gigante premiaba cada declinación en su andar.

Al atardecer advirtieron, en el hotel de la delegación argentina, que había desaparecido su jefe, el señor Ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil.

La preocupación ocasionada por tal ausencia alcanzó grados extremos. Después de agitada reunión, seis asesores y un subsecretario que integraban la partida coincidieron en que resultaba del caso consultar a Buenos Aires,

antes de poner el hecho en conocimiento de las autoridades locales. Se aguardaba la comunicación interoceánica cuando apareció el Ministro.

Llegó desencajado y con el pelo revuelto. Se lo veía, no obstante, más esbelto. Sin responder a las preguntas con que lo acribillaron, se encerró en sus aposentos.

En los pronósticos previos al partido que debía consagrar el campeón olímpico de fútbol, los comentaristas especializados asignaban fuertes probabilidades de éxito a la escuadra uruguaya. Entre otras razones, señalaban el excelente estado atlético de los jugadores sudamericanos que, hasta entonces, jamás habían brillado en tal sentido. Siempre al decir de los comentaristas, tan impecable entrenamiento se debía a los buenos oficios del nuevo preparador físico contratado por el equipo. Éste era un polaco de gran talla, que aplicaba un sistema de adiestramiento individual –en el propio cuarto de cada jugador– y que, pese a no entender ni palabra del idioma castellano, se hacía respetar en base a peculiar energía.

...Boticelli elude un hombre y la toca para Cellini que alarga en dirección a Rafaello quien la va dominando junto a la línea de fondo supera al marcador de punta mediante lucida bicicleta y coloca centro atrás que viene a buscar Davinci, no perdón estimados oyentes se trata de Boticelli proyectado en franca función ofensiva que no alcanza el balón cuando sale del área chica Buonarotti enviando al córner escuchemos la opinión de don Virgilio Alighieri...

...Evidentemente nos encontramos ante un conjunto afiatado y que conoce las reglas del arte cuya línea de ágiles ha pugnado por vulnerar la ciudadela adversaria mediante una armónica explotación del pique al vacío si bien la diagonal trazada por la proyección del volante no coincide con la bisectriz del ángulo formado por la dupla de marcadores locales entre los cuales adquiere relevancia la solvencia con que camina el terreno el último hombre colocado por detrás de la línea asistimos a un juego clásico donde se han cincelado jugadas que pintan la gramilla con una artística aplicación del cuatro y cuatro...

Lo interrumpo don Virgilio pues se está por ejecutar el tiro de esquina que practicará el puntero derecho con pierna cambiada atención que Cellini está inspirado pelota en el aire...

CAPÍTULO DOCE - EL PICAFLOR DE BURZACO

Se necesitó tanta agua para apagar tanto fuego.

Axioma escolar

Cuando el Ministro de Catalización etc. hizo saber su deseo de conocer a Frida, los directivos de la *Kömputt Küllagerfabriken A. B.* accedieron de inmediato. Después del almuerzo, mientras el funcionario descabezaba una siesta en el cuarto, llamaron quedamente a la puerta de éste. Gruñó su ocupante y, adormilado, fue a abrir.

Con sorpresa grande se encontró de manos a boca con una rubia estupenda que, sonriéndole, se deslizó dentro y cerró la puerta. La muchacha era alta y esbelta como un abeto, los ojos de escarcha violeta, el pelo llovido en fragante chaparrón dorado y su figura rotunda albergaba toda la correcta orografía del caso.

–Señorita –balbuceó el funcionario, ajustando confuso el cinto de su batón tornasolado –Me parece...

La encantadora visitante se limitó a seguir sonriendo, sentarse en la cama y cruzar las piernas, airosas cual mástiles de fragata.

El ministro, fogoso asistente anónimo de espectáculos escabrosos, era presa del mayor embarazo ante eventuales vías de hecho. Habitual piropoador de esquina, allá en su Burzaco natal, trató ahora de defenderse.

–Vea, la patrona... –articuló premioso.

La chica, acomodando su áureo chaparrón, dijo por fin:

–Frida.

–¿Frida?

–Frida.

Creyó comprender el Ministro. Se había acostado a dormir siesta. Sin duda aquello era un sueño delicioso: la computadora se había encarnado en una sueca capaz de cortar el hipo. Desde luego, no había que despertar. Incluso, tratándose de un sueño, correspondía superar timideces y llevar la aventura hasta sus últimas consecuencias. Animándose, el señor Ministro recordó que provenía de Burzaco, República Argentina, Latinoamérica; por ende era un americano latino, un latino, amante latino, un *latin lover*. Sacó pecho y entró la barriga; enfocó a la mujer con mirada ígnea y, galanamente, se inclinó ante ella. Entonces sintió una puntada dolorosa en la región posterior de su estructura, que le recordó al intemperante Preparador Físico polonés del seleccionado charrúa.

No obstante tan incómoda reminiscencia glútea, el Ministro avanzó hacia la rubia. Cual Ave Fénix, renació El Picaflor de Burzaco y quiso tomar una mano de la joven. Ésta la retiró hábilmente, para introducirla en un sobre amarillo que dejara a su vera.

Impaciente aguardó el Picaflor, suponiendo ver surgir del sobre etérea lencería ad-hoc. Sin embargo, lo que apareció fue un folleto multicolor, impreso en papel brillante.

Conocida la profusa literatura pornográfica circulante en Suecia, un resplandor sicalíptico titiló en los ojos del señor Ministro.

La muchacha abrió el folleto y, con cierto aire pedagógico que estremeció al Picaflor, apoyó el dedito manicurado sobre una prolija ilustración, al tiempo que repetía:

–Frida.

–¿Frida?

–Frida.

Miró el Ministro y, bajo la uña carmesí, observó la fotografía de un aparato verdoso. Observó la fotografía de Frida, la Computadora. Agregó la rubia en torpe castellano:

–A mí mandarme *Kömputt Küllagerfabriken A. B.*

Luego, de modo más claro, siguió diciendo:

–Usted no hacerse el piola, ministren. Quedarse en molde y quietas manitas suyas.

El Picaflor de Burzaco se quedó en el molde, nomás.

CAPÍTULO TRECE LA NOCHE DEL ANUNCIO EN LA PIZZERÍA

*...Soy una astilla de tierra
que vuelve hacia su antigua raíz mineral.
Soy el que canta detrás de la copla...*

Jaime Dávalos

–Señor Gabriel, éste será su nuevo compañero de pieza –anunció la patrona de la pensión, al tiempo que franqueaba la entrada al nuevo cofrade, para agregar: –Se llama Toribio, es de La Rioja.

–Mucho gusto –saludó Gabriel.

–Espero no molestarlo.

–Faltaba más.

Toribio era petiso y achaparrado, los ojos tirantes, el pelo azul cuyas mechas estallaban en la coronilla como un surtidor indómito.

–Acomodate nomás. Yo duermo en esta cama. La mitad del ropero es para vos. Si trajiste toalla colgala aquí. Los libros ahí. Yo tengo jabón y betún, usalos cuando quieras...

Silencioso, Toribio abrió sobre la cama su conmovedora valija de cartón, cinchada con un piolín. Apareció alguna ropa, una jabonera rosada, un cuchillito cabo de aluminio, un espejo enmarcado en plástico nacarado. Escrupulosamente ordenó sus pertenencias en el ropero, aplicando para ello la técnica aprendida, sin duda, en el servicio militar. Finalmente, casi con ternura, apoyó contra el rincón una guitarra.

Poco después anunciaba Gabriel:

–Yo tengo que salir. Estás en tu casa.

Cuando volvió después del almuerzo, Gabriel encontró a Toribio lavándose la cabeza en una palangana.

Almorzaron juntos, compartiendo la mesa de indescriptible estilo, tirando a manchú, que estaba colocada frente a la ventana.

–¿De qué parte de La Rioja sos? –preguntó Gabriel.

–De El Balde, cerca de San Juan.

–¿Y qué venís a hacer a Buenos Aires?

–Me voy a presentar en la Escuela de Suboficiales.

Gabriel fue a la Facultad y regresó por la noche. Tuvo un fuerte sobresalto cuando advirtió que el pelo de Toribio lucía rojizo, transformado en una mata color zanahoria.

–Pero... ¿qué te hiciste?

–Y... los muchachos... –evadió el riojano, al borde del llanto.

–¿Los muchachos?

–Ahá, me dieron un agua.

–¿Cómo un agua?

–Un agüita, sí. Me la ofrecieron muy serviciales y me dijeron que era buena para la caspa.

–Agua oxigenada te han dado esos atorrantes. Van a ver.

Desapareció Gabriel y rato después reingresó, seguido por tres individuos de aspecto disímil y expresión algo contrita.

–Acá los tenés. Éstos son Gaspar, Melchor y Baltasar, o Yácono, Rossi y Ramos, como quieras llamarlos: los cachadores de la pensión.

–Está bien, no es para tomarlo a la tremenda –dijo uno.

–Derecho de piso –afirmó el otro.

–Si te queda fenómeno... –aventuró el tercero.

El riojanito los miraba con desconfianza pero, ante las sólidas palmadas que Yácono, Rossi y Ramos abatieron sobre su espalda, terminó por amainar en su prevención. Así ganó Gabriel el reconocimiento de Toribio.

Antes de acostarse, invitó con timidez el nuevo pensionista.

–¿No querés venir a una peña?

–¿A una peña, decís?

–Sí, en otro viaje fui dos veces y era lindo. Yo sé llegar.

–Y... vamos.

La peña folklórica *Pupito e'coyuyo* se encontraba, paradójicamente, en el corazón del barrio judío en Buenos Aires, próxima a Lavalle y Pasteur. Funcionaba con toda naturalidad en las mesas del fondo de una pizzería alumbrada a neón, restallante de fórmica y cuyos metales exhibían impúdicos tonos "anodizados". La pizzería –síntesis cosmopolita– se llamaba *Strómboli* y pertenecía a Menéndez y a Pelayo.

Cuando Gabriel y Toribio se instalaron en su mesa, las notas de un yaraví conmovían el lugar. Un joven de ondeada pelambre y barba cerrada de siciliano pellizcaba las cuerdas del charango, mientras un doncel de perfil talmúdico percutía el bombo, soltando esporádicas expresiones telúricas tales como "adentro" y "se va la segunda mi alma". Serían como veinte los allí reunidos.

Terminado el yaraví y al reparar en la guitarra que, embolsada, dejara a su lado Toribio, varios concurrentes invitaron al presumible cantor para hacerse oír. Éste se disculpó con evasivas. Insistieron los contertulios, valiéndose de locuciones típicas:

– ¡Véngase de una hebra! –dijo una pecosa, calzada con sandalias de material plástico.

–Desensille y pase –convidó un flaco algo miope.

–Tómese unos cimarrones –brindó un pelado que sorbía cocacola con pajita.

–Arrímese a la capada –instó una gorda entusiasta.

– ¡Ave María Purísima! –saludó el talmúdico.

Pero Toribio no era de aflojar a dos tirones. Guitarrero de ley, pasaría mucho tiempo antes que, como al descuido, comenzara a templar el instrumento pulsando las clavijas con leves toques inconducentes y, después de mil preludios, compusiera la garganta sin necesidad aparente, para arrancarse con ímpetu y truncar su inicio con un trago de vino.

Sin embargo, Toribio compensó con amplitud sus largos escauceos. Rogado como el que más, logró irritar a su audiencia pese a conocer ésta las exigencias del tácito ritual dilatorio. Irritación que se esfumó cuando, fértil la guitarra y generosa la voz, rompió a cantar el riojano.

Apilado sobre el instrumento, perdida la mirada mucho más allá de la fórmica y los metales "anodizados" de la pizzería *Strómboli*, el paisanito convocó a los duendes de la tierra con un conjuro de cuerdas y maderas armónicas. Sus dedos precisos abrieron caminos sonoros entre el follaje de las bordonas y el trinar de las primas. Su voz rebotó en la aspereza mineral de la montaña ausente y volvió poblada de brillazones, de fachinales, de vientos, de cuarzo, de cardones. Vidalas, carnavalitos, chacareras y bagualas, desnudaron un ritmo elemental en los crisoles del canto. Pasó la zamba luminosa de vino. Se fue la jota con repique de poleo. Chamarritas y guaranias boyaron fluviales. Cifras, estilos y milongas estremecieron, bajo el asfalto hermético, las raíces secretas de la pampa.

Gabriel quedó suspendido. Algo se completaba en su entrañable arquitectura interior. El día que, agraviado inexplicablemente, despertó frente al grito del estudiante inmediatamente abatido, en el secreto de su corazón se asentó la primera piedra de un arco incipiente, se inauguró el ramaje de un árbol escondido, despertó el verso inicial de un soneto inédito. Santos, Paisano de Torrecita; Aníbal, Albañil del Arrabal; el Profesor, Coplero de la Patria Afuera, agregaron piedras para rematar el arco incipiente, sumaron ramas al árbol escondido, ayuntaron rimas para el soneto inédito. Gabriel supo ahora que el arco se había cerrado, que el árbol había florecido, que el soneto había alcanzado su punto final. Gabriel supo que, como aquel legado de lana, de madera, de plata, del viejo ejemplo, él acababa de recibir una herencia preciosa, preciosa e imprecisa. Y supo que la herencia involucraba un mandato sin renuncia, una misión intransferible. En su alma maduraban el arco, el árbol y el soneto.

Cuando salieron de la peña *Pupito e'coyuyo*, Toribio estaba borracho de vino. Gabriel también estaba borracho, pero borracho de una borrachera distinta, sobrecogedora como el nacimiento de un hijo, definitiva como la muerte, alegre como el despertar de los jazmines.

Notemetas, Tilingófeles y Macaneo, los Demonios Nacionales, se sintieron indefiniblemente molestos esa noche.

El Ángel-de-la-República-Argentina, en cambio, subrayó la fecha con trazos dorados, nominándola como La Noche del Anuncio de la Pizzería.

CAPÍTULO CATORCE LAS PIEDRAS, LAS RAMAS, LAS ESTROFAS

*Fruta, ciudad o libro, yo debía golpear
al Centauro durmiente,
partir la dura vaina de su enigma,
romper los nueve sellos de lacre o de sigilo...*

Leopoldo Marechal

Con sus borracheras auestas, Gabriel y Toribio navegaban la gran ciudad. Toribio con toda la música bajo el brazo, presa en su curvo calabozo de leña; Toribio con su borrachera quemando alcoholes en el pecho. Gabriel con toda la embriaguez de su Anuncio, que le florecía primaveras en la sangre.

Pero las primaveras de Gabriel eran, apenas, la concepción del estío. Tenían la fragilidad de un germen, la imprecisión de un barrunto, la esperanza de una premonición. Gabriel supo del arco, supo del árbol y supo del soneto, aunque lo supo a la manera del enamorado silencioso que adivina correspondencia en la enamorada silenciosa. Certeza sin anclaje, convicción volátil, seguridad evanescente.

Y, como el enamorado silencioso, Gabriel quiso afirmar los cimientos de su alegría, cristalizar la intuición fugaz, traducir el perfil de la esperanza. Gabriel levantó los ojos y, mirando mucho más allá del inmenso rodar de los astros, pidió madurez para su sueño, pidió luz para descifrarlo, pidió entereza para soportarlo, pidió fuerza para sostenerlo, pidió música para entregarlo.

Después, para afirmar los cimientos de su alegría, para cristalizar la intuición fugaz, para traducir el perfil de la esperanza, Gabriel resolvió volver sobre cada piedra del arco, sobre cada rama del árbol, sobre cada estrofa del soneto.

Santos, Sargento de Curupaytí, Paisano de Torrecita dijo:

Trabajaba de mensual para el lado de Ibarra. No habría cumplido los catorce todavía. Pasé fríos grandes y calores fuertes. En el mes de julio ya estaba echando caballos una hora antes de que clareara. El campo parecía un vidrio abajo de las patas del nochero. Aunque era peor cuando levantaba la helada, si hasta se me supieron caer las riendas de duros que se ponían los dedos. Y en tiempo de cosecha... le hervían a uno los sesos. Llevaba agua para la gente; iba el agua fresquita, en la damajuana retobada con bolsa. Arriba el solazo en el cielo limpio; adelante el rastrojo que, allá lejos, contra el horizonte mismo, parecía que se movía, que se levantaba en humo por la fuerza misma del verano.

Me acuerdo que una noche habíamos quedado solos el capataz y yo, en el fogón. Retirada de las casas, en un montecito, sabía presentarse una luz. Luz mala decían que era. Luz mala sería, pensaba yo. Como la luz se

presentaba siempre, ya nadie le hacía caso, pero al montecito no iba nadie, la verdad. Esa noche habíamos quedado solos con el capataz. Y no va el capataz y me dice: vamos a ver la luz esa. Yo ir no quería. Pero menos quería quedarme solo. Y antes de quedarme solo agarré y fui con el capataz. El montecito era un montecito de frutales, ni se sabe de qué tiempo. Entramos al monte y yo que entrar no quería pero menos quería volverme. Y vimos que la luz salía del pie mismo de un árbol, de entre las raíces. Era una luz verdecita, así como la de un reloj despertador. Salía de entre las raíces y se reflejaba arriba, en las ramas. Lo que se veía de lejos era el brillo ese, en las ramas. El capataz sacó el cuchillo y lo clavó en la tierra, justo donde salía la luz. Después nos fuimos. Al día siguiente llevamos una pala. Llevamos una pala y cavamos en el lugar mismo donde el capataz dejó el cuchillo clavado. Como al metro y medio de hondo encontramos una cruz. Un crucifijo de plata era. Grande, más de dos palmos. Quién sabe desde cuando estaría enterrado. El capataz lo regaló después. Se lo dio al hospital de Guaminí, donde una vuelta lo habían atendido muy bien. Capataz que allí seguirá estando. Vaya a saber.

Eso dijo Santos, Paisano de Torrecita. Y dijo otras cosas.

Aníbal, Albañil del Arrabal, dijo:

Sí, el abuelo era italiano. De Calabria, ya sabés. Por lo que decía, la vida allá era dura. Se cansaban de arañar la tierra y la tierra no daba nada. Cuando se casó, se vino. Tenía parientes en Santa Fe y hablar entonces de la Argentina era hablar de un país donde el que trabajaba se hacía rico. A montones venía la gente. Pasaban meses y años juntando para el pasaje. Después, metían sus cosas en un atado, un atadito sería porque cosas no tenían casi, y se apilaban en el fondo de un vapor. Encerrados, a los bandazos un mes, comiendo pan y tomando vino. Y llegaban por fin y caían al Hotel de Inmigrantes. Lo de hotel es un decir porque de eso no tenía nada. Un galpón grande era. Eso es lo que era. Pero estaban en la Argentina y basta. Pensá en los abuelos, fuertes los dos, sanos, colorados, recién casados, con todo su enviñón adentro.

El abuelo y la abuela hicieron la casa con sus manos. Sí señor. Él conocía el oficio; ella ayudaba. Ayudaría con los baldes, con la mezcla y, si te descuidás, con la cuchara también ayudaría. Pusieron un ladrillo arriba de otro. Peso que ganaban, peso que se iba –o se quedaba– en ladrillos, en fierro, en alfajías. Poco han de haber comido mientras hacían la casa. Pero poco les debe haber importado comer poco si tenían salud para dar y regalar. Afloraron los cimientos y se alzaron las paredes. Afirmaron los marcos de las puertas y de las ventanas. Cruzaron las vigas. Clavaron las chapas. Y un día oyeron llover sobre las chapas del techo. Las chapas que ellos habían clavado. Y plantaron una parra. Para hacer vino. Y plantaron tres naranjos. Para comer las frutas. Y para adornar con las flores de los naranjos la cabecera de una cuna. Recién había nacido mi viejo.

Una tarde llegó gente. Llegó un abogado. Venía con otros. Había una cuestión de títulos y la tierra que compró el abuelo no era de él. Perdieron la tierra y la casa.

Y el abuelo y la abuela compraron otra tierra y empezaron otra casa. El abuelo y la abuela empezaron otra casa con sus manos. Él conocía el oficio. Ella ayudaba. Ayudaba con los baldes, con la mezcla y, si te descuidás, con la cuchara también ayudaría. De vez en cuando le daría de mamar a mi viejo, que ya había nacido.

Eso dijo Aníbal, Albañil del Arrabal. Y dijo otras cosas.

El Profesor, Soñador Patricio, dijo:

Mi gente llegó con la primera gente que llegó acá. Venían en barquitos de palo, cruzando un mar de miedo. Lleno de sirenas. Y de serpientes con alas. Con una Rosa de los Vientos en la esquina, cuyos rumbos se quebraban en abismos de fuego. Y se metieron tierra adentro, misterio adentro, atrás de la Gloria, atrás del Oro, atrás de la Juventud. La Juventud no la encontró ninguno. El Oro lo encontraron pocos. La Gloria la encontraron todos; para mí, al menos. Caminaron entre las flechas, entre las espinas, entre el hambre y la sed, entre el invierno y el verano, entre el norte y el sur, entre el este y el oeste. Y plantaron ciudades. Un poste como un árbol clavado en la tierra, la espada alzada en el viento, un escribano firmando con sangre sus protocolos trashumantes. Y la Cruz, la Lengua y las Ciencias creciendo numerosas detrás de la Aventura.

En Ituzaingó uno de los míos mandaba un escuadrón de caballería. Había combatido en Chacabuco y Maipo. Llegó hasta el Perú y sirvió con Arenales. En Ituzaingó lo mandaron cargar por el centro. Era una locura y él lo sabía. Se lo dijo al General en Jefe. El General en Jefe le preguntó: ¿tiene miedo, Coronel? El Coronel dio media vuelta y salió. Volvió en seguida. Se había puesto su uniforme de gala y en el pecho todas las medallas ganadas peleando por la Independencia. "La Patria a los vencedores de Chacabuco". "La Patria a los vencedores de Maipo". El General en Jefe preguntó. El Coronel contestó: a la muerte hay que saber recibirla, recibirla como cuadra. Después cargó al frente de su escuadrón. Lo mataron con su uniforme de gala, en el pecho todas las medallas ganadas peleando por la Independencia. Lo mataron en mitad de la carga.

Eso dijo el Profesor, Soñador Patricio. Y dijo otras cosas.

Domingo, Maquinista del Progreso, dijo:

Empecé esmerilando válvulas en un taller en Beccar. El taller era de otro. Después esmerilé válvulas por mi cuenta. En un galponcito de zinc, armado con cuatro tirantes locos. Ahí no había día feriado. Algunas veces me agarraba la medianoche sacando trabajos urgentes. Nunca demoré una

entrega. Y como aquí todo se demora, pronto me llené de clientes. Yo tenía un conocido, un muchacho del barrio. El padre fabricaba botellas. Cuando se murió el padre de mi amigo, él se quedó con la fabriquita. Pero la fabriquita estaba medio fundida. Me ofreció poner capital y seguir de socios. Yo había juntado unos pesos, me gustó y entré. Por esa época había crédito fácil para la industria, no había terminado la segunda guerra. Un gestor nos consiguió un préstamo oficial, aunque se llevó la mitad para él. Agrandamos la fábrica y le aprendí la vuelta a los pedidos de crédito. Desde entonces supe lo que había que poner en los casilleros de los formularios y lo que había que poner en los bolsillos de los funcionarios. La fábrica de botellas salió adelante. Después compramos "La Grandiosa de Avellaneda", que estaba en Convocatoria. Por suerte la compramos.

El negocio de las botellas no era para argentinos. Ese negocio, en todo el mundo, es de la Glass Inc. Co. De la American Glass Corp., de la Panafrican Glass Ltd., de la Glassian & Co., de la Euroglass Inc. Primero se nos complicó el crédito. Después aparecieron botellas más baratas que las nuestras. Ajustamos los costos y bajamos el precio de nuestras botellas. Pero las otras botellas bajaron más. Abajo del costo. Y el crédito se nos cerró del todo. Hacía poco, naturalmente, que por decreto se había autorizado una radicación del capital para instalar la Glass Argentina S. A. Un aval del Banco Central y la liberación de derechos para introducir maquinaria, materia prima y, durante tres años, botellas ya elaboradas, fueron medidas que alentaron a la Glass Argentina S. A. Nosotros no conseguíamos avales ni podíamos renovar nuestras maquinarias, que ya estaban viejas. La industria del vidrio fue declarada "de interés nacional" y se liberó del pago de impuestos a las empresas del ramo cuya antigüedad no excediera de un año. En esas condiciones estaba nada más que la Glass Argentina S. A. Dos de nuestras máquinas sufrieron accidentes inexplicables. Digamos inexplicables. A los tres años vendimos la fábrica a la Glass Argentina S. A. Suerte que en épocas mejores habíamos comprado La Grandiosa de Avellaneda, acopiadora de frutos del país. Aunque ahora las cosas andan mal. Y me han dicho que está por radicarse aquí la Bergamota Fruit Inc. Co., acopiadora de frutos regionales en Costa Rica, Colombia, Brasil, Sudáfrica, Nigeria, Italia... Mi hijo está de Gerente Departamental en la Glass Argentina S. A.

Eso dijo Domingo, Maquinista del Progreso. Y dijo otras cosas.

Toribio, Copleiro de la Patria Afuera, no dijo nada. Toribio templó la guitarra y cantó de nuevo. Cantó una noche entera.

Cantó Vidalas y Yaravís. Cantó Chacareras. Cantó Polcas y Chamamés. Cantó Zambas y Tonadas. Cantó Cifras, Milongas y Estilos. Cantó con una voz de puna. Cantó con voz de polvareda. Cantó con voz de selva. Cantó con voz de río. Cantó con voz de viñas. Cantó con voz de montañas. Cantó con voz de travesías. Cantó con voz de alfalfares. Cantó con voz de rastros. Cantó con voz de mareas. Cantó con voz de rompientes. Cantó con voz de huracán. Cantó con voz de petróleo. Cantó con voz de ventisquero. Cantó con voz de

araucaria. Cantó con voz de naufragio. Cantó con voz de tímpano. Cantó con la misma voz del Sur.

Eso cantó Toribio, coplero de la Patria Afuera. Y no dijo nada más.

Gabriel había afirmado los cimientos de su alegría, había traducido el perfil de la esperanza. El arco se afirmó. El árbol se arraigó. El soneto repicó.

Gabriel comprendió todo lo sucedido El Día del Castañazo del Arcángel. Y lo sucedido después. Gabriel quedó con todo su Anuncio a cuestas.

CAPÍTULO QUINCE KÖMPUTT KÜLLAGERFABRIKEN A. B.

*...que, por otra parte, no se puede impedir
que haya frases hechas, las cuales hasta
cierto punto son necesarias.*

*En este país, para llegar a personaje,
no basta ser imbécil:
además hay que ser solemne.*

Leonardo Castellani

El Subsecretario de Coordinación para el Mediano Plazo y Planeamiento Coyuntural, que integraba también la delegación enviada a Suecia por el Gobierno Nacional, dijo:

"Señores: Es con profunda satisfacción que el Gobierno Central se hace presente, por mi intermedio, en esta ceremonia que no por sencilla resulta menos tocante. El esfuerzo mancomunado del pueblo, cohesionado en pos de las metas preestablecidas, ha hecho posible encarar las obras que aquí tienen comienzo y cuyo fruto redundará en beneficio de aquéllos a quienes hoy amenazan las tinieblas del desamparo y la indigencia. Al tiempo que baja esta piedra fundamental se alza mi copa desbordante de anhelos, que copia en la limpidez de su cristal el brillo de la esperanza que hoy alienta en los pechos trémulos de tantos pequeños, futuros artífices de un Mundo Mejor, regido por la Previsión, la Tolerancia y la Higiene. He dicho".

El Ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil, jerarca de la delegación, le siguió en el uso de la palabra, para decir:

"Señores: En la clausura de este evento que conjuga las ansias de superación del más sano idealismo con el esfuerzo propio de la sublimación física, el Gobierno me ha encomendado transmitir las expresiones de su satisfacción y apoyo. Bajo el noble lema 'mens sana in corpore sano' una pléyade pletórica ha logrado equilibrada simbiosis entre el intelecto y el músculo, entre el 'surmenage' y la recalcadura, entre el teorema y el 'fixture'. Tal esfuerzo es debidamente valorado por las autoridades, que no cejarán en la difusión de prácticas tan satisfactorias. Lleguen hasta ustedes mis plácemes estentóreos. He dicho".

Durante el transcurso de las arengas, cierta inquietud creció entre los miembros de la delegación, hasta alcanzar un alto grado de desazón que vino a culminar en ascendente murmullo de risas contenidas. El que no rió en momento alguno, antes bien denotó manifiesta angustia, fue uno de los asesores adscriptos al elenco viajero. Se trataba del que estaba a cargo de confeccionar los discursos que pronunciarían los funcionarios llamados a perorar. Desde el momento en que el primero de ellos abrió la boca, advirtió

el asesor haber equivocado los textos en ocasión de entregarlos. Así, mientras dormían en sus bolsillos las piezas oratorias preparadas al efecto, el Subsecretario y el Ministro leyeron –con énfasis, por cierto– sendos borradores apuntados a la inauguración de las obras de un orfanato correntino y a la clausura de unas olimpiadas intercomunales.

Afortunadamente los suecos ni se enteraron del tropiezo, pues no entendieron palabra de las allí pronunciadas.

Al concluir su discurso el señor Ministro, Picaflor de Burzaco, púsose de pie el presidente de la *Kömputt Küllagerfabriken A. B.* y agradeció con términos cautos, a los cuales añadió conceptos circunspectos. A su vez habló el Ministro de Industrias sueco, emitiendo cortesés augurios y juicios evasivos. Los integrantes de la delegación argentina, por su parte, quedaron totalmente en ayunas al respecto.

De cualquier modo, nutridos aplausos saludaron las intervenciones de cada orador.

Los representantes de los gobiernos sueco y argentino, amén de la plana mayor del complejo *Kömputt Küllagerfabriken A. B.*, ocupaban un estrado cuajado de banderitas, en la pasarela que circunvalaba, a media altura, un vasto recinto revestido de azulejos blanquísimos: allí, en medio de la estancia inmaculada, imponente se alzaba Frida. Contra el albo fondo se destacaba su silueta compacta, bruñida, donde el verde mate que lucía se aplacaba en discreto brillo opaco. Mil ojos cristalinos, mil dientes lubricados, mil nervios multicolores, mostraba Frida. Y su estructura poderosa, definitiva, irradiaba una suerte de indomable energía, de resolución voluntariosa, agazapada en las entrañas de titanio que recataba su vientre cibernético.

La osatura de un embalaje incipiente abrazaba ya el contorno de la computadora, que se aprontaba para emprender largo viaje hacia lejanos parajes australes. En efecto, concluidas las negociaciones relativas a obtener y ajustar el alquiler de Frida, diversas razones técnicas aconsejaron desplazar la máquina hasta el teatro de las operaciones que le aguardaban. El trabajo "in situ" revestía –los ingenieros sabrán por qué– notorias ventajas y, por lo tanto, el aparato afrontaría la extensa travesía. El alto costo del seguro pertinente obligó a realizar delicadas gestiones económico-financieras, rematadas exitosamente al obtenerse la venta de un automóvil "Graciela", de antigua fabricación nacional, que ingresó al *Museo de Curiosidades Etrafalarias* de la ciudad de Mälmo.

El acto de entrega concluyó con un refrigerio protocolar, donde el Picaflor de Burzaco, bajo el influjo de étlicas degustaciones y conjuradas las molestias que afectaban su contratapa, se portó de modo claramente inadecuado.

CAPÍTULO DIECISÉIS EL PONTEVEDRÉS ERRANTE

*Ebrio de insomnio y de vertiginosa dialéctica,
Nils Runenberg erró por las calles de Mälmo.*

Jorge Luis Borges

*Sencillo es el lenguaje de la verdad y
lo justo no precisa de complicadas explicaciones.*

Eurípides

En su última jornada escandinava, el Ministro de Catalización y Plurivalencia había obtenido mercenaria compañía, previa propina al portero del hotel, ducho en tales intermediaciones. Los viáticos del erario público consentían cierta libertad en su manejo. Alta la noche volvía el funcionario a su alojamiento, luego de fracasar –otra vez– en sus cariñosos afanes, pese a haber oblado, de antemano y religiosamente, la prestación a su cargo. De cualquier manera, el ánimo del Ministro no era tan malo como podría suponerse. En efecto, pese a la magra realidad del caso, al fin de cuentas había reunido elementos suficientes como para colorear debidamente el relato, lleno de subrepticios sobreentendidos, que susurraría con suficiencia ante envidiosos subordinados o viejos amigos de su Burzaco lejano (isi vieras las suecas, Florindo... las suecas!..., ¿te acordás de las películas?... , eso no es nada... y si tenés pinta de latino... para mejor uno, modestia aparte, lerdo no es..., te voy a contar...). Y el señor Ministro, poco a poco, se vio protagonista de los ardorosos lances que, con discreta indiscreción, difundiría a su vuelta. Rato después, la fantasía ocupaba aiosamente el lugar de los parvos hechos, archivados éstos para siempre entre las pelusas del olvido.

Por cuanto la hora, si bien avanzada, no alcanzaba todavía las cotas confirmatorias de una auténtica calaverada, el Picaflor de Burzaco vagó un rato por la ciudad, dejando correr el tiempo. Así llegó al puerto y, procurando alivio para sus pies castigados por el protocolo, se sentó en un malecón solitario. Fumaba en silencio cuando una figura sombría cruzó a su espalda, alejándose rumbo al extremo del muelle. Al rato, el tenebroso paseante volvió a cruzar, desandando el camino recorrido. Cuando, por quinta vez, pasaba a sus espaldas el viandante nocturnal, de reajo lo atisbó el Ministro. Algo familiar encontró en la negra silueta. Finalmente, en su novena pasada, el Ministro reconoció al Subsecretario de Coordinación y éste al titular de la cartera de Catalización y Plurivalencia Móvil. En base a sus propias experiencias, ambos sospecharon los motivos que habían determinado al otro a demorar su regreso al hotel. Por supuesto que ambos también disimularon sus recíprocas frustraciones y mostraron sorpresa ante el encuentro.

–Señor Ministro..., ¡a estas horas!

–Señor Subsecretario..., ¡iqué sorpresa!

–Y... estirando las piernas...

–Disfrutaba del panorama nocturno.

– ¿Volvemos?

–Espere; acompáñeme a terminar el cigarrillo.

Sobre rollos de cuerda se sentaron a fumar los funcionarios. Los puntos rojos de sus cigarrillos brillaban intermitentes. De pronto advirtieron un tercer punto luminoso, titilando al pie del muelle. Observaron con atención y descubrieron, metido en la sombra del talud, un barquichuelo singular. De bajo bordo y arcaica arboladura, se mecía en las aguas oscuras. A la altura de su popa, al parpadeo de aquella pequeña brasa iluminaba a intervalos la cara curtida del tercer noctámbulo, fumador de pipa.

Rota toda intimidad por la cercanía de esa pipa marina, Ministro y Subsecretario se sintieron incómodos, aunque su ligera molestia no fue motivo suficiente para que emprendieran la marcha, inconclusos sus cigarrillos. Turbado, el Ministro empezó a silbar con forzada naturalidad. Ducho en el arte del chiflido, galanamente ejercitado al paso de las beldades de Burzaco, el Picaflor epónimo acometió las notas de "Granada", víctima eterna de todos aquellos que, a su compás propicio, han pretendido y pretenderán alardear de cantores, pianistas e, incluso, de silbadores idóneos.

Poco habían avanzado los silbos del Ministro cuando, desde abajo, una voz poderosa se enancó a la melodía consabida.

*"Mi cantar
flor de la melancolía
que yo te vengo
a daaaaar..."*

El puerto de Gotemburgo, a las dos de la mañana, no era, sin duda, el lugar más adecuado para que se escucharan las estrofas cadenciosas de Lara. Y voz de sirena no era, salvo que la voz de esta sirena nórdica estuviera signada por el fuerte acento de Lugo o Pontevedra, lo cual parecía poco probable.

Cortó el Picaflor su chiflido, aunque el canto persistió:

*"Granada
tierra ensangrentada
en tardes de toros..."*

Allí cesó la bronca melodía.

Pero, desde el nivel del agua, subió perentoria la exigencia del cantor galaico:

– ¡Eh!..., ¡el del pito!

Guardaron silencio los funcionarios.

– ¡El del pito..., que siga, coño! –conminó la sirena.

Discreta reserva del Ministro y el otro.

– ¡Que pite el del pito y acompañe!

El picaflor aventuró un compás, que se quebró en falsete.

– ¡Que pite duro, hombre!

–No me sale –disculpose tímidamente el funcionario.

–Venid a por un trago y veréis cómo sale.

–No..., no, gracias.

– ¡Bajad, rediez!

–Vea...

– ¡Pues allá voy!

Con movimientos simiescos, el tripulante del grotesco bajel trepó por la amarra hasta la tablazón del muelle. Sin mayor preámbulo tendió hacia los dos funcionarios su mano velluda, que aprisionaba por el gollete una botella de buen vino del Ribeiro.

– ¡Bebed, amigos, y siga la música! –convidó perentorio el navegante.

Vista la vacilación de los funcionarios, aquél procedió expeditivamente a insertarles la botella en sus respectivos gargueros, al tiempo que reiteraba, cordial e inapelable:

– ¡A beber se ha dicho, compadres!

Entre atoro y atoro desapareció el contenido del recipiente por los gznates administrativos.

–Pues pitando ahora.

En vez de silbido, fragante surtidor coronó el intento del Ministro. Por su parte, el vocalista galaico ya se adentraba en la partitura de "Valencia", incursión que truncó al sentirse falto de apoyo musical.

– ¿No conoce usted "Valencia"? –se sorprendió el peninsular al interrumpirse.

–Como conocer... –gorgoteó el Picaflor.

–Acaso ¿no gusta de la música?

–Gusto, pero...

– ¿Pero?

–No mucho.

–Haberlo dicho, ¡coño!

–Yo...

–Otro trago para los amigos –obstinose el gallego y, extrayendo una segunda botella de entre los meandros de su capote, la escanció abundante en los buches de aquéllos, sus escamados contertulios.

Rato después, abierto el talante a influjo del mosto, departía el terceto a la luz de las estrellas.

El gallego, personaje peculiar, padecía una suerte de delirio ambulatorio. Desde las altas costas de su tierra, los ojos se le habían llenado de lejanías y el alma de impulsos irresistibles. Pronto se arrancó mar afuera para encallar en Buenos Aires su primer derrotero. En la ciudad del Plata se empleó de portero, naturalmente, función que desempeñó a conciencia durante algunos meses, transcurridos los cuales un barco de carga que zarpaba hacia Oceanía lo contó entre su tripulación. Corrió mundo. Por fin, reacio a la sujeción y disciplina de abordó, compró a un marinero griego el exótico navío con el cual recorrería –solo y al socaire de su real gana– las rutas de los siete mares. En la popa del artefacto flotante rezaba un nombre mal avenido con la traza egea del velero: *La Morriña*. En cambio, tal apelativo no desentonaba del todo con el ánimo del patrón pues, muchas veces, aquejado por la nostalgia, había puesto proa a Galicia, dejando atrás el Mar de la China, el Golfo de Méjico o el Estrecho de los Dardanelos, parajes éstos a los que retornaba cuando volvía a zarpar del puerto de Vigo, carcomido por su afán de millas.

Enterados los argentinos de la vida del errante pontevedrés, llegó para éste el instante de informarse. Así conoció detalles prescindibles de las burocráticas existencias del Ministro y el Subsecretario, conociendo también

el motivo que los impulsara a tierras escandinavas. Las referencias a la computadora intrigaron al Pontevedrés Errante. Como buen practicón que era, la técnica ejercía sobre él mágico atractivo pero, contradictor inveterado, o explicaba con teorías propias sus conquistas o, sencillamente, las ponía en tela de juicio, sometiéndolas a peculiar duda metódica. Despierto su interés acometió:

–Al aparato ese lo enchufarán como un ventilador...

–Entiendo que, efectivamente, la computadora es electrónica –arriesgó, pedante, el Subsecretario, aunque mucho no sabía del tema pues, como suele pasar, manejaba con soltura la jerga relativa a la disciplina sin conocer los rudimentos prácticos del caso.

–¿Y no caminará con la fuerza de los átomos? –supuso el gallego que, en un almanaque, algo había leído sobre la energía nuclear.

–En efecto... los átomos –evadió el Subsecretario.

–Átomos han de ser –se autoconvenció el Pontevedrés–. Como un guisado de átomos en la bodega del chisme. Un ciclotrón a pedal será. Sabrán ustedes que el ciclotrón viene a moler los átomos para que suelten la fuerza. Los funcionarios no sabían.

–Pero lo que es a mí no me la pegan con eso de que la máquina conteste todo lo que le pregunten... –empezó a desconfiar el gallego, iniciando el giro hacia su duda metódica.

En tal materia no se iban a dejar pisar el poncho los cibernéticos. La infalibilidad y la omnisapiencia de la computadora constituía, sobre todo, el coronamiento de sus brillantes carreras políticas. Eran los intérpretes fieles del Augur Electrónico, eran los diáconos del Ordenador Todopoderoso. Una sospecha respecto a la Diosa significaba siempre una amenaza apuntada a sus gestiones y, más concretamente, golpeaba en la justificación última de sus tratativas en Suecia, jalón de gloria inmarcesible en el "currículum" de cada uno.

–¿Duda usted de los conocimientos de la computadora? –increpó herido el Ministro.

–No, qué voy a dudar..., pero que conteste todo...

–Frida está en condiciones de responder cualquier pregunta.

–Algo contestará, no digo otra cosa.

–Sabe todo.

–Todo será un decir.

–Todo no es un decir: todo es todo.

–Cá –soltó ya escéptico el Pontevedrés Errante.

–Si no supiera todo, ¿usted cree que se le hubiera conferido la responsabilidad de decidir sobre los altos destinos de nuestra patria?

–Problema de ustedes, señores. Pero habrá cosas que el aparato no sabe.

–Sabe.

–Mientras no lo vea...

–Lo verá, ya que se empeña.

–Ver para creer, dijo San Lucas –persistió el gallego, errando la cita.

–Lo verá, lo verá –se exaltó el Picaflor, ferviente devoto de su secta.

–Veremos...

Los relojes gotemburgueses señalaban la media hora posterior a las cuatro de la mañana. En el blanquísimo albergue de Frida se habían encendido las luces y, frente a la máquina estupenda, se plantaron el Picaflor, el Subsecretario, el Pontevedrés Errante, el presidente de la *Kömputt Küllagerfabriken A. B.* –arrancado éste abruptamente de su tercer sueño–, varios técnicos adormilados y un mecánico de mameluco amarillo.

Un leve zumbido musical llenó el ambiente. Frida bostezó: su cerebro ya estaba alerta.

–Pregunte usted nomás –invitó el Ministro, seguro.

El Pontevedrés enfrentó la máquina. Puesto en jarras la midió con insolencia socarrona. Escupió caudalosamente en el pavimento brillante y soltó:

*"Me dirá la verde niña
qué quiere decir "morriña".*

Un técnico tradujo la pregunta y Frida zumbó con mayor intensidad. Múltiples luces se encendieron sucesivas. Tembló ligeramente el machinato. Después, por una boquilla niquelada, salió una tarjetita celeste. En cinco idiomas decía la tarjeta:

"Morriña: en dialecto gallego, suerte de nostalgia dulce y melancólica".

Sonrió el Ministro, triunfal.

Sonrió el gallego, triunfal también y dijo:

–Qué va. Morriña es la mía barca, irediez!

Se alteró el Ministro y protestó:

–Ah, no. ¡De mala fe, no!

– ¡Cómo mala fe! –bramó el Errante–. ¿Dirá usted que la mía barca no es *La Morriña*? Eso pregunté yo. El chisme ha contestado mal.

–La respuesta es impecable.

–Nada. Que se ha equivocado.

–Frida ha contestado perfectamente. Pero, para salir de dudas, pregunte de nuevo.

Rascose el gallego la cabeza, gruñó por lo bajo; al fin, entrecerrando los ojos ya chispeantes, dijo:

*"Una señora muy aseñorada
pasa por el agua
sin mojarse nada.
¿Qué es?"*

Tradujo el técnico. Zumbó la máquina. Se prendieron luces. Hubo temblores. Cayó una tarjetita por la boquilla niquelada.

La tarjeta estaba en blanco.

Las carcajadas del gallego fueron descomunales. Lloraba de risa mientras rodaba por el pavimento propinándose tremendas palmadas en el abdomen. Entre hipos y lágrimas aclaró innecesariamente:

– ¡La Luna, coño, la Luna! Si eso lo saben hasta los rapaces.

El Ministro había sido vulnerado. Recompuso su aplomo y buscó escapatoria:

–La pregunta no estaba formulada con claridad. Pregunte de nuevo.
– ¡Si esta máquina es más bruta que un arado! –se mofó el Pontevedrés, obtuso–. Pero preguntaré de nuevo, para que se convenza. –Y largó la pregunta:

– ¿Qué es la gracia?

Zumbido, luces, temblores, tarjetita en cinco idiomas:

"Gracia: dícese del encanto, donaire o armonía de personas o cosas".

Y otra vez el nauta por el piso, convulso de risa triunfal.

– ¿Qué le pasa ahora? –se encrespó el Ministro, interrumpiendo las volteretas del inquisidor–. No negará que la respuesta es correcta.

–Encanto, donaire... ¡Cá!

–Encanto, donaire... ¡isí y qué!

–¡Bah!!

– ¿Y qué es entonces la gracia?

–Ignorante. No saben ustedes nada. Ni el Catecismo. Gracia es un don divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo –memorizó el gallego, preciso.

–Pues le daré a su aparato la última oportunidad –prosiguió el ibérico, ya francamente sobrador a esta altura de los acontecimientos–. Si no contesta esta pregunta, pueden irlo tirando.

Siempre en jarras, asestó al mazazo final:

*"Le solicito un consejo
y no le pregunto más:
¿por qué marcha para atrás
cuando camina el cangrejo?"*

La cuestión era ardua. Ministro, Subsecretario y traductor asimilaron el impacto con dificultad manifiesta. Un postrer reflejo de esperanza brillaba en la mirada impetratoria que dirigieron a Frida. Ésta, luego de los preludios consabidos, escupió su tarjetita. La tarjeta, como era de prever, estaba en blanco. El Pontevedrés Errante se empachaba de triunfo. Abatidísimo preguntó el Ministro:

– ¿Y por qué el cangrejo camina para atrás?

Apodíctico y sentencioso dictaminó el gallego, después de tomarse el tiempo necesario para acentuar el efecto de su respuesta:

*"Respondo sin disimulo
aunque se quede perplejo:
va para atrás el cangrejo
pues tiene cara de culo".*

Ante la profunda sapiencia encerrada en esta contestación, cayeron por tierra los circunstantes. Había hablado la voz aplastante de la Sabiduría Popular.

Cuando se retiraba del complejo industrial *Kömputt Küllagerfabriken A. B.*, el Picaflor de Burzaco, Ministro de Catalización y Plurivalencia Móvil de la República Argentina, procuró disculpar a Frida.

–A la computadora no le habían suministrado la información indispensable para evacuar sus consultas.

– ¿Cómo? –preguntó el gallego.

–Digo que no le había dado los datos indispensables.

– ¿De modo que la máquina contesta lo que ustedes ya saben? Entonces la máquina no sirve para nada –concluyó el Pontevedrés Errante, con definitivo Buen Sentido.

El Ministro sufrió una lipotimia.

CAPÍTULO DIECISIETE - PEPOTE Y LOS POBLADORES DE LA BARRACA

Exijamos lo imposible.

Graffiti parisién de los días de mayo

*Porque el socialismo de entonces metía miedo y
–lo mismo que las enfermedades venéreas y la masonería–
daba prestigio.*

*Las derechas –que suelen ser tan siniestras
como las izquierdas– adulaban...*

Ignacio B. Anzoategui

Al borde del Riachuelo, en la barraca de *La Grandiosa de Avellaneda*, se habían reunido otra vez quienes, en cónclave allí celebrado tiempo antes, intervinieran en los prolegómenos del lance sostenido por Domingo y el Profesor.

Gabriel, naturalmente, había advertido lo absurdo de dicho lance, así que se empeñó en llevar a cabo este segundo encuentro, destinado a esfumar recelos entre los contendientes de ayer, cuyas relaciones mejoraron gracias a los comunes balazos disparados contra las fuerzas del orden en el playón ferroviario.

Charlaban los pobladores de la barraca, sostenido el diálogo por discreto consumo de mate y whisky, cuya compartida ingestión pretendió incompatible un viejo *slogan* político, lo cual evidencia la relativa credibilidad de los *slogans*.

Coyundas cordiales ya se habían anudado entre los ex combatientes, mate va, whisky viene. Sin embargo, los que fueran padrinos de Domingo mantenían recelosa reserva, acentuada la desviación ocular del Estrábico y exagerada la paquetería de Tito.

Así las cosas, se abrió con ímpetu el portón de la barraca. En su marco generoso aparecieron diez extraños personajes. Lucían verdes atuendos y enmarañados excesos capilares circundaban sus rostros, salvo en el caso de uno de ellos, lampiño y calvo.

En cuatro saltos los incursores ganaron el centro del recinto y cubrieron a los allí reunidos con las metralletas que empuñaban.

–¡No se mueva nadie! ¡Esto es una confiscación popular! –gritó el lampiño que, denotando evidente desconocimiento en lo que se refiere al manejo de las armas automáticas, apuntaba a los contertulios con la culata de su ametralladora.

–Confiscación... socialistas... el Códice de Malta –boqueó el Estrábico.

–¡Cállese! –exigió el lampiño, jefe aparente del grupo.

–¿Qué quieren ustedes? –preguntó Domingo.

–Pertenece al Pelotón Populista Tenebroso (PEPOTE) y procederemos a expropiar, en nombre del proletariado expoliado, las riquezas aquí almacenadas por la especulación capitalista.

– ¡Pero hombre... métanle nomás! – invitó Domingo – sírvanse a gusto – y con amplio gesto señaló el montoncito de lana, las escasas bolsas de maíz, las tres de avena, la ristra de ajos y el atado de cueros de puma.

– ¿Y qué quiere que hagamos con estas porquerías? – inquirió el Pepote máximo, desolado.

– Qué sé yo... como querían expropiar...

– No aceptamos limosnas... ¿o se cree que somos pordioseros? Al Cottolengo mande todo eso si quiere sacárselo de encima.

– Pero...

– Pero nada. No confunda dádivas con conquistas sociales.

– ¿Dónde está la diferencia?

– En que unas se arrancan a la opresión patronal y las otras se conceden de lástima. Unas provienen del miedo y otras de la caridad...

– ¿Y qué tiene contra la caridad? – terció el Profesor –. Al fin de cuentas dicen que es una virtud.

– Deje la caridad para los pobres; los proletarios esgrimen reivindicaciones.

– ¿Y de la justicia nada? – intervino Gabriel.

– No hay justicia para los injustos – decretó el lampiño inapelable.

– Así es – convino Tito, movido por opuestas motivaciones.

A todo esto, el Pepote se había sentado en un fardo y, dejando a sus acólitos parados como mucamos, entró decididamente en la conversación. Era un hombre pálido, con anteojos de fuerte aumento que conferían a su mirada un brillo peculiar: su continente todo sugería la presencia de un ex seminarista. En seguida dijo:

– Permitan que me presente: Comandante Bairoleto, mucho gusto.

– Bairoleto fue un bandido – observó Domingo, que conocía las andanzas del pampeano.

– Fue un profeta – rectificó Pepote – un expropiador popular adelantado a su tiempo... “Che” Bairoleto fue.

Policía de la Pampa Central – Captura – de – Juan Bautista Vairoleto o Bairoletto o José Ortega // Prontuario N° 4678 Sección R. H. // El Jefe de Policía del Territorio Nacional de la Pampa Central, solicita de las autoridades que reciban esta circular, la detención del mencionado sujeto, cuya fotografía y filiación figuran en el presente, acusado de ASALTO, ROBO y HOMICIDIO en la persona del comerciante del campo “El Destino”, jurisdicción de Winifreda, Don José Peidón, hecho ocurrido el día 23 del cte. y de hechos análogos que se expresan al dorso, rogando inmediata comunicación de su arresto para la tramitación correspondiente. Santa Rosa, febrero de 1929 – Pedro Basualdo. // – Filiación – Hijo de: Victorio y de Teresa Bondino – Nación: R. Argentina – Provincia: Santa Fé – Pueblo: Ciudad – Nacido: el 11 de noviembre de 1894 – Estado Civil: soltero – Profesión: agricultor – Lee y escribe: sí – Estatura: 1.68 centms. – Cuerpo: delgado – Individual dact.: V. 2343, V. 2242 – Cutis: blanco – Cabello: rubio – Barba: rala, rubia – Frente: Med. recta – Cejas: Rectas, bajas, finas – Párpados: Sup. Cubiertos – Ojos: Verdosos, med. – Nariz: Dorso recto, base baja – Boca: Mediana – Labios: Med. sup. saliente – Mentón: Normal – Orejas: Regulares, lób. sep. – Señas part.: Cara granosa.

EL IDEAL ANARQUISTA³

El anarquismo reivindica, frente a los detentores de la riqueza social y frente a todos los aventureros del poder –civiles o militares, demócratas o dictatoriales– la realización, mediante la acción revolucionaria y la capacitación libertaria populares, de los postulados primordiales siguientes:

Abolición de la propiedad privada de la tierra, de las primeras materias y de los instrumentos de trabajo, a fin de que nadie pueda tener modo de vivir explotando el trabajo ajeno, y teniendo todos los hombres garantizados los medios de producir y vivir, puedan ser verdaderamente independientes y puedan asociarse a los demás libremente, en vista del interés común y conforme a las propias simpatías.

Abolición del gobierno y de todo poder que haga la ley y la imponga a los demás, o sea: abolición de las monarquías, de las repúblicas, de los parlamentos, de los ejércitos, de las policías, de las magistraturas y de todas las demás instituciones dotadas de medios coercitivos.

Organización de la vida social mediante la obra de libres asociaciones y federaciones de productores y de consumidores, hechas y modificadas a tenor de la voluntad de los componentes, guiados por la ciencia y la experiencia y libres de toda imposición que no derive de las necesidades naturales, a las cuales, vencido el hombre por el sentimiento de la misma necesidad voluntariamente se somete.

Garantizados los medios de vida, de desarrollo y de bienestar a los niños y a todos los que no estén en estado de proveer a sus necesidades.

Guerra a las religiones y a todas las mentiras, aunque se oculten bajo el manto de la ciencia. Instrucción científica para todos hasta su más elevado grado.

Guerra al patriotismo. Abolición de las fronteras; fraternización de todos los pueblos.

Reconstitución de la familia, de modo que resulte de la práctica del amor libre de todo vínculo legal, de toda opresión económica o física, de todo prejuicio religioso.

(Volante distribuido por Bairoletto y cuya redacción se atribuye al carpintero Juan Chiappa).

-
- ...fue un profeta... un precursor.
 - Un profeta que confirmaba su evangelio con el homicidio –amplió el Profesor.
 - Con el amasijo –insistió Aníbal.
 - La violencia es estéril –repitió como loro Domingo, contradictorio con su habitual accionar explosivo.
 - La violencia es condenable –pontificó el Estrábico.
 - La violencia es redentora –pontificó a su vez Pepote.

³ Tomado de “La Delincuencia” –Carlos Cúneo y Abel González– Centro Editor de América Latina.

–La violencia es, sencillamente, la última de las razones, cuando se tiene razón. Ni estéril, ni condenable, ni redentora. Lo malo es usarla sin razón o sin necesidad –opinó el Profesor.

–Sólo mediante la violencia se podrá extirpar la propiedad privada, origen de las desgracias del hombre –enfaticó el lampiño.

–Sólo la propiedad privada garantiza la felicidad –retrucó con énfasis el Estrábico.

–Pero, díganme –medió el Profesor– si el problema es la felicidad del hombre, resulta que la cuestión de la bendita propiedad no es un principio ni un fin, como lo toman ustedes. Será, en todo caso, un medio... igual que la violencia. Una cuestión de circunstancias, de justicia calibrada por las circunstancias, me parece.

–Usted es socialista –condenó el Estrábico.

–Usted es capitalista –condenó Pepote.

–¡Caramba! –desvió el Profesor, dirigiéndose a uno de los integrantes del “comando” expropiador, de porte adusto y desaliño notorio–. No me había dado cuenta de que había una mujer de visita. ¡Por favor, siéntese señorita!

–Nada de señorita –cortó la aludida–. Sólo soy un soldado del pueblo.

–Perdón, no quise ofender –se disculpó el Profesor, mientras el Soldado del Pueblo permanecía parado, fumando en silencio su toscano.

–¿Alguien tiene fuego? –pidió Aníbal, que se había quedado sin fósforos.

Pepote, amablemente, le alcanzó su encendedor, al tiempo que se incorporaba diciendo:

–Bueno, acá no hay nada que hacer. Vamos a expropiar a otra parte, hasta erradicar la propiedad privada.

Ya salía la patrulla cuando el jefe, girando bruscamente sobre los talones, le gritó a Aníbal:

–¡Eh, usted! ¡Devuélvame el encendedor que es mío!

–¡Criminales! –farfulló el Estrábico, una vez solos.

–Hay que liquidarlos como a perros rabiosos –aconsejó Tito.

–Muchachos locos –condescendió Domingo.

–Laburar, eso es lo que tienen que hacer –opinó Aníbal.

–Laburar, sí –completó el Profesor– pero, además, a los muchachos hay que darles algo para creer y algo para soñar. Nadie les habla de la Justicia Celestial ni les ofrece Poesía Política: no me extraña que terminen jugando a Bairoletto... y que el juego concluya en tragedia.

–Son producto de las concesiones. No se puede ceder en nada –afirmó el Estrábico–. Vivimos en una plaza sitiada y cualquier ataque al orden establecido es una brecha en nuestras murallas.

El Profesor valoró el símil por un momento, masticó la metáfora y respondió:

–Si estuviéramos sitiados en una plaza fuerte y el jefe de la plaza fuera un imbécil, ¿qué se debe hacer? Quizá empezar por liquidar al imbécil, cuya estupidez pone en peligro la plaza y justifica a los sitiadores.

Gabriel, abstraído, volvió sobre el arco, el árbol y el soneto.

La liberación –concluyó el Profesor para sí– se parece demasiado a la desobediencia. El mundo está enfermo de desobediencia. Nadie quiere servir.

Ni los que deben obedecer ni los que deben mandar; porque obedecer y mandar han de ser dos maneras de servir... Así andamos.

Los remos de un bote chapalearon en el agua espesa del Riachuelo.

CAPÍTULO DIECIOCHO - AMOR EN FOTONOVELA

*En la primera página podría
derramar una rosa y un clavel
mas prefiero dejar, ¡oh niña mía!
las violetas de humilde nostalgia
bogando como un cisne en un vergel.*

Conrado Nalé Roxlo

–Vénganse a tomar un café a casa, antes de seguir viaje –invitó el Profesor a Gabriel y Aníbal, mientras atravesaban el puente Pueyrredón hacia Montes de Oca.

Una vez en la casa de la calle Chacabuco, el Profesor pidió a su hija preparara los cafés prometidos. Estaban en la sala, sombría y atiborrada de objetos heteróclitos relacionados de algún modo con las distintas ramas que confluían en el robusto y legendario tronco del árbol familiar. Sables amojosados, tinteros cachuzos, diplomas ilegibles, óleos desvaídos, muebles derrengados y hasta una insólita bacinilla de porcelana floreada, que oficiaba de canasto para los papeles.

Aníbal disimulaba apenas la ansiedad que le devoraba los caracuses. Desde el primer día que pisara la casa del Profesor, la hija de éste ocupaba, posesiva e inevitable, las mejores ensoñaciones del albañil arrabalero. Sus ojos negros iluminaban mañanas, tardes y noches del muchacho que, sin mayor convicción, intentaba apagar el fulgor pertinaz. ¿De dónde tal empeño por desarraigar el dulce recuerdo? Sencillamente, Aníbal había hecho amplio consumo de fotonovelas, teleteatros y letras de tango, de modo que no ignoraba el triste fin que aguarda, implacable, a los amores inocentes tejidos entre una chica “de la sociedad” y el operario indigente, entre la hija del magnate y el sobrino del plomero, entre la princesa y el mendigo. Desde luego que, para hacer su composición de lugar, en momento alguno recordó Aníbal que, si rey debe ser el padre de una princesa, las arcas de este monarca sólo contenían ancestrales telarañas. Así, las estrofas crueles de *La Brisa* perseguían el dolor de Aníbal:

*Mas no éramos iguales
y eso nos separaba
un mundo de distancias
había entre los dos;
tú eras de familia
muy rica y distinguida
yo en cambio solamente
era un trabajador.*

En su imaginación, convertida en pequeña pantalla azulina, se animaban episodios desgarradores.

–¡AMOR! –dice el galán de ojos tristes y recortado bigotito.
–¡AMOR! –dice la galana de ojos tristes, sin recortado bigotito.
–Nuestro cariño es imposible y mi corazón sangrará eternamente,
lacerado por las verjas agudas de tu mansión señorial...
–Sin ti, mi vida será un tormento interminable. Los banquetes, los
placeres y el champán jamás podrán apagar la hoguera de mi pasión doliente...
–ADIÓS, para siempre ¡ADIÓS!
–ADIÓS, hasta el más allá ¡MI AMOR!

En la imaginación de Aníbal, transformada en revista multicolor, se animaban desventuras de papel.

Un crucero blanco, majestuoso, anclado en un riacho festoneado de sauces. Un mísero botecito de remos arrimado al costado lustroso del crucero blanco. Una escala de cuerdas tendida entre la alta borda y el botecito escorado. Trepado a la escala, asomando la cabeza sobre la barandilla del palacio flotante, un mozo de mameluco y rostro anguloso, preferiblemente manchado con grasa negra. Arrodillada junto a la barandilla, una damisela esplendente, cubierta de alhajas costosas, ligeramente discrepantes con su atuendo de capitán transatlántico. Sobre la pareja, una luna de utilería.

–¡AMOR! –dice el muchacho del mameluco y la cara engrasada.
–¡AMOR! –musita con arrobo la millonaria cuajada de alhajas.
–Nuestro cariño es imposible y mi corazón sangrará eternamente
lacerado por el ancla filosa de tu yate señorial...
–Sin ti, mi vida será un tormento interminable. Los banquetes, el
champán y la navegación jamás podrán apagar la hoguera de mi pasión
desgarrada...
–ADIÓS, para siempre ¡ADIÓS!
–ADIÓS, hasta la otra orilla ¡MI AMOR!

Y, otra vez, estrofas crueles persiguiendo el dolor de Aníbal; las notas de *Dos que se Aman* resonando persistentes en sus oídos:

*Por qué nos separan
no saben acaso
que pasa la vida
cual pasa la flor.
Cruzamos el mundo
como aves de paso:
mañana, la tumba,
¿por qué hoy el dolor?*

*La dicha secreta
de dos que se adoran
enoja a los cielos
y es fuerza el sufrir.
Tan sólo son gratas
las almas que lloran
el torvo destino...
¡la ley es morir!*

Pero había algo que no calzaba en el teleteatro de Aníbal. Conforme todos los antecedentes del caso, correspondía que el mayor obstáculo opuesto a su cariño fuera el padre de ella, necesariamente un despótico ricacho aferrado a sus prejuicios, balances, abolengo y títulos de renta. Y lo malo del asunto era que el Profesor representaba pésimamente su rol, escapándose todo el tiempo del libreto. A fin de robustecer la posición asumida, Aníbal tarareaba con frecuencia aquellos versos que, con música de *Mis Harapos*, su padre entonaba incansable mientras crecían las hiladas de ladrillos a influjo de la cuchara tenaz.

*Oligarca que entregaste
el transporte al extranjero...*

Era inútil. No conseguía representarse al Profesor entregando ningún transporte a ningún extranjero. Se lo imaginaba, más bien, ensartando con su lanza de Ituzaingó al gerente de la *Glass Argentina S. A.*

–Les voy a presentar a mi mujer –dijo el Profesor.

Y saludaron a una señora de negro, que se movía en torno a su marido con silenciosa eficacia.

Después entró la hija del dueño de casa, portando una bandeja donde el café humeaba en tazas absolutamente distintas entre sí.

–A mi hija ya la conocen, creo. Mercedes –indicó el jurista dirigiéndose a la muchacha– éste es Gabriel y éste es Aníbal, de quienes ya te he hablado.

La chica se inclinó sonriendo. Aníbal se puso como un farol de paso-a-nivel.

Cuando salieron, Aníbal –que de sonso no tenía nada– optó por olvidar sus libros de estudio en el perchero de la entrada.

No habían avanzado dos cuadras por Chacabuco cuando los amigos se dieron vuelta, respondiendo a insistentes llamados. Detrás de ellos corría la hija del Profesor –que de sonsa no tenía nada– agitando los libros olvidados.

–¡Se dejaban esto! –jadeó Mercedes.

–Pero... no me había dado cuenta –mintió Aníbal– no se hubiera molestado.

–¿Son tuyos?

–Sí... muchas gracias.

Los dos demoraron la entrega y recepción de los libros olvidados. Finalmente tuvo lugar la tradición (aquí conviene usar una figura jurídica romana) y el roce de sus dedos con la mano de la chica fue, seguramente, la emoción más fuerte sentida por Aníbal en mucho tiempo. Mercedes simuló no enterarse de nada, aunque sonsa no era.

CAPÍTULO DIECINUEVE - ANÍBAL CONTRA LOS ANTROPÓFAGOS

*Y me llenan de luz la cabeza
yo no sé qué canciones bizarras
de tu tierra de amor y alegría
y deseo aventuras extrañas.*

Evaristo Carriego

Allá en su cuarto, próximo a Iberá y Arribeños, Aníbal no pegó un ojo durante horas y horas. La caminata desde Avellaneda había sido severa prueba para sus piernas, pero el cansancio no logró neutralizar los efectos de otra severa prueba padecida por su corazón, devenido en guiñapo.

El compás desolador del tango *La Brisa*, la cadencia trágica del vals *Dos que se Aman*, los desenlaces horrorosos de la telenovela *El topacio embarrado* y del fotodrama *Barreras doradas*, punzaban reiterados el insomnio de Aníbal, cual agujas candentes hincadas en tierno pimpollo nimbado de rocío (sabrà el lector apreciar la metáfora).

Pero el alma de Aníbal, si bien sentimental y coqueta a la manera de Griseta francesita pizpireta, no era de aquellas que sucumben en lenta agonía poética mientras la alborada difumina su rosicler en las auras del nuevo día. No señor. El espíritu de Aníbal, aún "groggy" de amor, era un espíritu fuerte y saludable. De modo que, en vez de acariciar ensoñaciones desmayadas, comenzó a triunfar en sucesivos lances que su robusta fantasía urdió en la duermevela y que resultaron ocasión propicia para depositar éxitos a los pies de la bienquerida.

Aníbal, cubierto el físico musculoso por breve piel de leopardo, avanza veloz por los aires, suspendido de liana en liana – Allá abajo, cercado por fuerte empalizada, se observa el poblado de los temibles antropófagos – En medio del pueblo hay una plaza – En medio de la plaza, un poste cavado en tierra – Atada al poste por crueles ligaduras, Ella – En torno a Ella, los salvajes se contorsionan en siniestra danza ritual – Una fogata arde junto al poste – Los tambores malditos redoblan ensordecedores – Un hechicero pintarrajeado enfrenta a la bella prisionera y practica visajes aterradores – Pero Aníbal avanza, volando de liana en liana – El hechicero extrae pavorosa cuchilla y comprueba su filo (si la escena transcurriera entre los aztecas, la cuchilla sería sin duda de obsidiana, pero como no transcurre entre los aztecas, la cuchilla es de otra cosa) – La danza alcanza ritmo demencial – Los tambores atruenan frenéticos – El hechicero alza el brazo armado – Aníbal alcanza la última liana – Brilla la cuchilla al sol – Aníbal calcula el impulso del salto postrero – La cuchilla baja con impulso atroz – El brazo de Aníbal, poderoso, sujeta en el aire la muñeca del hechicero nefasto – Un magnífico "cross" de izquierda derriba al hechicero – Corre el salvador hacia la hoguera – Toma un leño ardiente – Llega junto a Ella – Con una mano desata a la bella, mientras con la otra, que empuña el leño ardiente, abate ciento catorce antropófagos – Ella está libre pero, vencida por las emociones, se desmaya sobre el hombro

esforzado – Con su preciosa carga a cuestas, abriéndose paso a golpes de tizón, Aníbal gana la salida del poblado – Pronto alcanza una liana propicia – Palpitante la amada sobre su corazón, Aníbal se aleja por los aires, de liana en liana, rumbo a un refugio maravilloso...

El mediodía se derrite en el cielo de Oklahoma – Bajo el cielo caldeado se estira la calle principal de un pueblo de frontera – La calle está desierta en el mediodía de Oklahoma – Tras las persianas cerradas, los habitantes del pueblo esperan tensos – A un costado de la calle desierta está la cárcel del condado – Del otro lado de la calle está el "saloon" – Las únicas puertas abiertas en la calle solitaria son las de la cárcel y el "saloon" – Por la puerta de la cárcel sale el forajido abominable, que ha cumplido su condena – Sale sediento de venganza – Tira como nadie con las dos manos – Por la puerta del "saloon" sale "Aníbal the Kid", baja la cartuchera de su Colt, anudada al muslo derecho – Dentro del "saloon" ella espera el resultado del duelo tremendo – "Aníbal the Kid" ha enviado a la cárcel, tres años atrás, al forajido abominable, luego de vencerlo combatiendo por ella. La revancha será espantosa – Ella, luciendo proverbial atuendo de bailarina, aguarda llorando – El forajido y Aníbal se han visto – Se plantan en mitad de la calle desierta – Escupen en el suelo – Se adelantan, un paso después del otro, colgando las manos a la altura de las culatas de sus Colts – El forajido abominable suelta bronca carcajada – El Kid permanece impasible – Un paso – Y otro más – Ella solloza, mordiendo su pañuelito de encaje – Otro paso – Detrás de los visillos, el pueblo contiene el aliento – Otro paso – La primera campanada de las doce suena en el reloj de la estación abandonada DONG – El sol detiene su carrera – DONG – Mueca perversa del forajido – Resolución serena en el Kid – DONG – Paso adelante – Otro paso – DONG – Veloz como el rayo dispara el forajido – No se ve el movimiento de Aníbal – DONG – Nueva carcajada del forajido abominable – Aníbal tambalea – DONG – Ríe el forajido – Aníbal cae – Se abre una ventana en lo alto – DONG – Se abre otra – Aníbal, tendido – DONG – Pero la carcajada del forajido se estrangula curtida de "bourbon" – Se lleva las manos a la barriga, donde crece una alentadora mancha de sangre – DONG – Ella sale desalada por la puerta del "saloon" – El forajido cae, definitivamente planchado – DONG – Ella se arrodilla junto al Kid – Llora – DONG – Se abren los ojos de Aníbal – Un rasguño rojo cruza su mejilla – DONG – Ella apoya los labios sobre la herida – THE END.

Por el tablón estrecho camina Ella – Abajo, surcan el Caribe las aletas de mil tiburones hambrientos – Detrás de Ella, el más nauseabundo de los filibusteros apoya en la espalda grácil un sable de abordaje.....Entre la tripulación de patibularios está Aníbal, el grumete ágil y arrojado, a quien mil aventuras llevaron hasta el bergantín de espantosa fama.....Ella avanza un paso.....Se termina el tablón.....el filibustero nauseabundo se bambolea ante el ataque.....Ambos ganan el castillo de popa.....Los cañones del castillo barren la cubierta con metralla.....La proa del bergantín enfila hacia Cartagena, donde el Gobernador espera a su hija.....

.....
.....
En el sótano del tugurio, cercano a los muelles, tres hombres del "gang" vigilan su presa.....Un bloque de cemento aguarda a Ella: el secreto de la destilería clandestina así lo exige.....Tony Aníbal, el detective privado, está sobre la pista.....Las "Thompson" vomitan fuego.....Tony dispara su "Smith & Wesson" del 38, caño dos pulgadas.....el último gángster queda fuera de combate con un gancho de derecha.....
.....conduce el "Hudson" doce-cilindros-en-línea y ella reclina su cabeza sobre el hombro de Tony.

.....
Aníbal, Paladín de las Galaxias, se desliza por el espacio sideral.....
Ella está en poder de los monstruosos pobladores del planetoide XYZ-18.....
.....Aníbal desenfunda su pistola de rayos vibratorios.....
Se acercan vertiginosamente de regreso a la Tierra.....FIN.

Insomne, Aníbal, Albañil del Arrabal, sueña con Ella. Sueña con Mercedes, la hija del Profesor.

Insomne, Ella, Mercedes, la hija del Profesor, también sueña. Sueña con Gabriel.

CAPÍTULO VEINTE - "MADE IN SWEDEN – BUENOS AIRES"

*Es de hierro fundido; hierro y acero.
Mineral arrancado al centro de la tierra,
sometido al fuego, al agua, al mazo, se retorció,
renuente a la consistencia y la forma requeridas,
para caer otra vez entre los golpes, las llamas,
el agua; chirrió, silbó, antes de llegar a
ser el ciego pez de grandes profundidades, que es.*

H. A. Murena

Un punto veloz apareció en el cielo gris del invierno. Creció vertiginosamente hasta asumir el contorno de una formidable aeronave que, luego de un par de circunvoluciones, enfiló la pista del ex aeropuerto Ministro Pistarini, ex aeropuerto internacional de Ezeiza, ex aeropuerto Camilo Torres, actual aeropuerto comercial de la *Glass Argentina S. A.*

La tropa del Regimiento Primero de Infantería, denominado otrora Patricios, flanqueaba la pista en parte de su extensión. Sobre la cabecera de ésta, se alzaba un palco ornado con colgaduras celestes y blancas, en cuyo centro lucía el sol ausente de aquella jornada invernal. En el palco, Presidente, ministros, secretarios de Estado, algún gobernador, dieciocho diputados, nueve senadores, representantes de las agónicas fuerzas vivas, una "vedette" amiga del Jefe del acantonamiento local, seis colados y el embajador de Suecia. Importantes grupos de curiosos se apiñaban en la azotea vecina al campo.

Cuando la aeronave tocó tierra de Ezeiza, se estremecieron los huesos del negro Gabino, rompió a tocar la banda del regimiento, presentaron armas los batallones, cuadrándose Presidente, ministros, gobernadores, diputados y senadores, sacaron pañuelos blancos la "vedette" y los seis colados. Mezclando sus acordes con los de la banda lisa, se alzó, desde los altavoces, *La Chacarera de Frida*. Una racha de pampero agitó las oriflamas argentinas, suecas y aquellos banderines con los colores y logotipos de la *Kömputt Küllagerfabriken A. B.* y de la *Glass Argentina S. A.*, enarboladas en alterna comunión sobre los edificios del aeropuerto. Las cámaras y las filmadoras que perpetuaban el momento zumbaron a todo vapor; el énfasis de los locutores alcanzó registros ponderables. El público se agitó anhelante.

Detuvose el artilugio volador. El rollo aterciopelado de una alfombra disminuyó velozmente su volumen, impulsado a la carrera por dos ordenanzas y dejando a su paso mullido camino purpúreo que vinculó el palco oficial con la escalerilla adosada, de inmediato, al flanco de la aeronave. Redobles, pífanos y bronces de la banda conmovían el lugar, caóticamente enredados con los charangos, bombos y quenás, que acompañaban las notas de *La Chacarera de Frida*. Se abrió la portezuela y, en su marco brillante, apareció la silueta del Picaflor de Burzaco, el cual saludó agitando la mano. La banda rompió con los primeros acordes de *Qué Linda Manito que Tengo Yo*, tema musical "ad hoc" que cesó en cuanto el Ministro dejó de saludar. Descendió

éste, seguido por el Subsecretario de Coordinación, etc. y de los demás integrantes de la nutrida comitiva que volara a Suecia tras los favores de Frida. En dos hileras se partió la delegación, dejando libre el paso por la roja alfombra. El primero de los veintiún cañonazos de estilo resonó estruendoso. La verba de los locutores asumió cadencia solemne.

Los límites de la portezuela se corrieron lentamente, dejando entre sí un amplio espacio. En el costado de la nave quedó abierta una enorme boca sombría. Allí, avanzando desde sus metálicas amígdalas, se recortó la figura de un cajón descomunal que, impulsado mecánicamente, alcanzó los umbrales del portalón. En la luz cenicienta de julio pudo apreciarse claramente el inmenso embalaje; una leyenda, pintada con gruesas letras negras, lo atravesaba en forma oblicua: MADE IN SWEDEN / BUENOS AIRES.

Por la alfombra roja se había aproximado una grúa de buen porte, que aprisionó con su garra el gancho que reunía los múltiples cables tendidos en torno al cajón. Con su carga suspendida, la grúa inició lenta recorrida sobre el camino de terciopelo. Sonaba el cañonazo número nueve de la salva artillera. La banda atacaba los compases de una marcha inédita: *Frida Asoma*.

Al llegar la grúa frente al palco, cesó la música. El Presidente de la Nación en seguida dio lectura al discurso que las circunstancias imponían:

"¡Argentinos! En mi carácter de Primer Magistrado es para mí un honor dirigirles la palabra cuando la Patria inicia su marcha segura por el camino que, desde el bronce, le señalan sus Gigantes Padres. Ayer fue un ideal de Libertad, de Igualdad, de Fraternidad el que motorizó los arcanos de la Historia; hoy el progreso rutilante de la técnica permite implementar por su intermedio este desafío generacional....."

A lomo de dieciséis cureñas arribó Frida –rebozada en su embalaje– a la Plaza de Mayo. Una suelta de palomas blancas, cuyas alas teñidas de azul les conferían aspecto de ascendentes escarapelas, rubricó el arribo de la caravana venida de Ezeiza. Era una auténtica multitud la que albergaban los límites de la plaza. Silenciosa y ligeramente desconcertada, pero auténtica multitud, por cierto. Desde la Diagonal Norte llegó Frida; rodeó la plaza y se detuvo ante la entrada central de la Casa Rosada. Miles de escolares agitaban banderitas. La sirena de "La Prensa" y las de varios buques surtos en la rada ulularon insistentes. Convenientemente aleccionados al respecto, legiones de empleados públicos arrojaron cataratas de papel picado desde los edificios aledaños (el papel que se picara con tal fin provenía de infinitos expedientes jubilatorios iniciados ochenta años atrás y jamás concluidos). Racimos humanos pendían de la Pirámide de Mayo; en su tope, vacilaba la República.

Por fin el cajón atravesó la arcada y se perdió por los pasillos de la sede gubernamental, en cuyo ámbito quedaría instalada Frida para decidir, desde allí, el destino del país. Antes de trasponer el dintel, una paloma irreverente pintó con un chisguete blanquecino una de las letras negras que componían la leyenda MADE IN SWEDEN / BUENOS AIRES.

Los Demonios Nacionales discurrieron:

Notemetas: Quién sabe... vaya a saber... yo, argentino.

Tilingófeles: Me fascina la compu... ahora la electrónica se usa mucho... y es importada.

Macaneo: El diapasón telúrico ha vibrado en un mensaje azul y blanco que arranca esta fecha de los parámetros de la coyuntura para dejarla perpetuamente agendada en las raíces del devenir nacional.

El Ángel-de-la-Nación-Argentina, en cambio, se rajó un taco impropio de su investidura y naturaleza.

CAPÍTULO VEINTIUNO - CAMBALACHE TABULADO

*Y herida por un sable sin remache
se vé llorar la Biblia
sobre un calefón.*

Enrique Santos Discépolo

Emplazada Frida en su despacho de la Casa Rosada, comenzó una labor ímproba: suministrarle la información necesaria para que emitiera su dictamen trascendental. Había que almacenar en la sesera de la Computadora todos los datos en que se fundaría su histórica sentencia. Había que alimentar a Frida. Y éste no era trabajo fácil ni breve.

Pese a que sus agentes no cobraban desde largos meses atrás, la Administración Pública trabajó a pleno. También así trabajaron múltiples entidades para-estatales, mixtas y privadas; Fundaciones y Ateneos; Centros y Academias; Gremios y Asociaciones; Profesionales y Francotiradores. Cuanto archivo existiera en el patrio suelo vació su contenido en el cerebelo electrónico. Colecciones íntegras de diarios y revistas. Manojos de cartas particulares; todos los tomos de la Guía Telefónica; Memorias y Balances de las entidades más disímiles; tesis doctorales y tarjetas del PRODE; composiciones escolares y expedientes perimidos; formularios de telegramas y planes CONADE; apuntes de redoblones y mensajes presidenciales... todo, todo ocupó un lugar en las circunvoluciones cibernéticas.

Los repositorios de cien departamentos administrativos volcaron sus contenidos heteróclitos: remitos referidos a envíos de tinteros o ventiladores; informes relativos a la erradicación de la filoxera, al sistema electoral por *ballotage* o a pedidos de licencia sin goce de sueldo, confundidos con copias auténticas de acuerdos bilaterales, libramientos sobre partidas reservadas o diplomas de diputados fallecidos.

El Registro de la Propiedad Intelectual aportó elementos inverosímiles, entre los que cabe destacar el proyecto de un invento jamás llevado a la práctica, idéntico al que enriqueciera, treinta años después, a un basto agricultor de Minnesota, devenido en El Emperador del Poroto Siliconado.

El aluvión arribado desde la Biblioteca Nacional confundió, en fárrago igualitario, a Ingenieros y Dante Panzeri, a Horangel y Borges, a Victoria Ocampo y Augusto Bonardo, a Esteban Echeverría y Borocotó Junior...

El aporte de la Dirección Nacional de Estadística y Censos fue copioso y aburrido. El del ente calificador de la producción cinematográfica también fue copioso pero no aburrido. El de SADAIC sorprendente. Turbador el del Instituto Di Tella. Desenfadado el de la Curia Metropolitana. Curialesco el del Gran Oriente Argentino. Mojigato el del Sindicato de Coperas y Afines. Procaz el de la Sociedad Postconciliar de Evangelizadoras Sociales (SPES). Burgués el del Partido Socialista. Marxista el del Demócrata Cristiano. Inefable el del Partido Radical. Pomposo el del Conservador. En idioma impecable el de la Academia Porteña de Lunfardo. Se descubrieron graves solecismos en las actas de la Academia de Letras...

Pero como el lenguaje escrito no es el único medio de expresión, miles de películas cinematográficas fueron a dar a las entrañas de Frida. Y miles de cintas grabadas depositaron en ellas su mensaje articulado: conferencias, clases, transmisiones de carreras de automóviles, reportajes a divas de la vieja radiofonía, torpes discursos pronunciados en espirituales despedidas de soltero.

Después sobrevino la grabación de entrevistas especialmente realizadas con el fin de consultar a las figuras representativas del quehacer nacional, como suele decirse.

Encuestador: Doctor, nos interesa su opinión y el valioso aporte de su experiencia a los efectos de completar la alimentación de El Ordenador.

Agamenón Fornasari Solá: En mi carácter de veterano dirigente de la agrupación política en que milito, depositaria del legado de hombres preclaros que, transidos de pasión cívica, laboraron por cristalizar el anhelo de las mayorías ciudadanas, accedo con el mayor placer a coadyuvar en esta tarea que hace al afianzamiento final de la democracia.

E.: ¿Es usted optimista en cuanto al veredicto de la computadora?

A. F. S.: Sólo soy optimista en cuanto al veredicto de las urnas.

E.: De manera que es pesimista.

A. F. S.: En modo alguno, mi joven amigo. Concibo un modo de compatibilizar el caso.

E.: ¿En qué consiste doctor?

A. F. S.: Muy sencillo. Mediante una simple refacción exterior, el gobierno debe otorgar a Frida el aspecto de una gran urna. Así será el suyo el veredicto de la urna y sabemos que las urnas jamás yerran. En tal caso, aguardaré con optimismo dicho veredicto: *Vox Populi, vox Dei*.

Encuestador: Respecto al tema de nuestro interés, ¿cuáles son los aportes y sugerencias de un consagrado cantor *beat*?

Zoilo Pereyra, alias "Singer Sammy", integrante del conjunto "The Crazy Monkey": Ye, ye, ye, ye!!!

E.: Interesante. ¿Desea agregar algo más?

Z. P. alias S. S.: Ye, ye, YE, YE, YE, YAAA!!!!

E.: Muchas gracias, "Singer Sammy"

Encuestador: ¿Qué nos puede decir usted, Hércules "Viandazo" Pignataro, desde la perspectiva de un campeón sudamericano peso mediomediiano ligero?

Hércules Pignataro (a.) "Viandazo": Muy buenas noches, queridos oyentes de LX 102, canal 27...

E.: Perdón que interrumpa, "Pigna". Ésta no es la transmisión de *Sobre el cuadrilátero*.

H. P. (a.) "V": Muy buenas noches, queridos oyentes de LX 102, canal 27...

E.: Disculpe, ésta no es la...

H. P. (a.) "V": Muy buenas noches, queridos oyentes de LX 102, canal 27. Espero brindar un buen espectáculo y me encuentro en perfectas condiciones físicas y anímicas. Yo no soy un peleador sino un estilista. Que gane el más mejor. Aprovecho la oportunidad para saludar a los muchachos del club Músculo y Amistad y a mi tía que me está viendo.

E.: Pero...

Encuestador: El pronunciamiento de un académico resulta siempre trascendente.

Académico Correspondiente: Vuelva más tarde. Ahora tienen que ponerme el *Antiphlogitine* y la *Maravilla Curativa del Dr. Humphreys*.

Legiones inconmensurables de censistas y encuestadores barrieron de allá para acá todo el territorio patrio. Las reparticiones pertinentes, asesoradas por Institutos y Fundaciones privadas, confeccionaron los formularios más complicados que imaginarse pueda. Infinitos casilleros. Marque con una cruz su respuesta. Táchese lo que no corresponda. Ahora extraiga la raíz cuadrada de la cifra obtenida. Escribese a máquina o con letra de imprenta legible.

Apellido, nombre, apodo, domicilio, estado civil, edad, profesión, ingresos, promedio de ingresos anuales, mensuales, diarios, datos del empleador, número de inscripción en Réditos, en Cajas Previsionales, matrícula militar, señas particulares visibles, invisibles, cutis color, nariz dorso, filiación política, religión, a qué clubes pertenece, lee y escribe, sí, no, autores preferidos, parto, normal, con fórceps, concebido con luna llena, menguante, creciente, relaciones pre maritales, sí, no, traumas infantiles, cuáles, sus padres le pegaban, sí, no, mucho, poquito, nada, le gusta el dulce de leche, las panqueques, cree en los Reyes Magos, creyó, hasta cuándo, iniciación sexual, circunstancias, detalles, pormenores, estudios primarios, secundarios, universitarios, aplazos, sí, no, cuántos, enfermedades, uso de drogas, de anticonceptivos, fuma, sí, no, marca, opinión sobre J. Kennedy, Olegario Andrade, Alfredo Di Stéfano, Constancio C. Vigil.....
.....

Durante meses la intimidad de los argentinos fue acosada del modo más impertinente por casillero y formularios. Claro que todos sabemos cómo responden los argentinos a requisitorias de este tipo. De allí a formarse idea respecto a la credibilidad de las informaciones suministradas a la Computadora hay un solo paso. Los Inspectores de Réditos empezaron a abrigar ciertos celos en cuanto al fallo de Frida.

APELLIDO Y NOMBRE: Ángel-de-la-Nación-Argentina.
EDAD: Larga.
SEXO: A establecer en los archivos de Bizancio.
GRADUADO EN: Combate a las órdenes de San Miguel.
DEPORTES QUE PRACTICA: Volovelismo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS - EL SECRETARIO DEL SECRETARIO DEL SUBSECRETARIO

Llénese por quintuplicado.

Dirección General Impositiva

El contingente de censistas destinado a obtener alimento para Frida era, como dijimos, gigantesco. No obstante ello, resultaba escaso comparado con la magna tarea a realizar. Esta circunstancia, públicamente conocida, sugirió a Aníbal una idea ingeniosa.

Desde su visita a la casa de la calle Chacabuco, el Albañil del Arrabal no había encontrado motivo ni pretexto para ver, otra vez, a la causante de sus luchas con los antropófagos, los forajidos del lejano oeste, los filibusteros, los gangsters, los monstruosos habitantes de remotos planetoides. Y Aníbal languidecía a ojos vistas; después que, con Gabriel, hubieron aprobado Sucesiones, no conseguía concentrarse en el estudio de la materia que le correspondía rendir. Con aire casual cruzó cien veces ante el zaguán de la vivienda del Profesor; pero la puerta estaba siempre cerrada y corridos los arcaicos visillos que recataban las ventanas. Sin embargo, Aníbal había encontrado un modo para introducirse oficialmente en el feudo de su bienamada.

La idea del muchacho era sencilla: si faltaban censistas, si las arcas públicas estaban exhaustas impidiendo contratar nuevos agentes, si no se requería colaboración popular pues temía el gobierno un desacato civil unánime, Aníbal se ofrecería para officiar de censista voluntario. Y, en carácter de única compensación para sus tareas, exigiría se le asignara como campo de acción el área que comprendía la casa de la calle Chacabuco.

Dispuesto a llevar a la práctica su proyecto, Aníbal se presentó bien temprano en la Casa Rosada, decidiéndose a ingresar por la puerta central, correspondiente a la calle Balcarce. Ante su sorpresa, los granaderos allí apostados no le cerraron el paso, lo cual le hizo meditar en cuanto a la función que desempeñarían aquellos centinelas que nada vigilaban. Llegó hasta un mostrador ubicado a la derecha. En ese lugar, implacables, ejercían auténtica vigilancia tres ordenanzas. Se dirigió a uno de ellos, sentado detrás del mostrador.

–Vengo a ofrecerme para censista –informó Aníbal.

–Los asuntos referentes al censo están centralizados en Secretaría General de la Presidencia –respondió mecánicamente el ordenanza.

–Bueno, allá quiero ir.

–¿Tiene pase?

–¿Pase?

–Sí, pase.

–No tengo pase.

–¿Está citado?

–No, no estoy citado. Vengo a ofrecerme...

–No está citado... sin pase no pasa.

–Pero quiero ver a alguien.

–¿Se arregla con el Secretario del Secretario privado del Subsecretario del Secretario General de la Presidencia?

–Y... creo que sí.

–Deme su documento de identidad.

–¡Pucha! No traje documento.

–No puede pasar.

Aníbal inició la travesía hasta Iberá y Arribeños. Horas después tornaba con el comprobante de su existencia legal. Ya no estaba el ordenanza primigenio. Pero Aníbal había aprendido y cortó camino.

–Vengo a ver al Secretario del Secretario privado del Subsecretario del Secretario General de la Presidencia. No tengo pase ni estoy citado. Aquí está mi documento.

–Lo siento. Esta cédula está expedita por la Policía Federal. Aquí monta guardia una unidad militar: hay que presentar libreta de enrolamiento.

–Pero a mí me dijeron...

–Yo no lo atendí.

–No, fue el señor que estaba antes.

–Para reclamos sobre el turno mañana, horario de siete a ocho.

Esta vez la caminata hasta Iberá y Arribeños fue más penosa, pero Aníbal hizo y rehizo el trayecto sin desfallecer.

Pasó entre los granaderos, llegó hasta el mostrador de madera. Un tercer ordenanza ocupaba su lugar detrás del mismo.

–Vengo a ver al Secretario del Secretario privado del Subsecretario del Secretario General de la Presidencia. No tengo pase ni estoy citado. Aquí está mi libreta de enrolamiento.

–Aunque afuera permanecen los granaderos, en horas de la tarde la vigilancia está a cargo de la Policía Federal, de manera que debe presentar cédula de identidad.

Esta vez a Aníbal no lo agarraron sin perros, pues retenía la cédula presentada en su segundo viaje. La exhibió satisfecho.

–¿A quién dijo que quería ver?

–Al Secretario del Subsecretario privado del Subsecretario del Secretario General de la Presidencia.

–Lo siento. El doctor atiende hasta las dieciocho: son las dieciocho y cuatro minutos.

–No... por cuatro minutos.

–No son los cuatro minutos. Es que el Secretario del Secretario del Subsecretario del Secretario General de la Presidencia se retira a las quince y veinte horas.

–¿No me dijo que atendía hasta las diez y ocho?

–El horario es hasta las diez y ocho, pero el doctor se retira a las quince y veinte. Puede encontrarlo entre las catorce cincuenta y las quince y diez horas.

A las catorce y cuarenta y cinco horas del siguiente día, Aníbal estaba frente al mostrador ubicado a la derecha de la entrada por Balcarce a la Casa Rosada, munido de cédula de identidad y libreta de enrolamiento. Pero, lamentablemente, carecía de certificado de vacunación antivariólica.

Seis días después, Aníbal acudió a la oficina consabida, provisto ahora de cédula de identidad, libreta de enrolamiento, certificado de vacuna, constancia de buena conducta, comprobante de domicilio, número de inscripción en Réditos, en la respectiva Caja Previsional, habilitación médica y bucodental, partida de nacimiento, análisis de orina y una propina adecuada para el ordenanza de turno.

Aníbal enfrentó al Secretario del Secretario privado del Subsecretario del Secretario General de la Presidencia.

–¿Aquí se centralizan los problemas referentes al censo?

–Así es.

–¿Les faltan censistas?

–Nos faltan.

–Vengo a ofrecerme voluntario.

–¿Cómo voluntario?

–Sí, vengo a ofrecerme para censista.

–No hay más vacantes y la Administración Pública está en plan de racionalización.

–No, no, yo no vengo a pedirle un cargo. Vengo a trabajar gratis.

–Vea, eso no está previsto en el reglamento para el Personal Civil de la Nación.

–Pero yo no voy a ser personal civil, me ofrezco por amor al arte (mentira).

–De cualquier manera, no podemos contratarlo.

–No hace falta contrato.

–Sin contrato no hay trabajo.

–Pero ustedes necesitan gente.

–Yo le digo las cosas como son. Y se las digo como gauchada porque una cosa son los asuntos del censo y otra muy distinta la elección del personal. En realidad, debe usted dirigirse al Ministerio del Interior, a cuya área compete el caso. Buenas tardes, ya son las quince y veinte.

En el Ministerio del Interior las cosas no marcharon por carriles más placenteros. Luego de presentar su solicitud en papel sellado de cien mil pesos ley 113.513, y de someterse a un test exhaustivo, Aníbal rodó por siete dependencias del citado Ministerio. Su gestión allí tuvo término cuando, previa consulta con la Procuración del Tesoro, se le informó que debía presentarse por ante el Departamento Voluntariado, de la Subsecretaría de Promoción Grupal y Auxilio Multitudinario, ubicada en el coto reservado al Ministerio de Confort Popular y Esparcimiento Público.

Tesonero, Aníbal superó todas las dificultades. Un día, finalmente, encontrose con un fajo de planillas, una credencial habilitante en el bolsillo y tocando timbre en la casa de la calle Chacabuco. El corazón bullía en su pecho. Después de larga espera, supuso acertadamente que estarían secas las pilas de todos los timbres que vos apretás. Redobló sobre la puerta con una pequeña mano de bronce colocada al efecto, verde de heráldicas humedades. Oyó pasos. El corazón aceleró a fondo. Se abrió la puerta.

Por la puerta apareció una cabeza cana.

– ¿Qué hace usted aquí? –jadeó Aníbal.
–Le cuido la casa al Profesor –informó Santos, el Paisano de Torrecita.
– ¿Y el Profesor... y su familia?
–Afuera.
– ¿Afuera?
–Afuera.
– ¿Vuelven?
–Vaya a saber cuándo.
–Pero tenían que censarse.
–Por eso.
– ¿Cómo por eso?
–Sí, por eso se fueron.
– ¿A censarse a otra parte?
–A no censarse.
– ¿A no censarse?
–El Profesor dice que no se censa. Ni él ni su gente. Que esas preguntas son una insolencia.
–Lo van a meter preso. A él y a su familia.
–Ya sabe.
–¿Y?
–Dice que le metan nomás. Que cada cual tiene su libertad y que primero está el respeto de cada uno.

Aníbal se alejó vencido. Por la noche, en su cuarto próximo a Iberá y Arribeños, llenó de puro pálpito las planillas correspondientes al Profesor y los suyos. Tardó una semana en recuperarse y volver a lidiar con antropófagos, forajidos, filibusteros...

CAPÍTULO VEINTITRÉS - EL SÁBADO DE LAS CUATRO VIRTUDES

*Al mismo tiempo vieron aparecer unas
como lenguas de fuego que se repartieron
y asentaron sobre cada uno de ellos.*

Hechos de los Apóstoles

–¿Así que ustedes son Gaspar, Melchor y Baltasar? –quiso asegurarse Aníbal.

–Ahá. Pero Melchor no es creyente –contestó Gaspar, más conocido por Yácono.

–¿Y en qué no cree Melchor? ¿En los Reyes Magos?

–En los Reyes cree. En lo que no cree es en la religión.

–Vos no creés en la religión –atacó Aníbal, dirigiéndose a Melchor (a.) Rossi.

–No –respondió el *centre-half*.

–Así que no te bautizaron, no hiciste la Comunión... capaz que no te vacunaron, idegenerado!

Gabriel, Aníbal y los integrantes de la línea media antológica, charlaban en la pensión de la calle Riobamba, al tiempo que trasegaban "vigilantes", "palmeras", "carasucias" y "pancitos de salud", amén de otras facturas de panadería que, púdicamente, se omite mencionar. Gabriel había aportado tales facturas, cuyo advenimiento fue velozmente detectado por Yácono-Rossi-Ramos, determinando ello la casual y sucesiva llegada de los tres reyes magos.

–Baltasar fue monaguillo –siguió explicando Gaspar.

–Y tengo todos los Sacramentos –se ufanó el *half* izquierdo.

–¿Ya te casaste? –inquirió Aníbal.

–Bueno, es un decir: todos los que puedo tener, hasta la Confirmación tengo. ¿A que alguno de ustedes no está Confirmado?

En la tarde del sábado, una mujer que no es mujer descendió sobre Gabriel. Apacible, serena, azules son sus ojos y azules sus vestiduras. Una corona de plata le ciñe las sienes y en la mano sostiene una rama de fresno. Detrás de sus ojos azules habita la experiencia, habita la intuición, habita el conocimiento de las cosas y de las almas. Conoce la reiteración posible de las conductas. Conoce la reacción probable de los temperamentos. Conoce el Libro del Pasado. Conoce el previsible perfil del Porvenir. Conoce la subordinación de los bienes. Conoce el Motivo y el Fin. Posee la pausada decisión de la Prudencia.

En la tarde del sábado, una mujer que no es mujer descendió sobre Gabriel. Equilibrada y majestuosa, dorados son sus ojos y doradas sus vestiduras. Una corona de oro le ciñe las sienes y en la mano sostiene una palma. Detrás de sus ojos dorados habita la certeza, habita el exacto ajuste entre las conductas y los mandatos, habita el conocimiento de la culpa y la disculpa, habita la cifra del suceso y de la ley. Conoce la distancia entre el ideal y el hecho. Conoce la debilidad de la fuerza y la fuerza de la debilidad. Conoce la subordinación de los bienes. Conoce el Motivo y el Fin. Posee la armónica perfección de la Justicia.

En la tarde del sábado, una mujer que no es mujer descendió sobre Gabriel. Firme y tenaz, negros son sus ojos y rojas sus vestiduras. Una corona de hierro le ciñe las sienes y en la mano sostiene una rama de roble. Detrás de sus ojos negros habita la decisión, habita la intrepidez, habita la serenidad en la convicción. Conoce el embate quebrado. Conoce el temor en la victoria. Conoce la osadía en la derrota. Conoce al íntimo enemigo. Conoce la subordinación de los bienes. Conoce el Motivo y el Fin. Posee el discreto valor de la Fortaleza.

En la tarde del sábado, una mujer que no es mujer descendió sobre Gabriel. Delgada y frugal, pardos son sus ojos y castañas sus vestiduras. Una corona de piedra le ciñe las sienes y en la mano sostiene una espiga de trigo. Detrás de los ojos pardos habita la medida y el límite, habita el borde del desborde, habita la libertad de la sujeción. Conoce el dominio y el esfuerzo. Conoce la alegría transparente del agua. Conoce la paz del fuego bajo el techo filial. Conoce la tibia celebración del pan. Conoce la subordinación de los bienes. Conoce el Motivo y el Fin. Posee el ceñido gobierno de la Templanza.

Ese sábado a la tarde, Gabriel, Aníbal y Gaspar salieron juntos para remediar una omisión paterna. Baltasar los acompañaba. Melchor se quedó porque no creía.

El-Ángel-de-la-Nación-Argentina pensó en inscribir la fecha como El día de los Siete Dones. Pero, reflexionando sobre la índole del Anuncio, prefirió llamarla El Sábado de las Cuatro Virtudes.

CAPÍTULO VEINTICUATRO - DARWIN TORRES

*El odio es tenaz, anida siempre
detrás del hombre odiado.*

Raúl Scalabrini Ortiz

Yo no quiero a nadie... ¿y usted?

Autor Anónimo

Darwin Torres había cumplido sesenta y dos años de vida. Cincuenta años de subsistencia atornillados a la ínfima rutina de una empresa comercial, que depositaron en las entretelas de su personalidad un ácido sedimento de frustraciones, sobre las cuales incidía el enfoque peculiar con que enfrentara la existencia, profundamente influido por el ejemplo paterno. Para situarnos mejor, conviene aclarar que Torres era hijo de un ácrata español, tipógrafo de profesión, adherente a la *Escuela Moderna* de Ferrer y cajista honorario de "La Protesta" en los albores del siglo veinte.

Luego de secundar a su padre, escarceando brevemente por el mundo de plomo y tintas que abastece las minervas, Darwin Torres ingresó de cadete en las oficinas céntricas de *La Grandiosa de Avellaneda*. De allí para adelante, las planillas firmadas primero y el reloj fichador después, marcaron el kilometraje de la vida de Torres, amojonando los días, las semanas, los años, los lustros.

Pegó estampillas, limpió ceniceros, sirvió café, fregó escaleras. Desplazado en las simpatías del personal por el otro cadete, un negrito vivísimo que devolvía veloz y procazmente las tomaduras de pelo de los empleados, Torres absorbió las bromas retobado, razón por la cual vino a convertirse en blanco ideal para las mismas que, ante su falta de réplica eficaz, cada vez fueron más envenenadas. Cuando se cerraban las oficinas, de las que el chico salía entre los últimos, asistía a un colegio nocturno de donde fue expulsado sin completar la instrucción primaria.

Mientras tanto leía. Leía con ferocidad. Lo que viniera. Repasó el diccionario reiteradamente: le daba la impresión que allí, entre sus tapas amarillas, estaba condensado todo el saber de la humanidad. Devoró la pequeña biblioteca paterna, en la cual los textos revolucionarios y positivistas –aquellas ediciones "Sempere"– convivían con las heterogéneas fuentes de información que alimentan la cultura técnico-científica del burgués con inquietudes: tesis universitarias con proyectos para la irrigación de Ifni, folletos relativos a la asepsia quirúrgica, informes sobre el estado de las vías de comunicación en la Alta Silesia, el tercer tomo del *Testut*, una Memoria del Banco Nación de 1913...

Terminado el servicio militar, durante el cual pasó 132 días arrestado, en *La Grandiosa de Avellaneda* fue ascendido a escribiente. Nunca volvió a ascender. A partir de entonces, el tiempo corrió sin variantes para Darwin Torres. La convocatoria de acreedores de la empresa y su posterior cambio de

propietarios no afectaron en modo alguno su rutina. La vida fue deslizándose junto con la tinta de su pluma y plasmándose en los números barrocos que cincelaba en el Libro Mayor. Tras el laberinto de su rebuscada caligrafía quedaron aprisionados los sucesos que le alcanzaron personalmente: la muerte del padre, un desalojo, dos rebotes amorosos, cierto episodio hepático y... el resentimiento. El resentimiento que crecía, que subía, que formaba costras, que ocupaba determinado lugar entre sus vísceras, que tamizaba los ruidos, que deformaba los objetos, que lo inundaba lenta e inexorablemente.

Había cumplido sesenta y dos años. No obstante ser flaco por naturaleza, un vientre sedentario distendía las puntas de su chaleco. Los ojos, chicos y retintos, se destacaban en la cara aceitunada tras los vidrios concéntricos de unos anteojos sin montura, a partir de los cuales la frente trepaba hasta la coronilla, flanqueada por un alboroto de pelo ralo. Así era Darwin Torres: un oficinista algo deshilachado, con vagos matices de intelectual de la Segunda República española, un tic nervioso en el párpado izquierdo y un sueldo de hambre.

Pero Darwin Torres tenía una característica que lo convertía en ejemplar único. La destilaba toda su persona, reconcentrada y biliosa. Torres era, probablemente, el individuo con mayor capacidad de odio que poblaba el país. Tal vez el continente. Quizá el mundo. Aborrecía todo: el universo, el género humano, las naciones, los gobiernos, los argentinos, los porteños, los parientes, los curas, los popes, las empresas comerciales, los aviones, los animales, la lluvia, los árboles, la música, los chicos, los viejos, las viejas, los bichos. Todo. Con una intensidad, persistencia y dedicación magníficas. Por supuesto, la compañía en que trabajaba resultaba acreedora de su abominación. Y, ocupando un levantado estrato de privilegio en su aversión, dos individuos compartían lo mejor de su inquina: el subjefe y el jefe de la Sección Contaduría donde se desempeñaba. En ese orden: primero el más cercano, justamente aquel negrito entrador que trabajaba como cadete cuando su ingreso a la empresa y que, en su carrera ascendente, lo había dejado lejos. Transformado en el señor Lucero, ahora ocupaba un escritorio con teléfono en una punta de la Sección. El otro, el jefe, era el señor Andutto, que siempre insinuaba ser Contador Público, aunque parece que no había tal.

Torres cifraba en ellos su odio más destilado. Así como en una época odiaba (y mucho menos) de lo particular a lo general, es decir, transfería su disgusto contra los compañeros de trabajo y escuela elevándolo hasta el orden social imperante, hoy –en cambio– aborrecía en forma deductiva, de lo general a lo particular, y su odio contra el universo convergía en Lucero y Andutto. Sin duda resultaba notable hasta qué punto había perfeccionado su facultad para detestar. Antes, en tiempos de odiador incipiente, necesitaba justificar su fastidio haciéndose la ilusión que con él beneficiaba a alguien. Eran las épocas en que propugnaba la redención proletaria y la reforma social. Ahora ya no. Abominaba de los patronos pero también de los obreros. Maldecía a los gobiernos pero también a los gobernados. Le causaban náuseas los militares pero también los civiles. Escupiría sobre los prelados pero también sobre los ateos. Su odio rayaba en niveles extraordinarios y había alcanzado la delicada finura de lo supremo. Cabe imaginar en qué forma admirable serían aborrecidos Lucero y Andutto.

A esta altura conviene destacar que en la naturaleza de Torres existía una particularidad que obraba a manera de agravante sobre su resentimiento.

La misma consistía en su incapacidad para demostrar la aversión que lo devoraba, cuando se encontraba en presencia del objeto odiado. Débil de carácter, su malquerencia sólo se ponía en evidencia con miradas torvas, silencios hoscos y un aumento considerable en la frecuencia del tic que le sacudía el párpado izquierdo.

Por tal razón, la mente de Torres maquinaba constantemente desahogos para su turbión malévolo. Hasta que un día se le ocurrió algo.

Sabemos que Darwin Torres era un lector obseso. Su manía lo dotó de una monstruosa, poliforme y mal acomodada cultura, por así llamarla. Era una cultura –o información– asimétricamente levantada con saldos de librerías de viejo, con opúsculos surgidos de la trastienda sombría de los quioscos, con volantes de divulgación científica, con clandestinas publicaciones pornográficas.

No obstante su falta de organicidad, las lecturas de Torres rindieron un fruto manifiesto: enseñaronle a escribir con gran soltura.

Fue este detalle el que contribuyó a dar salida al comprimido resentimiento del personaje. Ocurrió, sencillamente, que un día del mes de febrero resolvió pergeñar un libro, del que fuera embozado protagonista el señor Lucero. Un libro que resultara compendio de la ruindad que Torres veía en él. Un testimonio de los abyectos meandros del alma de un Subjefe de Sección. Un resumen de la vileza. Un muestrario del asco.

Con la contracción al trabajo que siempre había evidenciado, Darwin atacó la obra. Noche a noche, hasta que la madrugada desteñía el cielo sobre las azoteas, escribió con ensañamiento. Las mismas letras floridas que, durante tantos años, se alineaban pulcramente en el Libro Mayor, ahora se ordenaban agresivas, como ristras de serpientes, en los borradores amontonados. La misma escritura, un poco anticuada, que reflejara la evolución comercial de *La Grandiosa de Avellaneda*, ahora describía minuciosamente lo abominable. Los rasgos físicos de Lucero, deformados por el prisma del resentimiento, adquirirían visajes nauseabundos; su voz, resonancias incalificables; sus actitudes, el sello del servilismo; sus motivaciones, las características más repugnantes.

A lo largo de cinco meses, toda la ponzoña contenida en el cerebro de Torres se derramó en el libro. La formidable energía de su aversión quedó envasada en innúmeras carillas, cuidadosamente apiladas. Por fin, un amanecer de fines de julio, Torres dio por concluida la tarea con un párrafo de antología, equiparable al temible lancetazo del escorpión africano.

Pero ello no bastó al autor. Su desahogo resultaba insuficiente con esa obra, cuya perfección maléfica sólo él podía apreciar. Necesitaba difundirla. Necesitaba abrirla al público, para que su inquina fuera compartida, ampliada, multiplicada, por tantas inquinas cuantos lectores recorrieran sus páginas. Había que imprimir.

La búsqueda de editor fue larga y penosa. Incontables rechazos aumentaron sus humillaciones. Cientos de puertas se cerraron detrás de su fracaso. Los originales volvieron, una y otra vez, a sus manos. Por fin, casualmente (como siempre empiezan las cosas importantes) topó con un viejo tipógrafo, que había oficiado de aprendiz al lado de su padre. Se interesó el mismo en el asunto y lo conectó con una editorial trotskista, que estimó suficientemente corrosivo el texto como para justificar una edición barata. Por las dudas, previendo la remota posibilidad de que el libro hiciera camino, los redentores sociales compraron los derechos de Torres mediante el pago de unos pocos pesos, omitiendo su nombre en la edición.

Bajo el sello de Editorial Destello, quinientos ejemplares de *El Asco* se distribuyeron en quioscos y librerías de tercer orden. Durante ocho meses no pasó nada. Mejor dicho, se vendieron catorce ejemplares. Al octavo mes, una conocida revista literaria, dirigida por un acaudalado sociólogo, comentó *El Asco*. El crítico, luego de algunas salvedades relativas a la tolerancia, se despachó con un panegírico. Con inusitada adjetivación ensalzó las virtudes del poco conocido libro editado por Destello, alabando su garra, su autenticidad, su mensaje.

A partir de entonces se desencadenó la apoteosis. No hubo publicación algo intelectualizada que no dedicara largas disquisiciones a la "angustiada y vital" obra de Torres. Lo más distinguido de la gente distinguida compró el libro. Pocas señoras lo leyeron; todas lo comentaban. En las exposiciones, en los beneficios, en las conferencias, en los clubes de bridge, nadie pudo dejar de hacer referencia a *El Asco*, so pena de sufrir fuerte merma en la consideración general. Los rotograbados dominicales, los refinadísimos círculos literarios, los actores de teatro aficionado y los abogados paquetes, la tilinguería porteña y los activistas a la moda; en una palabra, los más selectos portavoces de la opinión argentina, se ocuparon cálidamente de *El Asco*. Y el libro fue arrebatado por el gran público. Las tiradas se sucedieron. Editorial Destello creció a ritmo de vértigo, aumentando sus dividendos hasta alcanzar hitos desmesurados. La primera edición de *El Asco*, con sus tapas de cartulina quebradiza, fue perseguida ávidamente por los bibliófilos... En los trenes, las plazas y los bares, florecían mientras tanto las portadas de la vigésimo sexta impresión, desde las cuales un antropoide alzaba el puño, gigantesco y peludo, sobre alucinante fondo escarlata.

Y, mientras la obra se difundía por el país y el mundo, una inmensa ola de abominación se levantaba, crecía y rugía, contra el execrable protagonista de la misma. El señor Lucero, cuya filiación apenas se había recatado para evitar complicaciones judiciales, se convirtió en el centro de una tempestad de odio. Su mísera persona pasó a ser punto de confluencia de infinitos aludes de aversión. Millones de personas aborrecieron, al unísono, al subjefe de la sección Contaduría de una empresa acopiadora de frutos del país, con oficinas en la calle Reconquista y depósitos en Avellaneda, República Argentina.

Sin embargo, la gloria no llegó aún para Darwin Torres. Los integrantes de la Editorial Destello hicieron valer sus derechos en forma tan eficaz que, a la par que aumentaba el éxito de *El Asco*, más impenetrable se volvía el secreto en torno a la identidad de su autor. Para peor, la invencible pusilanimidad de Torres lo inhibía para develar el misterio, aterrado por las consecuencias que tal revelación pudiera precipitar en *La Grandiosa de*

Avellaneda. Todo lo cual, desde luego, contribuyó a desarrollar su resentimiento de manera prodigiosa.

Pero, junto con esa mortificante circunstancia, Torres comenzó a gozar de una satisfacción imprevista. Gradualmente, a medida que crecía la circulación de *El Asco*, el señor Lucero comenzó a declinar. Su proverbial vivacidad, su charla maliciosa, su rapidez para la réplica fulmínea, sus palmadas confianzudas, su capacidad para la intriga escalafonaria, se fueron diluyendo, apagando. Se lo veía opaco. Su paso perdió elasticidad y arrastraba los pies. Cierta melancolía abúlica lo invadió lentamente. Algunos estremecimientos lo sacudían de vez en cuando.

Pronto Lucero empezó a faltar a la oficina. Sus partes de enfermo fueron desestimados por el médico de la empresa, que no encontró ningún mal físico en el paciente. Pese a ello, las ausencias recrudecieron. Un día faltó para no volver. Precisamente esa semana se habían vendido 74.356 ejemplares de *El Asco*. Lucero no sobrevivió los 90.000 ejemplares semanales. Murió la noche de un viernes.

Torres pasó un día feliz. Inexplicablemente, tenía la certeza de haber causado la muerte de Lucero.

Torres fue ascendido a subjefe de Sección, concentrando su odio en el jefe. Resolvió entonces escribir un libro sobre el señor Andutto.

Luego de meses de intensa tarea, entregó las carillas a Editorial Destello. En enero apareció *La Miasma*. El 19 de febrero murió el señor Andutto. Torres ascendió a jefe de Sección.

El tercer libro de Torres alcanzó también un éxito aplastante. Cuando, por fallecimiento del gerente, ocupó su cargo vacante, Darwin Torres eligió al presidente del Directorio como tema para su próximo trabajo.

La declinación del presidente de *La Grandiosa de Avellaneda* fue rápida. Domingo murió en septiembre.

(Coronada exitosamente su carrera administrativa, anegado por el resentimiento y harto de la vida, Darwin Torres escribiría, más tarde, su autobiografía. Eso dicen).

CAPÍTULO VEINTICINCO

EL VELORIO DE LA INDUSTRIA

La República Argentina fue un Estado de libre intercambio durante más tiempo que Gran Bretaña y en pocas comunidades de rápido desarrollo el Estado hizo tan pocos y débiles intentos de industrialización.

H. S. Ferns

Los restos del pobre Domingo fueron velados en su estridente residencia de Avenida del Libertador, última recalada en su ascendente desplazamiento domiciliario, operado de norte a sur. En eso y algo más había diferido Domingo de otros representantes de su casta, ya que todo industrial en alza es sabido que desplaza su "habitat" del sur hacia el norte, o del oeste hacia el norte. El difunto, en cambio, desde su primigenio tallercito en Beccar había avanzado culminando etapas en San Isidro, La Lucila, Vicente López y, finalmente, Avenida Libertador y Acevedo.

Si bien las estrecheces propias de los tiempos que se vivían afectaron la importancia y número de las coronas fúnebres en uso (ahora ya no superaban el diámetro de modestas roscas de reyes) y, en cuanto a su composición, exhibían sólo miserables flores de yuyos y alguna "bouganvillea" –nombre importante éste de la popular Santa Rita–, muchas de dichas coronas se alineaban en la entrada de la casa mortuoria. "El Personal de La Grandiosa de Avellaneda"; la "Unión Industrial Argentina"; "El Directorio de Glass Argentina S. A."; "Sus amigos del Club Azul"; la "Cámara de Acopiadores de Frutos del País"; el "Orfanato Santa Úrsula de Beccar"; el "Club Atlético Defensores de La Grandiosa"; la "Promoción Nº 47 del Colegio Nacional de Tigre"; "Darwin Torres, Gerente General"...

En el velorio se repetían las frases del estilo: "y yo que estuve anteayer con él"; "quién iba a decir"; "últimamente estaba desmejorado"; "se quedó como un pajarito". En un rincón, brillantes los ojos de felicidad maligna aunque aparentando congoja, Darwin Torres paladeaba su necesaria promoción en la acopiadora.

El Profesor, su mujer y su hija, no podían faltar allí. También estaban Gabriel y Aníbal. Éste advirtió la viscosa presencia de Darwin Torres y, movido su talón justiciero por los hados, le infligió terrible pisotón al pasar casualmente a su lado.

–Hoy terminó de morirse la industria argentina –aseveró el Profesor. Y descaminado no andaba.

Industria nació de parto normal. Y, como corresponde, empezó por ser chica. Sus juegos fueron tejer telas, secar frutas al sol, fermentar uva, construir barquitos de vela. Su madre era desconfiada con los de afuera, a quienes no dejaba entrar en casa, celosa protectora de la economía doméstica. Cuando Industria empezó a crecer, cambió el ambiente hogareño.

En pos de comodidad y relumbrón, todo se compró afuera. Y las manufacturas salidas del empeño infantil de Industria fueron a parar al desván, mientras la niña languidecía ociosa. Creció en edad, pero quedó raquítica y paliducha. Un buen día se conmovió el barrio y una pavorosa pelea vecinal aisló la casa de Industria. Como los de afuera, dedicados por entero a prevalecer en la contienda dejaban de vender cosas al hogar de Industria, las manufacturas de ésta adquirieron imprevista y señalada importancia. Regalada y mimada empezó a trabajar a más no poder. Y hasta fabricó un montón de cosas inútiles, descuidando elaborar otras indispensables. Demasiado consentida, también produjo chapucerías. Con el cambio, engordó más de la cuenta y se tornó un poco mentirosa. Pero cumplía una función capital. Después se volvió a quedar como antes. Terminó la pelea en el barrio. Los vecinos se las compusieron para vender, otra vez, de todo en la casa de Industria. Y ésta tornó a languidecer. Si en algo se la había consentido, ahora se la abandonó por completo. Siguió trabajando, es cierto. Respecto a su triste adolescencia había mejorado bastante pero, en vez de corregir sus caprichos y canalizar su esfuerzo debidamente, en casa le tiraron a matar. Para peor, la misma mentalidad de Industria conspiraba contra ella: se había vuelto snob. Y, cada vez que hablaba, repetía como loro los conceptos inventados por los de afuera para vender sus productos en casa de Industria. Apostrofó la antigua protección materna y reprodujo los estribillos de quienes, cada día, golpeaban la puerta para ofrecer cepillos, acero laminado, pasta de dientes, usinas, escarbadientes, petróleo... Por fin enfermó gravemente. Y murió el día en que murió Domingo. O, por lo menos, cayó en estado de catalepsia.

Alta la noche, se fueron a casa el Profesor, su mujer y su hija. Un rato después salió Aníbal.

El Albañil del Arrabal caminaba por una calle sombría, donde el follaje velaba las estrellas lejanas. Avanzaba meditabundo, combatiendo contra antropófagos, convictos y bucaneros; combatiendo por Ella.

En la calle desierta y oscura, un automóvil atravesado. Sus faros iluminan la vereda. Iluminan una tapia que corre paralela a la vereda. Contra la tapia, dos mujeres y un hombre que ya no es joven. Cuatro individuos de aspecto patibulario los apuntan con sus metralletas. "Esto es un asalto". Una de las mujeres asaltadas es Ella. Pero Aníbal, Tarzán, el "Kid", el Grumete, Tony, el Paladín de las Galaxias, el Albañil del Arrabal, se acerca por la calle sombría. Aníbal se acerca. Advierte la situación. Mide tiempo y distancia. Ataca con la violencia del huracán. Un *swing* de derecha da por tierra con un patibulario. Un *cross* de izquierda termina con otro. Cuando el tercero gira su ametralladora, recibe un puntapié formidable. Huye el cuarto despavorido. Ella, vencida por la emoción, vacila sobre sus pies. Aníbal llega a tiempo para sostenerla. Ella reclina la cabeza sobre el hombro del salvador.

—Muchacho, nunca olvidaremos esto —dijo el Profesor a Aníbal.

Los cuatro se alejan por la calle sombría. Ella, aún desfalleciente, se apoya en el brazo de Aníbal. Al rato, quien desfallece es Aníbal.

CAPÍTULO VEINTISÉIS - VEREDICTO ELECTRÓNICO

Las cosas no pasan hasta que pasan.

Francisco Seeber

El día de la cumbre había llegado. La fecha cúspide arribó. Se vivía la hora cero. El país contuvo el aliento.

Cumplida la ímproba labor de alimentar a Frida, ésta se encontraba en condiciones de emitir el fallo inapelable, su dictamen irreversible.

En la mañana del 21 de septiembre, Día de la Primavera, el Presidente de la Nación oprimiría el botón omnisapiente. Esa mañana había despuntado.

La Plaza de Mayo y sus aledaños desbordaban gente. Una abigarrada multitud estrechaba filas en torno a la Casa Rosada, donde el aparato decidiría los destinos de la República. Tibio sol bañaba la ciudad. Nutridas formaciones de proverbiales golondrinas evolucionaban en las alturas. Las palomas que no habían sucumbido ya a los requerimientos del público apetito, se refugiaban en las cornisas de los edificios vecinos. Algunos vendedores, llamativamente ataviados, expendían un abominable sustituto del café, inconseguible éste a la sazón. Cierta malestar difuso embargaba a la muchedumbre. La sirena de "La Prensa" había vuelto a hacer oír su voz trascendental.

Dentro de la Casa de Gobierno y en torno a Frida estaba reunido lo más representativo de la vida nacional. O de la agonía nacional, según se quiera decir. Desde el Presidente de la Nación hasta el alumno que ejercía la rectoría de la Universidad. Gabinete, gobernadores, diputados, senadores. Corte Suprema y cuerpo diplomático en pleno. Comandantes en jefe, dirigentes gremiales y empresarios. Un niño de corta edad, cuya presencia resulta siempre adecuada. Esta vez, los colados sumaban catorce.

Superadas algunas dificultades, se obtuvo el combustible necesario para hacer volar tres aparatos de la Fuerza Aérea, que dibujaban círculos en lo alto. Desde el río, a la altura del Rivadavia, se elevaba la arboladura vetusta de la fragata Libertad, constelada sus jarcias de marineros y gallardetes. Un tanque de la segunda guerra mundial, arrastrado previamente hasta el lugar por varios caballos, montaba guardia ante el monumento a Belgrano.

Gabriel, Aníbal, Santos, el Profesor, Toribio, se encontraban en la plaza: nadie se había podido sustraer a la cita tácita.

En el Salón Blanco, Frida lucía majestuosa. Los focos emplazados por los canales de televisión la iluminaban vivamente. En el flanco de la computadora, un botón rojo circunscripto por blanco círculo. Junto al botón, erguido y resuelto, el Presidente de la Nación. Ya se había agotado el repertorio de discursos previstos. Previstos y previsibles. El trompa de granaderos a caballo rompió el aire con un toque de silencio que hizo tintinear los caireles de la araña. Al toque de silencio silenciose el país.

El Presidente estiró la mano y apoyó un dedo sobre el botón colorado, rodeado por blanco círculo. No volaba una mosca. Al Presidente le empezó a temblar el pulso perceptiblemente. Por fin, apretó el botón.

Frida zumbó. Se prendieron sucesivas lucecitas. La bruñida estructura verde se estremeció. Por la boquilla niquelada apareció una tarjeta celeste, escrita en cinco idiomas.

El Notario Mayor de Gobierno, escribano Garrido VII, avanzó hacia la boquilla niquelada en procura de la tarjeta. Su rostro se demudó al ojearla. Después entregó la cartulina al Presidente de la Nación, que aguardaba pálido. El Presidente leyó. Su voz, recogida por cien micrófonos, se expandió hasta el último confín de la República. La tarjeta celeste decía:

“REMÁTESE EL PAÍS EN PÚBLICA SUBASTA”.

CAPÍTULO VEINTISIETE - EL PAÍS DE LOS GAUCHOS

*Un inmenso depósito natural,
situado en medio de campos fértiles,
en un clima tan serio y templado,
provisto de todo género de combustibles,
aguadas y medios de obtener los auxilios
de una feraz cultura, en ganados y todo género de vegetales...*

Bernardino Rivadavia
a sus agentes en Gran Bretaña.

El veredicto de Frida cayó como una trompada. La Argentina entera vaciló, alcanzada en el plexo solar. Un movimiento de consternación la atravesó de punta a punta y de banda a banda. El Presidente se atoró. Los invitados al Salón Blanco quedaron de una pieza. Parpadearon las lentes de las cámaras de televisión. Chisporrotearon los cables. El oleaje de la multitud se aquietó en angustioso remanso.

Sin embargo, el fallo electrónico resultaba inobjetable. Analizados, medidos y comparados los datos suministrados a la máquina, ésta había sacado una conclusión lógica, asentada en los mejores razonamientos cibernéticos.

El país necesitó tres días para absorber el impacto. Transcurridos los cuales, el gobierno se dispuso a organizar el remate sin precedentes, a orquestar la trascendente puja internacional.

En los diarios de todo el mundo aparecieron los primeros avisos, cuyo pago se haría efectivo con el producido de la subasta:

"Nación sudamericana se vende – 2.798.627 kilómetros cuadrados, con islas anexas y fracción antártica optativa – Ubicada entre los paralelos 21° 46' 55" y 55° 33' y entre meridianos 73° 29' 30" O. de G. y 53° 38' 52" O. de G. – Clima templado, comprendiendo subtropical y frío – Población raza blanca, de índole pacífica – Apta para explotaciones agrícola-ganaderas – Cursos de agua navegables – Riquezas minerales y forestales – Importantes reservas petrolíferas – Por más informes dirigirse a Secretaría General de la Presidencia (Comité Subastador), Balcarce esq. Rivadavia, Buenos Aires, Rep. Argentina".

El ingenio de los asesores publicitarios del gobierno fue afinando, paulatinamente, el tono y modo de la propaganda. En las revistas "Fortune" y "Playboy" se publicaban apetecibles ofertas que rezaban: *"Adquiera su propia nación de fin de semana – Un lugar paradisíaco, lejos de miradas indiscretas"*. En los boletines de la Bolsa de Nueva York decía: *"Invierta bien; invierta en inmuebles – Más informes en..."*. El folleto destinado a interesar al gobierno chino giraba bajo un slogan: *"Vivir hacinados no es vivir"*. El título del opúsculo enviado a las autoridades suizas era: *"Compre costas, compre puertos, el territorio va de yapa"*. Idéntico opúsculo fue remitido a Bolivia. Los japoneses recibieron unas obleas con esta frase: *"Un gran país para pequeños habitantes"*. A los japoneses no les gustó.

DO YOU KNOW THE GAUCHO OF THE PAMPAS?

A day in the life of a gaucho, circa 1972.

Gauchos are up early. There's a lot going on in Argentina and there's a lot more to be done in a country ten times the size of England.

To get to work gauchos may choose between commuting by car, train, subway or plane. But before leaving home they may have read one of the 200 daily newspapers published in Argentina or this week's edition of their favourite magazine (144,000,000 copies of magazines are published yearly in Argentina and this figure does not include trade magazines).

Some gauchos work in automobile factories that produce over 200,000 passenger cars a year, which makes it possible for every 3.5 gaucho families to own one. Other gauchos may work in shoe factories that make more than 105,000,000 pairs of shoes a year.

Connoisseurs say you can buy better shoes in Argentina than in Italy! If you go to Argentina don't forget to pick up a pair or two.

Some gauchos may work in hospitals or clinics; for every 100,000 gauchos are 175 gaucho doctors, this figure puts Argentina in sixth place in the world.

¡Sí señor! The gauchos are a hard working lot. Argentina's manufacturing industries represent as much of its gross national product as the USA's of theirs. A somewhat peculiar thing for a country renowned for its agricultural products. Yet, in spite of the fact that Argentina has, on average, more cultivated land per capita than any other country in the world, only 25 % of its population is rural, and this is roughly the same as what the country folk represent in France or Germany.

Let's make a stop for lunch and treat ourselves to a nice juicy steak: beef eating is a gaucho ritual. How about a glass of wine? Gauchos produce more wine than any other country in the world, except France and Italy, but then they started growing grapes long before the gauchos did.

8,500,000 gauchos live in Greater Buenos Aires. Fancy having the population of Belgium in an area of only 2,400 square miles!

As the lights go on in Argentina, in the tall buildings of the big cities and in the little houses of El Chocon, where gauchos are building a huge hydroelectric power complex, that will produce 4,895,000,000 kilowatts hour per year and at Atucha, where they are also building a nuclear power station that will provide 2,200,000,0...kw/h per year it is well worth bearing in mind that a gaucho has a permanent seat on the governing body of the International Atomic Energy Commission in Vienna and that Argentina's uranium reserves are among the largest in the world.

And so to bed.

Gauchos sleep at ease, no prickly consciences, no hard feelings towards anybody. Gauchos know that honesty is the best policy; after all Argentina is one of the very, very few countries that have never defaulted on international debt payments in this century.

Well...this is the gaucho today; his habits may have changed, yet some things about him remain unchanged. His friendliness towards foreigners, his

*kind hospitality towards the stranger, his gratefulness to all those who have helped him make Argentina one of the best places to live in.*⁴

Después partieron las delegaciones comerciales. Había que azuzar el interés de los posibles compradores. Y había que disipar recelos en los múltiples acreedores. El Picaflor de Burzaco viajó hacia Jamaica.

⁴ Aviso publicado en Estados Unidos e Inglaterra por la Misión Brignone, cuya traducción, tomada del diario "La Nación" del domingo 6 de febrero de 1972, es la siguiente:

"Así vive el gaucho de 1972.

"Los gauchos se levantan temprano, para ir a sus trabajos pueden usar el auto, el tren, el subterráneo o el avión, pero antes de dejar el hogar pueden haber leído uno de los 200 periódicos que se publican en la Argentina, o uno de los 114.000.000 de ejemplares que publican los semanarios del país.

"Algunos gauchos trabajan en las fábricas que producen más de 200.000 automóviles al año, lo que hace posible que por cada 3,5 familias haya un vehículo. Otros gauchos trabajan en las fábricas que producen 105.000.000 pares de zapatos al año. Los conocedores dicen que el calzado argentino es mejor que el de Italia.

"Algunos gauchos trabajan en los hospitales, pues hay 175 gauchos médicos por cada 100.000 gauchos, lo cual coloca a la Argentina en el sexto lugar del mundo.

"Sí señor, el gaucho es un arduo trabajador. La industria manufacturera argentina contribuye al producto nacional bruto en un porcentaje similar al de la norteamericana. Con todo, la Argentina tiene más tierra cultivada "per capita" que cualquier país del mundo y sólo el 25 por ciento de su población es rural.

"8.500.000 gauchos viven en el Gran Buenos Aires, gracioso tener una población similar a la de Bélgica en una sola ciudad.

"Cuando las luces se encienden en las grandes ciudades y en las pequeñas casas de El Chocón, donde los gauchos están construyendo una central hidroeléctrica de 4.895.000.000 kilovatios-hora por año y en Atucha, donde están construyendo una usina nuclear que dará 2.000.000 Kv-h al año, es bueno recordar que un gaucho tiene un asiento permanente en la Comisión Internacional de Energía Atómica de Viena y que las reservas de uranio argentinas son una de las más grandes del mundo.

"Así, a la cama.

"Los gauchos duermen en paz porque tienen una conciencia limpia. Los gauchos saben que la honestidad es la mejor política; después de todo la Argentina es una de las pocas, muy pocas naciones que nunca han dejado de cumplir una obligación internacional en este siglo. Este es el gaucho de nuestros días. Sus costumbres pueden haber cambiado, pero retienen cosas, como la amistad hacia otras gentes, su hospitalidad con el forastero, su agradecimiento con los que le han ayudado a hacer de la Argentina el mejor lugar donde vivir."

CAPÍTULO VEINTIOCHO - LOS JINETES DE LA CERRILLADA

*Así, en los comienzos de todas las civilizaciones...
hay un resplandor de gloria en el bronceado escudo del guerrero.*

Arturo Cancela

Esa mañana, los argentinos se levantaron al son de marchas militares. La noticia del pronunciamiento corrió como chispa por un reguero de pólvora y nadie dejó de poner en funcionamiento los aparatos de radio, cuyas voces acompañaron el magro desayuno de la población. Entre los estallidos de los platillos y el doblar de los tambores, una voz enérgica y de fluidez escasa repetía cada tanto.

"Comunicado Número Uno del Comando Democrático – Las Fuerzas Armadas de la República, respondiendo a un imperativo de servicio, han asumido la responsabilidad ante la historia de declarar depuesto al gobierno que, hasta la fecha, detentaba la conducción de los destinos patrios. Extralimitándose en el mandato conferido, dicho gobierno ha resuelto respecto al futuro nacional sin consulta previa a los dirigentes de los partidos políticos, auténticos representantes de la opinión popular. Quede claro que este Comando no desconoce el veredicto emitido por la ciencia cibernética. Exige sí que el mismo cuente con el aval de los partidos políticos. En consecuencia, este Comando, fiel a la tradición sanmartiniana, resuelve:

1º) Declárase depuesto al señor Presidente de la República y cesante, por ende, el Gabinete Nacional.

2º) Quedan en suspenso las facultades legislativas y judiciales de los pertinentes órganos elaborativos y de aplicación.

3º) Este Comando asume en plenitud las facultades ejecutivas, legislativas y judiciales de la República.

4º) En uso de dichas facultades, este Comando se compromete a someter a la aprobación de los dirigentes de los partidos políticos argentinos el dictamen expedido por la computadora Frida, derogándose provisoriamente lo establecido por ley Nº 132.418 que le confiriera validez obligatoria."

Redobles, charangas y fanfarrias.

Antes de que los argentinos salieran de sus casas, el gobierno retrucó con otro comunicado, que fue propalado por radio y –contrariamente al de los sublevados– también por televisión.

"Ciudadanos: Un sector minúsculo de fuerzas militares, que pretende alterar la paz pública, ha difundido una proclama subversiva con ánimo de confundir a la población. A su respecto, el gobierno hace saber:

1º) Los efectivos con que cuenta el grupo rebelde se reducen a un batallón del regimiento de artillería número catorce.

2º) Sobre el foco sedicioso convergen fuerzas de los regimientos treinta y uno, treinta y dos, diecisiete, doce y veintidós de caballería blindada; de los

institutos acantonados en Campo de Mayo, de las agrupaciones sexta y séptima de tropas aerotransportadas, de la vigésima brigada aérea y de los batallones quinto y noveno de zapadores navales.

3º) Se intima a los sediciosos a deponer sus armas, ante la evidente superioridad numérica de los efectivos leales.

4º) Aclarase a la ciudadanía que los rebeldes esgrimen argumentos capciosos para encubrir sus ilimitadas ambiciones, toda vez que, conforme a lo establecido en la Constitución Nacional, luego de su última reforma, los señores dirigentes de los partidos políticos han convalidado "a priori" el veredicto de la computadora, cuando el Parlamento visó la ley que confiere carácter inapelable a dicho veredicto.

5º) Se otorga un plazo de seis horas a los insurgentes para acatar la intimación mencionada al punto 3º.

6º) La tradición sanmartiniana asiste nuestra posición".

Radios de todo tipo florecieron junto al oído de los pobladores. Se sucedieron comunicados, atribuyéndose los bandos innúmeras unidades de combate como alineadas de su parte. Amén de proclamarse ambas fracciones depositarias de la tradición sanmartiniana, se imputaron recíprocamente el carácter de fascistas, lo cual resultaba sorprendente pues, mientras una invocaba el democrático apoyo del Congreso, la otra se respaldaba en los partidos políticos democráticos. Como, por otra parte, nadie entendía bien el trámite que estableciera la nueva Constitución Nacional para la sanción de leyes, el aspecto legal del diferendo resultaba un berenjenal. Finalmente, los contendientes prometieron derramar hasta la última gota de sangre en la lucha entablada, mientras anunciaban opuestas convergencias de tropas sobre los baluartes rivales.

En lo que hace a la convergencia de tropas nadie se engañaba: sólo la infantería estaba en condiciones de desplazarse normalmente y el arma se mantenía al margen del conflicto. En cuanto a la caballería, exclusivamente algunos escuadrones que no habían cambiado aún el pingo por el tanque podrían contar con movilidad adecuada.

Durante tres días y tres noches se mantuvo la guerra de comunicados, preñados de amenazas cada vez más feroces.

"Soldados: tras las huellas del Gran Capitán la unidad a mi cargo luchará hasta el último aliento. ¡La patria así lo requiere y el historial de esta agrupación lo exige!"

En tales términos se dirigió a sus hombres el jefe del segundo escuadrón del regimiento de caballería Coronel Díaz. El subteniente Díaz (eventual descendiente del guerrero epónimo) escuchó atentamente. Luego de años de preparación, había llegado el momento de pelear. Lo embargó la emoción aneja a su bautismo de fuego. Un redoble de viejos galopes conmovió su corazón y una humareda de pólvora legendaria nubló sus ojos. Para él, resultaba claro, heroico y alegre el camino a seguir: el gobierno había

dispuesto rematar el país y su regimiento estaba alzado contra el gobierno; su jefe ordenaba luchar hasta morir.

En La Pampa tenía su asiento el Coronel Díaz, donde servía el subteniente Díaz. A éste, con cinco reclutas, se le confió la misión de vigilar el tránsito por la ruta 152, impidiendo el avance de efectivos leales que pudieran llegar desde el Sur/Oeste. En las estribaciones de las sierras de Lihué Calel se apostó Díaz. La ruta, como una cicatriz blancuzca, partía el fachinal hasta perderse en el horizonte casi marino.

Durante la noche de la tercera jornada revolucionaria, los jefes en operaciones de ambas partes resolvieron parlamentar. Pese a las sangrientas amenazas, todavía no se había disparado un tiro.

Entre las rocas de Lihué Calel, asestado el anteojo en la remota lejanía, vigilaba el subteniente Díaz. Sería a causa del relente que los vidrios estaban turbios. De pronto, al paso de sus montados, una columna se desprendió de entre el monte. Bajo los rojos kepíes, las caras tiznadas de sol y de escarcha. El cuello raído de las chaquetillas cubierto por pañuelos flojos, cuyas puntas flotan al compás de la marcha. Chiripá y bota de potro reemplazan, en muchos, al equipo de reglamento. Sables y herrajes conversan amordazado diálogo de fierro. Vienen sudando los *patrios*. Desde Trarú Lauquén trotan los soldados, cortando campo, cortando monte. Trotan con la gloria en ancas.

Quando los indios llegaron al cañadón que se encuentra antes de la laguna, viniendo de Fotá Lauquén, les pegamos el grito y ¡a la carga!

¡Había que ver qué julepe y qué entrevero! En el primer momento, al sentir el silbido de las moras, pegaron media vuelta y meta espuela, sin acordarse de los mancarrones de tiro, que eran buenos y que dejaron abandonados.

Nosotros los perseguimos un trechito, como quien dice para no dejarlos tomar resuello.....

.....

Así seguimos y cruzamos Guaminí, Carhué, Puán, Fuerte Argentino y nos internamos en La Pampa, rumbo al Colorado, sin guías ni baquianos, por encima de las huellas que abriera el indio son sus arreos robados.⁵

La revuelta concluyó con una transacción, a la cual se arribó luego de un prudente recuento de fuerzas. El gobierno continuaría en sus funciones, pero el veredicto de la Computadora sería sometido a la aprobación de un grupo de políticos, elegido por acuerdo de partes. No habría sanción para los sublevados.

⁵ “La Guerra al Malón”, Comandante Prado.

Convocados los políticos, en número de treinta y dos, ratificaron el fallo de Frida. Las malas lenguas calcularon que el monto de las comisiones vinculadas al gran remate sería astronómico. Afortunadamente, todo concluía sin efusión de sangre.

Pactado el armisticio, una columna gubernamental se adelantó por la ruta 152. Grande fue el asombro del oficial a cargo cuando el caballo se le desmoronó entre las piernas, mientras el eco de un disparo quebraba la tarde. Alcanzado, a su lado rodó un hombre. Las estribaciones de una cerrillada, próxima al camino, se poblaron de nubecitas blancas y una auténtica descarga de fusilería se hizo escuchar. El oficial mandó desmontar y desplegarse a cubierto. Ordenó fuego graneado contra la posición adversaria para luego, provisto de un megáfono, informar al enemigo sobre el cese de las hostilidades. Tuvo por respuesta una nueva descarga. Entonces decidió tomar las cosas en serio.

Entre las detonaciones, se abrió la columna en abanico y comenzó paulatino avance apoyado por el ladrar de las ametralladoras pesadas. Un mortero soltó su proyectil que, luego de perfecta parábola, explotó en la cerrillada. Se levantó un surtidor de piedras. Pero el fuego no amainaba y, a lo largo de los minutos, se sostuvo rabioso. Los obuses del mortero batían el cerrito y, desde las montañas cercanas, volvía el fragor de los estallidos hasta perderse en la travesía.

El subteniente Díaz, apoyado el fusil contra una roca, disparaba ráfagas cortas e incesantes. Sus cinco hombres lo imitaban. Díaz gritó a los suyos:

– ¡Soldados! Dicen que la revolución terminó. El que quiera entregarse puede hacerlo.

Un paisanito que tiraba desde atrás de un tronco y que oficiaba de portavoz de la tropa preguntó:

– ¿Usted se rinde?

–Yo no me rindo, soldado. Se me ordenó pelear hasta el final.

–Entonces, seguimos nomás, mi subteniente.

–Les repito, váyanse si quieren. Pero si se quedan me han de obedecer en todo.

–Mande, mi subteniente.

El tiroteo se intensificó. En eso, el paisanito advirtió:

– ¡Se terminan las balas, mi subteniente!

–Hemos de cargar a sable, pues.

–Cuando guste.

Saltando de piedra en piedra, mientras las balas silbaban como mangangás, los seis rodearon la cerrillada y alcanzaron los caballos, atados detrás de ella.

Del socavón de un torrente seco surgieron los seis jinetes. Pobladas las gargantas de alaridos se lanzaron sobre el extremo izquierdo de la columna desplegada. El oficial a cargo no podía creer lo que veía. Gritó por el megáfono:

– ¡Parensé, locos! ¡Los vamos a barrer!

Pero los seis de a caballo se venían encima, flojas las riendas y altos los sables. Detrás de ellos cargaban Villegas, Daza, Vintter, Uriburu, Levalle...

Las ametralladoras teclearon su telegrafía temible. Sólo tres jinetes continuaron su carrera, dejando jirones de trapo y de carne entre los matorrales espinosos. Otra ráfaga y nada más que el subteniente Díaz se aproxima a la disparada. Llega entre la humareda. Cae sobre una ametralladora y la voltea. Sujeta y encara de nuevo. Entonces lo alcanzan de lleno.

Pese a la reticencia oficial, pese a la información censurada, pese a las rotativas silenciosas y a los micrófonos quedos, "Los Seis Jinetes de la Cerrillada" ingresan a la leyenda. Una muchedumbre acompañó el cortejo, aunque las autoridades sembraron confusión en torno a la fecha y lugar del entierro. Y ese fervor que el heroísmo enciende en los pueblos, puso al gobierno en la obligación de rendir honores al enemigo caído. Por otra parte, con autorización o sin ella, los camaradas de uno y otro bando hubieran despedido igual a quienes justificaran la vocación militar con el argumento irrefutable de su sangre. Apretada por la multitud, una formación con banda presentaba armas. A su frente, el oficial al mando de la columna que abatiera a Díaz y los suyos saludaba con el sable, arrasados los ojos en lágrimas. Esa mañana, al conjuro de la sangre y el coraje, se abrazaron de nuevo Pueblo y Armas.

Santos, el Paisano de Torrecita, camina serio y derecho. Prolijamente peinado el pelo blanco, planchado su uniforme gris de ordenanza, firme la mirada al frente. Con la mano derecha aferra la primer manija de uno de los ataúdes. Dentro de la caja, el cuerpo roto de un soldado que lleva su nombre. Santos no llora la muerte de su hijo: la gente de su estirpe puede temer a la vida pero no a la muerte. Y morir de a caballo es más fácil.

Al lado de Santos va Toribio, su vocación confirmada entrañablemente por la fecunda inutilidad del sacrificio.

Más atrás marcha Gabriel. Inundado por el Arco, el Árbol y el Soneto. Asistido por las Cuatro Virtudes. Fue la Fortaleza quien le tradujo el mensaje pleno de "Los Seis Jinetes de la Cerrillada".

CAPÍTULO VEINTINUEVE - LAS JORNADAS DE LOS SIETE OBJETOS

*Cosas nomás,
traigo de allá.
Cosas que quedan y pasan,
cosas que están.
Ardo en mi sombra y me alumbran,
cosas nomás.*

José Larralde

Ya se había fijado la fecha para el gran remate. Aquella subasta internacional sin precedentes se llevaría a cabo el 25 de mayo, día propicio para acontecimientos trascendentales.

Conjurado el problema de la revolución, postergados hasta mayo los apremios financieros, saldado el arriendo de Frida, para el gobierno, sin embargo, no era todo miel sobre hojuelas.

Las sucesivas catástrofes nacionales habían, en cierto modo, anestesiado los sentimientos de la población, embotados por la retórica política de los partidos y por el eficientísimo incoloro de los tecnócratas. No obstante ello y pese a los confusos principios esgrimidos por los jefes militares recientemente sublevados, la gesta de los Seis Jinetes había despertado una comezón de dignidad herida, una ambigua sensación de vergüenza colectiva, una suerte de sordo descontento.

Los indicadores de opinión con que contaban las autoridades registraron el amago de fermento popular, resolviendo el gobierno actuar en consecuencia. Fue así que, utilizando todos los medios a su alcance, informó sobre un aspecto de la subasta que, seguramente, tranquilizaría a la gente. Tal aspecto consistía en el destino que se daría al producto del remate. Satisfechos los acreedores, deducidos los gastos, repartidas las comisiones, las comisiones, las comisiones, las comisiones, se contaba con que restaría un remanente cuantioso. Y, conforme al anuncio del gobierno, dicho remanente se repartiría totalmente entre los argentinos. De acuerdo con los cálculos oficiales, cada familia afincada en el patrio suelo percibiría un apetecible paquete de dólares, yens, coronas suecas, florines, o marcos, según quién resultara adquiriente de la República. Esa pequeña fortuna permitiría a los beneficiarios gozar de una desahogada posición y vivir confortablemente bajo el régimen que establecieran los compradores, lo cual ayudaría a olvidar las molestias derivadas de aprender un nuevo idioma y de reverenciar una nueva bandera.

El anuncio de la prosperidad futura se reiteró incansable y múltiples escenas de una "familia tipo", cómodamente instalada entre los halagos del bienestar, fueron difundidas por televisión y reflejadas en carteles alusivos. Hasta se pergeñó un logotipo al efecto, que mostraba cuatro esquemáticas siluetas –dos grandes y dos pequeñas– encerradas en el círculo de una moneda. Rodeando el logotipo aparecían heladeras, licuadoras, secarropas,

lavaplatos, enceradoras y otros artilugios aptos para embelesar a las amas de casa.

Concluía septiembre cuando partió Gabriel. La gestación del Anuncio tocaba a su fin. Empujado por un mandato perentorio, Gabriel buscó la soledad, habitado tan solo por el Arco, el Árbol y el Soneto; apoyado en las Cuatro Virtudes; iluminado por la sangre de los Seis Jinetes. Se completaba la misteriosa parábola que ascendiera a partir del "Día del Castañazo del Arcángel", madurar en "La Noche del Anuncio en la Pizzería", robustecerse en la confirmación del anuncio, en "El Sábado de las Cuatro Virtudes" y perfeccionarse cuando el entierro del hijo de Santos, Paisano de Torrecita.

Gabriel se despidió de Aníbal. Aníbal le entregó un ladrillo. Un ladrillo prosaico, rojizo, pesado.

Gabriel se despidió de Santos. Santos le entregó un par de espuelas. Las espuelas del abuelo domador.

Gabriel se despidió de Toribio. Toribio le entregó una guitarra. Le entregó su guitarra, cantora de Patria Afuera.

Gabriel no pudo despedirse de Domingo: la Industria había muerto. Por eso, Gabriel fue hasta el galpón de *La Grandiosa de Avellaneda* y se llevó la roldana, partida, de un aparejo que estaba tirado en el piso.

Gabriel se despidió del Profesor. El Profesor le entregó un libro y una espada.

Cuando Gabriel salía de la casa de la calle Chacabuco, Mercedes, la hija del Profesor, se despidió de él. Y, al ver los ojos de Gabriel ausentes de alturas altas, Mercedes supo que esa despedida era el adiós. Mercedes le entregó una flor.

Gabriel caminó hacia el Noroeste, siguiendo la costa del río. Cuando, por fin, cerca de San Pedro, alcanzó un paraje donde los talas se arriman al agua, divisores de la pampa y las olas, Gabriel se detuvo. Tres días y cuatro noches permaneció cabe los talas, entre la pampa y el agua, entre el cielo y la tierra, entre la madrugada y el crepúsculo, entre el sol y la luna, entre el norte y el sur, entre el este y el oeste, entre las voces y el silencio.

Cerca de la espuma, con ramas de monte, Gabriel encendió fuego. Y alzó un reparo de toscas para que el viento no apagara el fuego. El Pampero respetó al fuego y, pulsando el ramaje de los talas, cantó a lo largo de tres días y cuatro noches. Gabriel se estableció ante el fuego y, rodeándolo, colocó los Siete Objetos: el ladrillo, las espuelas, la guitarra, la roldana, el libro, la espada y la flor.

La primera noche, tendido al borde del agua y al borde del fuego, los ojos en los ojos de las brasas, Gabriel ciñó sus sienes con la Corona de Plata y, tomándolo entre las manos, consideró el Ladrillo.

Está construido de suelo. De suelo, fundamento ineludible de las cosas. De las cosas destinadas a perdurar. Pues las cosas, para afirmarse, se alzarán

a partir del suelo, de la tierra elemental, simple, concreta. El concepto y el sueño y el ideal y la fe cuelgan de lo alto; hincan sus raíces inversas en el reino del aire, en el Reino de los Cielos. Y, a su vez, anclan en las cosas arraigadas, en el suelo, constituyendo un nexo cristalino entre la tierra y lo alto. Pero, para que el nexo se afiance, para que el equilibrio presida el vínculo, las cosas han de estar plantadas en el suelo. Suelo que adquiere forma en el ladrillo. Geométrica astilla de suelo es el ladrillo. Madurada en los crisoles del fuego. Del fuego que confirió al suelo temple y longevidad. Fuego fragante de los hornos de ladrillo, volcanes suburbanos en cuyas aras celebrase el culto inicial de los lares. Ladrillo construido de suelo. Geometría tenaz y repetida del esfuerzo. Secreto de cimientos sepultados. Estandarte orgulloso de las cúpulas, vecinas del halcón. Uno a uno. Miserables e inútiles en soledad. Comunidad poderosa y deseable. Suelo, tenacidad repetida, camino de tierra sometida que viaja entre el principio y el fin.

En la mañana que sucedió a la primera noche, tendido entre el fuego y el agua, los ojos en la llanura innumerable, Gabriel consideró las espuelas. Sabido es que las espuelas son indivisibles, como las hojas de un trébol, como las ramas de una horqueta son.

Son de plata las espuelas del domador difunto. Maxilares de plata para la repetida estrella que las define. Estrellas de fierro, en que cantan metálicos cantos de guerra. Guerra ancestral entre la razón y el instinto. Estrellas sangrientas en que se afirma la voluntad y el equilibrio cuando, vuelta la llanura tambor del corcovo, cumple el hombre su bíblico mandato, apuntado a sujetar la Creación bajo su imperio. Maxilares de plata, estrellas de fierro, arrancadas a la raíz secreta del suelo, más abajo que la cuna del ladrillo. Pedestal para el coraje y el alarido, pasaron también por la coyuntura del fuego, que sometió su materia a la forma. Y, sobre el mineral sometido, la belleza artesana del oficio se plasmó en flores inmóviles, en pájaros ingenuos, en letras de heráldica campera. Raíces afiladas del dominio que impone la razón sobre el instinto, son las espuelas.

En la noche segunda, entre el fuego y el agua, ceñidas las sienes por la Corona de Piedra, los ojos en la costa labrada por los dedos del río, Gabriel consideró la roldana de aquel aparejo.

La roldana es de fierro y está partida. Previene su figura la perfección del círculo, trunca en la ruptura del esfuerzo. Comienza el camino celestial de la curva cerrada sobre sí misma, reflejo del razonamiento impecable y del impenetrable perfil de la demencia. Comienza la plenitud circular para precipitarse en el abismo de la fractura. Fractura impuesta por el esfuerzo que, mientras acompaña el devenir natural de la curva, habrá de traducirse en potencia ascendente. Pero que, discordante con el ámbito natural del eje, encaminará el afán fuera de madre para estallar en la ruptura y la muerte. Roldana, círculo multicolor y tenso. Cúspide que rueda y, vuelta a vuelta, resta dificultad al ascenso. Nacida del ingenio y servidora de la fuerza. Legión de brazos sumada al brazo, trampolín musical de la inercia.

La mañana que siguió a la segunda noche, entre el fuego y el agua, los ojos en las ramas de los talas, Gabriel consideró la Guitarra.

En el origen de su fábrica armoniosa está el árbol. Y en la cumbre de su cometido está el canto. En el corazón secreto de sus fibras está el pájaro. Y en la séxtuple ruta de sus cuerdas llora el llanto y ríe la risa. Y el amor circular duerme en su caja. Cinco dedos seguros sobre seis cuerdas, mensurando, gobernando, la imagen de la música. Y otros cinco dedos sobre seis cuerdas, barriendo y repicando los follajes del acorde. Traductora de la pena y la esperanza. Lenguaraz del anhelo inexpressado. Auténtico cuerpo de árbol plantado junto al pecho; mentido cuerpo de hembra dormido entre los brazos. Carretera sonora de la copla. Tablazón de los versos y del ritmo.

Entre el fuego y el agua, ceñidas sus sienes por la Corona de Oro, mientras un búho emblemático se asentaba en los talas, Gabriel consideró el Libro, puestos los ojos en el eterno rodar del río. Crecía la tercera noche.

Delgados estratos superpuestos, preñados al paso de la letra. Las páginas habitan las ideas, como las ideas habitan las páginas. El aroma cultural de la tinta agoniza ante la fragancia invasora de la humedad, el tiempo, el tabaco o las lágrimas. Arcón sin cerrojos de la sabiduría o la sandez. Bergantín de papel cuya derrota anuda la idea –plasmada en finísimo arroyo de luto– con el empeño estudioso o la curiosidad despierta. Territorio fecundo de los libros, necesaria nación del pensamiento, albaceas de antiguas concepciones y profetas de nuevos silogismos. Sótano blanqueado que aloja casi todo el bien y casi todo el mal. El libro está allí, conteniendo en su exacto volumen la clave, el insomnio, la búsqueda, el raciocinio y la memoria. Lámpara redentora de ásperas tinieblas; humareda interpuesta entre la inquietud y la verdad. Código de viejas normas es este libro. Depósito de justas reglas es este tomo. El latín vigoroso puebla sus hojas, clarín de eternas pautas equitativas. Bodega del lenguaje, cripta de las palabras, pirámide de las voces, transitadas todas por el oleaje minúsculo de la tipografía.

Fue en la mañana que siguió a la noche tercera cuando Gabriel, entre el fuego y el agua, ceñidas las sienes por la Corona de Hierro y puestos los ojos en el revuelto celaje del Poniente, consideró la Espada.

Derecho como una espada, dicen en el campo de la provincia de Buenos Aires. Tal vez en otras partes dirán igual. Y está bien dicho. Porque la espada es rectitud. O al menos debe serlo. Rectitud y dureza. Filo y punta. Meridiano de la fuerza. Prolongación vertiginosa del valor. Reja combatiente para espigas futuras. Pluma veloz para escritos subsiguientes. Trazo de luz afilada, ágil trinchera, refucilo afincado en el brazo armado. Por el cauce a dos aguas de sus filos ha corrido el torrente de la Historia. Nieta del sílex que abrió camino a la sagaz debilidad del hombre en la noche pavorosa del cuaternario. Hija del hierro que floreció en los puños remotos de la guerra. Amonestada una noche, entre olivos cuaresmales, también compartió el elogio al Centurión creyente. Y fue cruz de acero al pie de otras cruces de trapo que cruzaron feudales cruzados. Rúbrica fundacional de un Nuevo Mundo, filigrana de esgrima ante unos ojos luminosos de luna enamorada, madre de los facones, abuela de las navajas. Templada ruta del gesto y de la gesta. "No me saques sin razón ni me envaines sin honor": mandato capital para la espada.

La cuarta noche, entre el agua y el fuego, los ojos en las claras constelaciones australes, Gabriel tomó la Flor. Pero Gabriel no consideró la

Flor, pues no cabe formular su celebración. La Flor habla por sí, con el verbo universal de la Belleza. Y su mensaje es limpio, liviano, perfecto. Gabriel guardó la Flor contra su pecho y, cuando el alba diluía estrellas sobre el río, miró brillar la Flor en el Lucero.

Al morir la cuarta noche, cuando Gabriel estaba listo para partir, el rumor de un oleaje opuesto llegó desde la costa. Un aplauso fluvial contrarió la corriente y una embarcación encalló junto a los talas. Era extraño, por cierto, aquel navío. Desembarcó al punto singular marinero y, corriendo hasta Gabriel, le tendió su diestra poderosa. Gabriel estrechó la mano del Pontevedrés Errante y ambos se miraron en silencio. La Sabiduría Popular, el Buen Sentido, ocuparon su lugar junto al Arco, el Árbol y el Soneto; junto a las Cuatro Virtudes; cerca de los Siete Objetos.

Después, Gabriel se fue.

También se fue el Pontevedrés Errante, cumplido el mandato tan misteriosamente recibido aquella tarde en que navegaba cerca de Heligoland.

El Ángel-de-la-Nación-Argentina recogió los Siete Objetos.

Si enemigo es el rey de este mundo, no por ello señorea sobre las cosas y la gente, que también atestiguan claramente a favor de otro Reino, si bien se mira. Y el Ángel custodió el Ladrillo, las Espuelas, la Roldana, la Guitarra, el Libro, la Espada y, custodio de Gabriel, custodió también la Flor.

CAPÍTULO TREINTA - UN YANQUI EN LOS PARAÍOS

No está lejano el día en que tres banderas de estrellas y barras señalen, en tres sitios equidistantes, la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como en virtud de nuestra superioridad de raza ya es nuestro moralmente.

William Howard Taft

Al conjuro de la amplia publicidad sembrada en el mundo entero por el gobierno patrio, a principios de mayo empezaron a llegar los interesados en la magna subasta. Desde luego que no todos eran interesados, pues también viajaron legiones de eventuales comisionistas, en franca competencia desleal con los coimeros autóctonos; curiosos atraídos por el carácter excepcional del acontecimiento; expertos internacionales que estudiarían sobre el terreno las implicaciones geopolíticas del asunto; funcionarios que, gracias a oportunas influencias, habían logrado viajar a costa del erario público de sus respectivos países, aunque éstos no contaran con ninguna posibilidad de terciar en la puja. También arribaron charlatanes diversos, resueltos a ofrecer sus servicios para realizar “estudios de mercado”, “investigaciones de factibilidad”, “análisis de costos” y otros timos al uso.

Fauna tan singular invadió la República. Así, los sufridos pobladores, que ya habían sobrellevado los embates de mil encuestas previas al dictamen de Frida, aguantaban ahora las preguntas más sorprendentes dirigidas por los recién llegados. Los cuales recién llegados sufrieron también peripecias varias y que no vienen a cuento; basta mencionar el caso de un turco que, naturalmente, se perdió en la neblina.

Albertito, Tito, se transformó en apéndice de los enviados norteamericanos y dividía el tiempo entre la delegación oficial de los Estados Unidos, a la que agasajó en su quinta de Acassuso, y entre la comitiva que secundaba a un místico, amo absoluto éste de una empresa privada americana que negociaba en el campo de los productos químicos.

Ingrata, por cierto, la labor de Tito pues, mientras persistía en destacar las conveniencias de comprar en el remate (fuente de sus comisiones), los estadounidenses sólo mostraban interés en sacar fotografías y añorar aquellos bifes, ¡ay! extinguidos a la sazón.

La vieja casa de *Los Paraísos* lucía como en sus mejores tiempos. Recostada entre la arboleda, dibujada su sólida silueta contra el claro cielo del

sur, bañada en azogue por una luna que se repetía en el horizonte de agua. Al través de los jazmines y los macizos de hortensias se recuadraban las ventanas iluminadas, por las cuales asomaban salas celestes, brillantes a la luz plena de cien arañas de cristal.

Era la noche en que Albertito agasajaba a la delegación de los Estados Unidos, cuyos integrantes circulaban entre las piezas de colección como si pasearan entre las estanterías de un supermercado. De cualquier manera, Albertito sabía que las patilludas efigies de antepasados en uniforme; los documentos que, desde dorados marcos, exhibían rúbricas añejas; los abanicos dedicados por vates románticos inmortalizados como políticos; en fin, las huellas mohosas de un pasado importante, atestiguaban tangencialmente sus propias posibilidades de nativo caracterizado, de gestor influyente. Eso era todo lo que Tito exigía a sus recuerdos familiares.

Avanzada la velada y en un aparte, conversaban el dueño de casa, el Estrábico –incluido entre los invitados– y un agregado de la delegación, hombre bastante despejado, natural de Boston y capaz de apreciar ciertas cosas que escapaban por completo al gusto y sagacidad de sus compañeros de viaje.

–No entiendo cuál puede ser el interés de los Estados Unidos en comprar –decía el Estrábico, sembrando sobresalto en su anfitrión– total, acá ya son dueños de casi todo, sin tener que preocuparse por los problemas políticos de este país de disconformes. El derecho de propiedad protege sus inversiones...

–Bueno –cortó Tito– mire que los avances estatistas son peligrosos y posibles. Acuérdesse de tiempos recientes.

–Además, la justificación universal norteamericana es la democracia y, si hacen elecciones aquí, después de la compra, vaya a saber qué pasa.

–Mi joven amigo, me extraña. La democracia otorga un buen margen de maniobra, como nadie ignora. Maneje correctamente las opciones a presentar y después ni siquiera deberá intervenir en... la mecánica electoral, digamos. Por otra parte, siempre se puede establecer un "paréntesis institucional" de algunas décadas, durante las cuales se "educaría al soberano" debidamente.

–Mí gustar del paréntesis –aprobó el norteamericano–. Pero ya tener mucho pensado.

–Ah, ¿de modo que existe un plan? –dijo Tito, confortado.

–Yes.

–¿No ve? Si esta gente no improvisa. ¿Y en qué consiste el plan?

–Ustedes ser personas de confianza: explicaré.

El plan que expuso el yanqui, alentada su comunicatividad por variadas libaciones, era el siguiente:

1º) Comprar en el remate, teniendo en cuenta que la inversión a realizar sería menor que la de otros interesados, toda vez que existiría compensación con las cuantiosas deudas mantenidas por la República con los EE. UU., su principal acreedor internacional. Por otra parte, la posibilidad de que se instalara una filial china en América del Sur no seducía a la Gran Democracia del Norte.

2º) El rescate de las deudas mantenidas por la R. A. con diversas empresas, consorcios y organismos norteamericanos, interesaba en grado sumo a dichas entidades privadas. Por cierto que no explicó el de Boston las

fuerzas presiones ejercidas por ellas sobre el gobierno de su país, a favor de la operación.

3º) Adquirida la R. A., cesarían por supuesto sus anteriores autoridades y un Delegado asumiría el gobierno, secundado por un gabinete organizado a modo de Directorio mercantil. Si bien las funciones de este Delegado se preveían breves, la sugerencia de Tito en cuanto al "paréntesis institucional" permitiría prolongarlas.

4º) Naturalmente, la nueva estrella que así se agregaría al pabellón de las barras habría de regirse por el más puro sistema democrático. A tal efecto se realizarían elecciones oportunamente. Ahora bien, para evitar contingencias molestas y visto que la metrópoli se ubicaría en territorio norteamericano, los comicios para elegir autoridades argentinas tendrían lugar en dicho territorio norteamericano y hasta allí deberían trasladarse los habitantes de la ex República a fin de emitir su voto, conjuntamente con el resto de la población norteamericana que también participaría en la elección. La relación entre el número de ciudadanos estadounidenses y de argentinos nativos, como así también alguna oportuna paralización de medios de transporte en vísperas electorales, conjurarían cualquier problema.

5º) En virtud de una política adecuada, se desplazaría hacia la R. A. buena parte de la población de color, que aumentaba velozmente en la metrópoli. A la inversa, no se descartaba trasladar a estas tierras australes los últimos blancos residentes en los EE. UU.

6º) Bajo capa de producción argentina y al través de puertos argentinos, los EE. UU. exportarían a precios mínimos sus excedentes agrícolas, aventando las consabidas acusaciones de *dumping*.

7º) Finalmente, luego del despliegue publicitario del caso, se entregarían a los argentinos ingentes cantidades de anticonceptivos, cuya difusión, por otra parte, ya jalónara de muertos sin cadáver la trayectoria internacional de la Gran Democracia del Norte.

Al terminar de exponer el norteamericano, Tito aplaudió con distinción y propuso un brindis. Desde su marco oval, sonrió Saturnino Rodríguez Peña.

Notemetas, Tilingófeles y Macaneo se divertían en grande. Disimulados sus rabos, oficiaron de cicerone para varios interesados. Pero el fracaso coronó sus esfuerzos pues, cediendo a impulsos atávicos, condujeron sus clientes hasta el Abra del Infiernillo, paraje cuya desolación espantó a los visitantes, que salieron –precisamente– como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO - LA LUNA SECRETA

*Yo que siempre he soñado en tus claros espejos
y he tenido en mis noches tus reflejos, muy hondo
hoy quiero que abarajes mis versos desaparejos,
estos versos fuleros luna del bajo fondo.*

Enrique Cadícamo

Aníbal, ya abogado, recibió su primer caso: la tramitación del sucesorio de un tío segundo, gestión ésta lamentablemente gratuita. Pero que, en cambio, le dio pretexto para consultar al Profesor sobre aquel tema de su especialidad.

El viejo maestro se explayó sobre el asunto, remitiéndose a profusos antecedentes de la legislación romana, referencia inmutable de sus fundamentaciones jurídicas. Agotado el tema, debió salir el Profesor rumbo a la Facultad, dejando a Aníbal en posesión de su escritorio, donde éste había de extraer ciertas notas de varios tomos señalados al efecto por el jurista.

En eso estaba el Albañil del Arrabal cuando la puerta se abrió discretamente y, desde ella, preguntó Mercedes:

—¿Querés algo?

Aníbal se quedó mudo, sintiéndose a la vez el más feliz de los mortales y el más desgraciado de los enamorados. Por nadie se hubiera cambiado y, al mismo tiempo, deseaba fervientemente encontrarse a mil leguas del lugar, a solas con su turbación súbita.

—Gracias, dejá nomás.

Cerrose la puerta y la desolación cayó sobre Aníbal. Renegó de sí y maldijo aquella cortedad suya, capaz de frustrar la delicada trama de su aproximación oblicua, capaz de desmoronar la arquitectura de sus pretextos convergentes hacia la casa de la calle Chacabuco. Por un instante, toda la primavera, todo el mediodía, habían poblado su contorno. Un despertar de fresias alumbró la penumbra del escritorio y Aníbal se tapó los ojos para apresar en ellos la imagen que alejara con su timidez momentos antes. Cuando, derrotada la imagen por el latido de sus sienes, Aníbal abrió los ojos, de nuevo estaba Mercedes a su lado.

—Tomá, es la hora del jerez —dijo la muchacha, dejando una copa junto a los libros y reteniendo otra para sí.

Por un buen rato se quedaron callados. Sin embargo, el silencio no era molesto. Cierta acuerdo tácito presidía la discreción recíproca, mientras el arribo de la naturalidad soltaba los nudos del gesto. Mercedes habló primero.

—Me parece raro verte sentado ahí. Es el lugar de papá. Cuando era chica, trepaba a ese sillón y papá me contaba cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas, cuentos, historias. Historias que parecían cuentos y cuentos que parecían historias. Yo preguntaba. Preguntaba y pedía.

—¿Pedías?

—Los chicos siempre piden. Pedía la luna...

Cien mil zorzales cantaban en el corazón de Aníbal, acompañando su marcha por la calle Chacabuco. Sobre los cables y las antenas, la tarde arreaba nubes por un cielo de escarapela.

Caminaba Aníbal por la vereda despareja, estrechada a veces por el avance de algunas casas cuya edad las había librado de uniformidades municipales. Frentes abiertos en zaguanes largos. Largos zaguanes sombríos que fotografiaban, al fondo, telones de higueras, canarios y malvones.

Accidentado caminar el de Aníbal, por la vereda despanzurrada, flanqueada por zanjas abiertas por la actividad reparadora de algún Intendente que la interrumpiera luego, falto de recursos o ganas, dejando al descubierto el sistema circulatorio de la ciudad, testimonio arterial de aquel proyecto trunco. Zanjas paralelas, auténticas trincheras cavadas en el suelo de la pampa, sometido por largos años al ahogo del asfalto. Zanjas paralelas y zanjas transversales, cruzadas por tablones inestables o recatadas por planchas sonoras al paso.

La calle entera, de pared a pared, parecía un territorio batido por recio fuego de artillería. Para peor, había llovido hacía poco y las anfractuosidades viales eran cauce propicio para el discurrir de lentos torrentes de barro. Era un barro líquido, gredoso, el que signaba las veredas y, entre gargarismos espesos, descendía hasta los zanjones. Llegó un instante en que Aníbal no pudo avanzar más. Desde la cerca irregular que clausuraba un baldío, interrumpía el paso un ventisquero de lodo. La pared a su derecha y, sobre la izquierda, un vallado de tablas separaba el cordón de la vereda de una excavación honda y angosta, en cuyo fondo pasaba un caño averiado. Más allá de la excavación, hacia el centro de la calzada, emergía un archipiélago de adoquines. Aníbal resolvió franquear el vallado, saltar la excavación y aterrizar en una isla del archipiélago para, recalando en algún arrecife intermedio, ganar la opuesta vereda por donde el paso aparecía viable.

Parado sobre los tablones de la valla, Aníbal midió el salto hasta el centro del archipiélago. Cierta experiencia tenía al respecto, luego de sus aventuras con antropófagos y filibusteros, pródigas en saltos, tablones, islas y acrobacias. De un envión superó la zanja y, conforme a lo previsto, fue a dar entre los adoquines. Pero el descenso no concluyó allí. Continuó. Y Aníbal, junto con el archipiélago, siguieron bajando. Siguieron bajando en medio del fragor de un derrumbamiento incontenible. En el lugar que ocupara el islote de adoquines se abrió un cráter de buen diámetro y profundidad insondable por el momento.

En el fondo de ese abismo recuperose Aníbal. Estaba cubierto de tierra y rodeado por respetable cantidad de adoquines, precipitados hasta allí junto con su persona, ligeramente magullada ésta. Un turbión de polvo flotaba en el pozo, elevándose lentamente. La humedad de la superficie había calado sólo algunas pulgadas y, por debajo de aquel estrato oscuro, el suelo lucía rojizo y reseco.

Disipada la polvareda, el Albañil del Arrabal procuró situarse. Yacía en el fondo de un pozo cuya boca irregular se abría tres metros por sobre su cabeza. Pronto reparó el caído en las características de aquel antro, bastante particulares si bien se mira. En efecto, la boca del cráter se abría allí donde

alcanzaba su culminación la bóveda del lugar en que estaba Aníbal. Dicho lugar era un pasadizo subterráneo, perforado en su altura máxima por el derrumbe producido al saltar Aníbal sobre la calzada, clausurada al tránsito desde largos años atrás, conmovida su entraña por las excavaciones realizadas y por la acción paulatina de vibraciones insidiosas.

Claramente se advertía la mano del hombre en la fábrica del pasaje, labrado en el subsuelo de greda mediante precisos golpes de pico y pala que habían dejado su repetida impronta en las paredes, arqueadas hasta encontrarse arriba, en la exacta curvatura del semicírculo. El intempestivo explorador no estaba en condiciones de precisar la dirección en que corría el túnel, si bien pronto advirtió que, cerca suyo, un montículo clausuraba el paso, probable consecuencia de una avalancha anterior. Pero, en opuesto sentido, la cueva se prolongaba hasta perderse en la oscuridad reinante.

No pudo el Albañil refrenar su afán descubridor y, luego de verificar la confiable consistencia de las paredes, se internó por el pasadizo, caminando sobre una fina alfombra de arena. A los pocos metros debió valerse del encendedor para alumbrar su avance. El aire era húmedo y pesado. Pese a contar con escuetos conocimientos históricos, Aníbal sabía que hollaba parajes vedados al hombre desde hacía siglos y, probablemente, el último transeúnte del túnel debió deslizarse por él mientras en la ciudad regía la autoridad virreynal. Un cabildante, un clérigo, un contrabandista, un capitán del fijo, quién sabe. Y quién sabe qué motivo impulsaría por esas lobregueces a su predecesor remoto: una entrada de indios, una mujer, un desembarco de paños británicos, un Santo Viático, una conjura sigilosa...

Al realizarse una excavación en Alsina y Bolívar apareció la entrada de un subterráneo ubicado a cinco metros de profundidad y obturado en uno de sus extremos... Recorriendo algunos metros se encontraba una escalera ascendente que comunicaba con el segundo túnel extendido largamente hacia el sur.⁶

De vez en cuando relucía una filtración en los flancos del túnel. Finalmente, antes de concluir cegado por otro derrumbe, el pasaje se ensanchaba algo, conformando una reducida estancia circular. El lugar, a primera vista, parecía vacío. Sin embargo, algunos objetos informes ocupaban los bordes del mismo. Jirones de tela deshecha por el tiempo conservaban, no obstante, hilos dorados delatores de pasada riqueza urdida en su trama; una barrica, abierta como enorme flor al ceder sus duelas al embate de la herrumbre; la punta de una lanza, quebrada el asta en que estaba inserta; una pala de diseño arcaico; algunas vigas de madera durísima. En medio del recinto, un pozo redondo y profundo que se correspondía exactamente con una especie de chimenea tubular, abierta en la bóveda y que remataba en una moneda de luz diurna. Atraído por aquel círculo de cielo, Aníbal quiso tentar la subida. A puro brazo levantó dos de las vigas tiradas y las apoyó en la base del tubo ascendente, soslayando el pozo abierto a sus pies: algunos cascotes cayeron dentro y despertaron un chapuzón demorado. Inspeccionó el Albañil la estructura de la chimenea y corroboró la viabilidad de una escalada, visto el apoyo ofrecido por sucesivos huecos, abiertos a intervalos regulares en la pared envolvente y, aparentemente, excavados al efecto.

⁶ Carlos A. Krieger, *Túneles con misterio*.

Satisfecho con sus comprobaciones, resolvió trepar. Pero antes echó una última mirada al recinto circular. A la luz de la llama, brilló un reflejo entre la arena del piso, removida por sus pasos. Agachose y recogió algo que acarició conmovido. Después guardó el hallazgo bajo su camisa e inició la escalada.

Provista de una tijera de podar, Mercedes ponía coto al espinoso avance de una rosa mosqueta que amenazaba sepultar en frondas el brocal del pozo. De ese pozo que, desde siempre, aposentaba su boca insondable en el jardín que perfumaba los fondos de la casa del Profesor. Enorme fue la sorpresa de tan gentil hortelana cuando apareció Aníbal, emergiendo de la boca insondable, entre el matorral invasor de la mosqueta.

Polvoriento y desgredado surgió el espeleólogo, agitada la respiración por el esfuerzo y la cara arañada por las espinas. También fue grande el desconcierto de Aníbal al encontrar a Mercedes en la cúspide de su ascenso. Pero, rápidamente repuesto y excitado por la aventura, pasó a relatarla de inmediato. Mercedes lo escuchaba, pendiente de sus palabras.

Los muchachos se habían sentado en el pasto, entre la rosa mosqueta y un jazmín azul. La tarde de mayo huía en el cielo y, tras su fuga violeta, se prendían estrellas. Imprevista en las alturas de la ciudad, una bandada de patos cruzó el ocaso, buscando el sur en formación perfecta.

Baja la voz, preguntó Aníbal:

–Cuando eras chica, ¿qué le pedías a tu padre?

–Le pedía la luna.

–¿Y por qué pedías la luna?

–Porque es linda, porque está muy alto... y porque las mujeres pedimos cosas imposibles de conseguir...

–¿Todavía querés la luna?

Mercedes sonrió apenas. Ya no era una niña. Ya sabía que la luna está demasiado alto. Ya conocía la fragilidad intangible de la belleza. Ya no era una niña, no; pero...

–No me vas a creer: todavía quiero la luna.

Aníbal se abrió la camisa y puso en manos de Mercedes el resplandor recogido allá abajo, en el fondo del túnel. Era una luna creciente, de plata, con dos pequeñas estrellas soldadas en cada extremo de su curva fina, cincelada por remotos artesanos.

–Estaba abajo. La traje para vos.

Mercedes apretó la luna contra el pecho y, estremecida por una emoción rara, se quedó con los ojos cerrados y la cabeza inclinada por largo rato. Una ternura infantil y femenina aleteaba en su voz cuando dijo:

–A veces, la luna está tan cerca y no lo sabemos ver. Miramos para arriba y lo que buscamos está a nuestros pies. –Después, muy despacio, agregó: –Gracias, muchas gracias.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS -¡A LA GRAN PUJA!

*Fue como si me enfocaran, de pronto,
todos los reflectores de la escuadra británica.
Recién me iluminaba tanta sabiduría,
cuando empecé a sublimar, cuando ya
lo sublimaba todo, con un entusiasmo
de rematador... de rematador sublime,
se sobreentiende.*

Oliverio Gironde

"Sensacional subasta – Gran categoría".

Pedro y Antonio Lanusse

Conforme cuadra al dogma escolar, el 25 de mayo amaneció frío y lluvioso. Ignoramos si en aquella lejana jornada del año 10, frente al Cabildo se abrieron los paraguas perpetuados por la iconografía pertinente. En cambio, consta que el 25 de mayo, cuyos acontecimientos se relatarán, además de amanecer frío y lluvioso como el de otrora, estuvo caracterizado por un confluir de paraguas en torno al Luna Park.

Efectivamente, el Luna Park había sido elegido como escenario de la memorable subasta que decidiría el porvenir de la República Argentina. El teatro de tantas trompadas sensacionales, verdadero polo magnético para el interés popular en la noche violenta de los sábados, centraba ahora la atención del mundo.

Empavesado en celeste y blanco, el vasto tinglado estaba custodiado por enorme despliegue policial. En sus cuatro esquinas sendos mástiles sostenían el pabellón de todos los países del planeta, que a la sazón eran muchos, ya que la incontenible división cariocinética de tribus africanas había seguido poblando de representantes los escaños de las Naciones Unidas. Ramos de laurel y de olivo ornaban las boleterías clausuradas y los himnos nacionales de mil pueblos sucedían sus acordes solemnes. La firma de rematadores, la más acreditada firma de rematadores, que se encargaría de llevar adelante la subasta, también había instalado allí parte de la utilería aneja a su actividad. De manera que, sobre las entradas de Madero y Bouchard, flameaban clásicas banderas escarlata con la leyenda "HOY - GRAN REMATE - HOY"; otros carteles advertían "NO SE SUSPENDE POR LLUVIA" y, propaganda para el domingo siguiente, algunos gallardetes rezaban "22 magníficos lotes en Villa Adelina – Amplias facilidades".

Alfombrados y flanqueados por albos cordones, se abrían dos caminos que llegaban hasta las puertas del estadio, por los cuales accederían los posibles oferentes, cuyas butacas ocupaban toda la amplitud del *ring-side*. En su interior, el recinto exhibía amplios murales fotográficos que mostraban distintas perspectivas del inmueble en venta: ilimitadas visiones de la pampa, ondulada por oleajes de espigas o constelada por rebaños formidables; selvas

sombrías, cruzadas por descendentes rayos de sol vegetal; laderas con mástiles de cardones; geométricos viñedos; lagos; petróleo; glaciares. En medio del ring, cuyo encordado no había sido retirado, se levantaba alta tarima tachonada por escarapelas, la cual oficiaría de peana para el rematador en funciones. Las cámaras de televisión se apoyaban en el borde del tablado y, sentados en los opuestos banquitos de cada corner, dos granaderos manteníanse tiesos.

Desde temprano, las tribunas populares se llenaron de gente, que desbordó sobre las inmediaciones hasta llenar cuadras y cuadras circundantes. Una vez colmada la capacidad del lugar y clausuradas sus puertas, sólo quedaron vacíos el patio de butacas y las tribunas elevadas del "pullman".

Alguna propaganda comercial subsistía en el local y, por sobre la decoración patriótica que cubría los focos ubicados encima del cuadrilátero, asomaba todavía el aviso que lucieran tantas batas de campeones argentinos: "Tome vinos APACERO, de Mussacchio y Mastropiero".

La embajada brasileña, en tren de conquistar simpatías, había costeado la provisión de café que cien mulatos, vestidos de amarillo y verde, distribuían gratuitamente entre la concurrencia.

Los norteamericanos, por su parte, se encargaron de amenizar la espera mediante números circenses, que cinco chicas ejecutaban dentro del ring. Claro que las evoluciones de las chicas, sucintamente ataviadas de Tío Sam, se veían seriamente dificultadas por la presencia hierática de los dos granaderos que, poco a poco, fueron quedando cubiertos por las serpentinas y papel picado que las niñas desparramaban a voleo durante su actuación.

Los chinos habían fabricado un inmenso dragón de papel, que colgaba del techo y al que nadie le encontraba la gracia.

Solícitos japoneses limpiaban las manchas ocasionadas por la mostaza de aquellas salchichas regaladas por los alemanes.

Y así seguir. Fueron bastantes quienes quisieron obtener popularidad de antemano, para el caso de resultar adquirientes del país. Los franceses rifaron una corista, con la cual resultó agraciado El Picaflor de Burzaco.

A las diez de la mañana empezaron a llegar delegaciones. La multitud, en torno al estadio, era inmensa. Y seguía creciendo.

A las diez y media, todos ocupaban su lugar: delegaciones, autoridades, intermediarios, coimeros.

A las once menos cuarto, el martillero trepó al cuadrado y fue presentado por el anunciador oficial de la empresa que cediera el local. Vestido de smoking, el anunciador anunció: "Y... en este rincón... el máximo exponente nacional en su categoría..., que acusó en la balanza...". Aquí se cortó el hombre pues, en realidad, el peso del rematador resultaba indiferente. Después, el profesional del martillo se encaramó a la tarima, desde donde dominaba el concurso todo.

Murieron las últimas cadencias del Himno Nacional. Se apagaron las luces. Sólo el ring quedó vivamente iluminado y, bajo los focos centrales, la figura del gran pregonero de la almoneda se destacó dominante. Afuera seguía garuando sobre la muchedumbre silenciosa.

El voceador, ya en funciones, se aclaró la garganta y, por los micrófonos, su carraspeo sonó como un trueno.

–Señoras y señores –dijo con fuerza–. Es un honor para la firma que integro llevar a cabo la presente subasta. Bajo el martillo de mis abuelos encontraron justo precio los máximos representantes de nuestra riqueza ganadera, como así también los ejemplares que enriquecieron el acervo turfístico de la nación. Hoy culmina una trayectoria al servicio del martillo con este acontecimiento sin precedentes en los anales de la profesión. Me consta que la calidad del producto hará fácil mi tarea. Aunque ustedes conozcan ya sus bondades, me permitiré un breve elogio previo a iniciar el remate. Aprecien su corriente de sangre, que resulta del mestizaje del Ibérico con Pachamama, cruzada luego con Napolitano, Circuncisa, Pobre Turco y Tutti Frutti. Es la suya una gran cabeza, una cabeza de Goliat. Y obsérvese el encuentro, al que, por su magnitud, podría denominar Reencuentro. Posee también buenos garrones, aunque se haya exagerado este detalle. Finalmente, sabrán apreciar que cuenta con reservas inestimables, de manera que se recuperación no ofrecerá dificultades, pese a imputársele cierto grado de subdesarrollo... Bueno, don Willy, usted ya quiere hacer la primera oferta. Diga una cifra. No se quede atrás. Usted conoce lo que se ofrece y va a hacer una postura razonable. ¡Anímese, don Willy!

El inglés sonrió ante el envite y, meneando la cabeza, optó por callar.

–Pero, don Willy. No me haga eso. Usted es comprador...

–*Ladies first...* –declinó el britano, indicando con un gesto a la representante israelí.

–La escucho, doña Rebeca. Vea que puede ser pichincha.

La oferta de la aludida fue irrisoria.

–Vamos, doña Rebeca, no haga chistes –evadió el martillero–. Señores –continuó alzando la voz–, espero una oferta.

Desde la butaca ocupada por el delegado canadiense partió una postura. Una postura en dólares, moneda establecida para formular los ofrecimientos, en virtud de resultar valor corriente en estas latitudes.

–¡Así se habla! –celebró el rematador–. ¿Quién da más?

El comisionista arrimado a la embajada canadiense gozó de efímera alegría, pues pronto su ofrecimiento quedó superado por el checoslovaco y éste, a su vez, por el brasileño. Aquí terció aquella empresa privada, dedicada a la elaboración de productos químicos, que fuera rondada por la solícita atención de Albertito. La empresa ofreció una suma importante y Tito se frotó las manos satisfecho. Pero también sus ilusiones fueron postergadas por la intervención finlandesa, rápidamente eclipsada al levantar la mano el delegado japonés.

Japón era, sin duda, uno de los candidatos serios, de manera que su entrada en juego significó una alternativa importante. Pesado silencio cayó sobre el Luna y nadie dejó de advertir que se accedía a instancias decisivas. El martillero sintiose obligado a intercalar un párrafo para salvar el bache:

–Señores –dijo–, recién nos empezamos a poner a tono. Acabo de tomar una oferta razonable. Podemos considerarla como la primer oferta, pues recién ahora la subasta alcanza el nivel debido. No reiteraré el elogio al producto, pues saben ustedes que aún estamos lejos de una cifra definitiva, que espero escuchar de aquí en adelante. Señores, hay que mejorar la postura del representante japonés. Los escucho.

Se prolongó el silencio. Los intermediarios sudaban frío. De repente, sabe Dios debido a qué capricho eléctrico, rompió a sonar el timbre que

anuncia en el estadio los comienzos y fines de cada round. Simultáneamente, cuatro focos colorados se prendieron en torno al rematador. El sobresalto fue general. Un entrenador de boxeo, que había obtenido entrada de favor para el remate, ante el sonido de la campana y llevado por la costumbre retiró bruscamente el banquito donde estaba sentado uno de los granaderos; éste, naturalmente, cayó con estrépito, enredando una espuela en la segunda cuerda. Bastó la caída del granadero para que otro autómatas de ring saltara presto y comenzara el conteo de los fatídicos diez segundos, con todo lo cual aumentó la confusión.

Vuelto a su lugar el banquito, reincorporado el granadero y desalojado el réferi pertinaz, lentamente se recompuso el orden dentro del recinto. Recapituló el martillero y, blandiendo enérgicamente su herramienta de trabajo, instó a los oferentes.

Fue ahora el gestor de una compañía petrolera, universalmente poderosa, el que se hizo presente en la porfía. Insistió Canadá. Japón volvió a la pista. Y, a esta altura de las cosas, el Imperio Británico dejó oír su flemática voz. Tras ella accedió el Continente y Francia intervino para trenzarse en fulmíneo peloteo con la península itálica. Desde las tribunas populares, un reducido grupo de inmigrantes recientes desplegó un cartelón que rezaba "Forza Italia"; los hicieron callar y metieron violín en bolsa.

Decididamente habían quedado ya en el camino quienes confiaran en obtener una pichincha. Doña Rebeca, que abriera el fuego, no volvería a intervenir. Brasil mejoró el precio. España lo superó en seguida. Berna deslizó su interés. Japón cargó otra vez para claudicar ante la nueva embestida canadiense que, por su parte, cejó frente a las pretensiones de la petrolera. Rusia jugó una basa. Seis intermediarios habían perecido en la demanda, víctimas de emociones excesivas: se lo llevaron de una pata.

Cuando la empresa química tornó a la liza, Tito fue presa de temblores convulsivos. Sus sueños más caros, sí, más caros, duraron lo que un lirio, pues Berlín profirió su acento marcial, que determinó, por supuesto, la inmediata respuesta francesa, tocados los galos en su honor nacional. Ancestrales diferendos, alentaron otra vertiginosa subida de cotizaciones, trunca por la aparición retumbante de los Estados Unidos de Norteamérica. Un nuevo silencio se aposentó en el Luna y aleteó sobre la inmensa muchedumbre congregada en sus adyacencias. Aunque los tiempos hubieran cambiado, la irrupción norteamericana seguía siendo un acontecimiento magno. Además, duchos en materia publicitaria, los yanquis habían arreglado el asunto de manera que su primer oferta resultara convenientemente subrayada. En efecto, al momento de formularse la misma, una lluvia de papelitos multicolores cayó sobre la concurrencia, difundieron los acordes de *Leven Ancias* y la comparsa de "midinettes" invadió el ring para ofrecer una mudanza de baile, mientras sus integrantes inflaban grandes globos de chicle con sus boquitas maquilladas.

Tanto alboroto feneció al momento al escucharse la nueva oferta moscovita. Amainó el chaparrón de papelitos, las anclas quedaron a medio izar y los globos de chicle reventaron sucesivos. Otra oferta norteamericana. Otra rusa. Otra americana. Y, entonces, estalló la oferta china. Emoción en el estadio. El dragón de papel que pendía del techo se iluminó con viva luz amarilla. Desde el fondo de los siglos, apuntalado por cientos de millones de

habitantes en busca de ámbito y sustento, robusta su moneda en el mercado internacional, el Celeste Imperio entraba a tallar en la formidable puja.

Nueva oferta norteamericana.

Nueva oferta china.

Oferta americana.

Oferta china.

Oferta americana.

Oferta china.

Pausa.

Silencio.

Rematador.

Pausa.

Oferta americana.

Pausa.

Oferta china.

Oferta americana.

Muerte de Albertito.

Oferta china.

Oferta americana.

Pausa.

Silencio.

Rematador.

Silencio.

Rematador.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Rematador.

Silencio.

La subasta alcanzó su instancia límite. Causas políticas habían llevado las posturas más allá de las fronteras económicas. Pero, razonablemente, no quedaban ya motivos tan fuertes como para justificar ni una oferta más. Sin embargo:

Oferta china.

El pujante norteamericano se puso amarillo. Luego su faz tornose cárdena. Se humedeció los labios y, formando una especie de "scrum" volante con sus colaboradores, requirió la opinión de éstos. El "scrum", ajenos sus componentes a nada que no fuera su preocupación inmediata, se desplazó por un sector de la platea, dejando varios contusos al paso. Meta taco sacaron una decisión, que el encargado de negocios abrió hacia su línea. Cuando el jefe de la delegación apresó lo resuelto, bajó la testa y se mandó.

Oferta americana.

La cifra arrojada superaba con cierta holgura la postura china y revestía todas las características de definitiva.

El martillero azuzó al asiático. Éste sacudió la cabeza con una gentil sonrisa y se inclinó galanamente ante el sobrino del Tío Sam, mientras, por lo bajo, desgranaba celestes improperios.

Silencio compacto.

El rematador alza el martillo.

En ese momento, desde la tribuna popular, parte una oferta astronómica. Clara y concisa se pronuncia una cifra aplastante.

Ráfagas de sorpresa barren el *ring-side*. Rematador, autoridades, delegados, giran la cabeza y miran hacia la tribuna de Corrientes. Allí, en mitad de las gradas, está un hombre de pie; a su alrededor se ha formado un claro.

Varios reflectores se mueven hasta asestar sus haces brillantes sobre el hombre de la tribuna popular.

El martillero necesita asegurarse. Pregunta:

–El caballero de la tribuna... ¿cómo dijo?

Neta, precisa, la cifra descomunal es repetida por el hombre.

Desconfiado, el rematador inquiere:

–Dígame... ¿compra por sí o en comisión?

–En comisión –grita el hombre.

–Su nombre, señor.

–Gabriel.

– ¿Puedo preguntar para quién compra?

Gabriel se toma un tiempo antes de contestar. Después dice:

–Compro para el pueblo argentino.

Al rato sobreviene el delirio.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES - EL PERIPLO DEL REQUERIMIENTO

*¿Mi pueblo? Un pueblo admirable de simplicidad,
de aristocracia anárquica que está en peligro de claudicar.*

Ricardo Güiraldes

*La Ciudad de los Césares,
que buscaron aquí nuestros antepasados,
era de oro y de plata: las tierras del Sur
fueron bautizadas, por eso, con el nombre
de un metal precioso.*

Juan Manuel Palacio

Transcurridas Las Jornadas de los Siete Objetos, Gabriel marchó hacia el Nordeste, bordeando el río. Cuando el mediodía acortó las sombras al pie mismo de los talas, Gabriel vio un pescador que sacaba su bote del agua, arrastrándolo sobre una playita abierta entre los tocales. En el escalón de la barranca se asentaba una casilla despintada, a cuyo frente jugaban varios chicos y dormían dos perros.

Gabriel saludó al pescador y compartió en la casilla su mate ritual. Cantaba la pava sobre las brasas y, silenciosa, cebaba la mujer del pescador mientras le asomaba la atención a los ojos líquidos. Hasta los chicos estaban quietos.

Gabriel habló y en la certeza cabal de su acento encontró justa traducción la grandeza del Anuncio. Adecuó las perfecciones del Arco, del Árbol y del Soneto, a la circunstancia fluvial del pescador y, a partir de tal circunstancia, iluminó a su oyente con las perspectivas totales de la Patria. Después articuló el Requerimiento para el Rescate. Apeló al mandato de aquellas viejas baterías que oxidaban obuses y cadenas en el fondo de esa Vuelta del río, precisamente. El pescador comprendió el Anuncio y acudió al Rescate. Gabriel había hablado con música y verdad. El pescador respondió con fe y con entrega porque hacía mucho que esperaba.

El pescador entregó cuanto tenía: el compromiso de su esfuerzo; la decisión del sacrificio; los pesos que, en una bolsita de lona, escondía entre las redes; el valor del bronce en que estaba fundido un cañoncito, encontrado allá en la Vuelta. Al hombro el cañoncito, se fue El Pescador con Gabriel.

La estancia aquella había sido importante. En épocas mejores, innumerables mugidos coronaron los corrales atareados. La rúbrica del lazo signó la pericia del pulso campero. El cereal, convexo en las bolsas apiladas, edificaba en los galpones ciudades de arpillera. Y en la Administración, fragante de antisárnico y semilla, las cifras encolumnaban prosperidad sobre el escritorio de perfil naval. Pero todo eso quedó lejos, diluido en nostalgias sin regreso.

La casa –“las casas”– se afirmaba entre el monte. Gabriel golpeó las manos en la galería sonora. Un hombre resuelto, erguido y hospitalario, respondió al llamado. En la sala había olor a humedad, que bajaba desde los techos altos donde dibujara mapas fantásticos. Gabriel habló y escuchó el patrón de la estancia. El anuncio de Gabriel despertó en el patrón un eco dormido hacía mucho. Ante el Requerimiento para el Rescate, se puso de pie una antigua vocación yacente. Y el Patrón creyó y entregó cuanto tenía. Tierra y vocación, decisión y pertenencias. Plata y oro había en el apero con que ensilló El Patrón para acompañar a Gabriel. Plata y oro había en ese apero que ya había entregado.

El peón tenía menos pero también lo dio todo. Oyó a Gabriel en la matera, enlutada por el humo de cien mil madrugadas. Después fue hasta el cuarto, hasta la pieza, y abrió el cofre de lata. Patacones y un Sol peruano tenía el tirador. Junto con El Peón marchó su hijo, muchachito de trece años, prolijo y ágil.

Ya Gabriel no iba solo cuando lo alcanzaron Pepote y los suyos. Los del Pelotón Populista Tenebroso escucharon el Anuncio y el Requerimiento. Y se quedaron con Gabriel. Casi todos. Menos dos. Dos se volvieron alarmados, para informar a la Embajada lo que estaba pasando: El Patrón y El Peón marchaban juntos al Rescate, inflamados por la música del Anuncio y fiados en la palabra del hombre esperado. Gravísimas noticias para la Embajada.

La Columna de Rescate entró a la ciudad grande y acampó en su flanco, al pie de los elevadores de granos, abandonados a la sazón. Varios buques medio hundidos obstruían el puerto. Herrumbres paralelas carcomían la maraña de rieles inútiles. Se encendieron fogatas en el vivac y Gabriel recorrió los arrabales. Y habló bajo las parras suburbanas, entre jaulas de canarios y macetas con helechos. Habló junto a higueras anémicas y apoyado en tapiales coronados por dentaduras de vidrio. Habló en las veredas de ladrillo y en la ochava de cien bocacalles. Llegó a las oficinas del centro y, desde cada escritorio rutinario, proclamó el Anuncio ante cadetes, auxiliares, jefes y gerentes. Cesó el morse de las teclas y los relojes fichadores no clausuraron aquellas jornadas con su tarascón cronológico; no las clausuraron porque aquellas jornadas terminaron antes de hora. O empezaron. Unánime fue la respuesta al Requerimiento. Los gringos de anteayer, arraigados en la dulce llanura, asumieron el compromiso del Rescate.

Del otro lado del río, superando cuchillas y arroyos, al abrigo de ceibos y espinillos, la Columna, la Legión, la Pueblada, recibió mil afluentes vibrantes. Mesopotamia arriba se pobló de alaridos en Corrientes y enrojeció su avance la tierra misionera. Palios verdes cubrieron la marcha y el tabaco, el sudor y la madera, se sumaron en la entrega del Rescate.

El himno de las hachas calló en los obrajes. Por las picadas de fierro, que ayer fueran cauce propicio para el discurrir de vagonetas, llegaban los hombres del monte. Llegaban y se quedaban cabe los fogones oyendo la proclamación del Anuncio y enunciando sus sobrias aquiescencias al Requerimiento. Y los desmontes, retoñados de palmas, vieron pasar a los hombres del hacha portando el don de su compromiso y acunando la entrega de sus posesiones mínimas.

Cuando Córdoba quedó atrás, venían con la Pueblada los alquimistas de la forja y los tutores de rebaños por las cumbres altas; los exploradores de infolios y los regentes del estruendo en las canteras. Desde torres y espadañas se levantó un repique que acompañó a la Legión y, luego del Requerimiento, nobles metales remotos, duros metales fabriles, maderas doradas y níqueles técnicos, fragancias de poleo y luces de cuarzo, aumentaron el caudal en alza.

Detrás de la polvareda santiagueña, las travesías depararon ofrendas imprevistas. Y después, bajo el signo derrotado del azúcar, se reunió la gente en los ingenios abandonados. Floridas de banderas las pilas de caña, en cuyas venas ya se había resecado la dulzura definitiva. Inmóviles las máquinas enormes, quietas las poleas, verdes los bronce de inercia, asistieron al retorno cálido de las familias, de la esperanza. Bajo los techos, vulnerados de abandono, se congregaban los hombres, las mujeres, los chicos. Venían en carretas crujientes y a caballo y a pie, formando columnas espontáneas detrás de un cartel o una bandera. Y escuchaban el Anuncio y asentían al Requerimiento. Y entregaban sus brazos y su fe y su promesa. Y entregaban herencias y azúcar y plata y confianza.

Allá en el último repecho del mapa, donde los niveles trepan hasta la frontera de la puna, los pobladores hieráticos de la altura trajeron el huaco funerario, repleto de metales fulgentes y trajeron el secreto de antiguos filones y yacimientos herméticos.

En su reflujo, la Legión, la Pueblada, pernoctó en los patios salteños, abiertos en fresca sucesión de galerías. En medio de ellos se levantaron los árboles rojos de los fogones, buscando por sobre las espaldas de tejas esa caprichosa geometría de las constelaciones. Y la respuesta al Requerimiento reunió a quienes, vestidos de hierro, llegaron siglos atrás por las rutas conquistadoras y a quienes, vestidos de sol, ya estaban allí desde siempre. Creció el acervo de la Legión con maderas fragantes y estoques de revueltos gavilanes, con caobas domésticas y áureos idolillos, con ejecutorias miniadas y varales de remotas dignidades.

Por los solares del vino, liviana de alegría la marcha, recorrió el Anuncio paralelos senderos de racimos. Y fue proclamando junto a la hidrografía angular del regadío y desde la penumbra que fermenta en las bodegas. Y el lagar y el trapiche, el mosto, el alambique y los alcoholes, concurrieron caudales a la cita.

El real del leonero se recataba, mimético, en el fachinal sediento. Paraje triste era aquél donde, entre arenales y matas, venían a perderse las torrenteras delgadas en que se diluyen el Atuel, el Diamante. Aflorar de salitre, brillazón de espejismos, alpatacos dispersos. Reparado apenas por unas jarillas, el toldo donde se asentaba el leonero. Leonero le seguían diciendo, en homenaje a la profesión corajuda de sus años mejores cuando, valido de su golpe de vista infalible para el rastro, de sus perros baqueanos y de su daga repentina, el hombre vivía con la muerte de la fiera. Claro que eso había quedado lejos. El leonero estaba viejo de años y de intemperie, llenos de niebla los ojos y de agujas reumáticas las coyunturas. Viejo, ciego,

baldado, el leonero duraba allá en la travesía, contorno necesario para su tiempo final.

La Legión quedó lejos del real y Gabriel se adelantó hasta el viejo acucillado, quieto en postura ritual. Una humareda oblicua se elevaba en la tarde y un revuelo de perros circundaba el toldo. Gabriel se sentó junto al fuego y habló despacio, recorriendo las etapas rigurosas del circunloquio que impone la cortesía campera. Y ante los oídos atentos y la mirada vacía del leonero, Gabriel develó el Anuncio y alcanzó el Requerimiento.

Nada tenía el leonero. Solitario y frugal nada poseía. Viejo, inmóvil y ciego nada podía ofrecer, nada podía allegar. Pero quiso plegarse al Anuncio desde su despojo y su impotencia.

En todas direcciones había cruzado el leonero las distancias intransitadas y en su lengua se habían aclimatado las voces del indio y de los pájaros. Aguadas presentidas y huellas insinuadas encontraron respuesta en la clave certera de su instinto. Navegador del desierto, confidente de memorias y de indicios, traductor de mensajes intangibles, el leonero poseyó un día el Gran Secreto. El secreto fabuloso y alucinado. La quimera febril y legendaria. La llave del arcano fantástico.

Y cuando Gabriel hubo hablado, habló el leonero. Cadencioso y seguro, traspasó su secreto deslumbrante. Traspasó el Gran Secreto, perseguido con ahínco, con locura, con fatiga y agonía por los cazadores del mito siempre esquivo. El leonero entregó la cifra del enigma, que acariciara en sus soledades interminables y que nunca se atreviera a corroborar con certeza. Clave y cifra, ubicación y latitud conocía el leonero, pero jamás su osadía había alcanzado para traspasar los umbrales del misterio; conocía el acceso a la quimera, pero se había detenido ante sus cerrojos inviolados, sujeto por oscuro mandato.

Gabriel dejó al leonero en su real, mirando sin ver la oblicua columna de humo que ante él se levantaba y entonada el alma por la entrega del secreto ante el Anuncio. Al abrigo otoñal de un vallecito quedó la Legión y Gabriel, con un puñado de jinetes, se desprendió rumbo al sureste, repasando la clave del enigma.

Durante varias jornadas marcharon los jinetes hasta que, rayando la mañana, alcanzaron la cercanía de un cerro, que destacaba su perfil abrupto en la línea imperturbable del horizonte. Mogote prescindible en la planicie, se atrincheraba con círculos de espinas y la verticalidad de sus laderas desalentaría sin duda al viajero casual. Pero Gabriel sabía que, tras las espinas y los taludes a pique, dormía el deslumbramiento de la fábula.

Ya el sol promediaba su carrera cuando los desmontados jinetes coronaron la cresta del mogote. Y fue necesario coronarla para advertir la conformación circular de aquel cerro que, como anillo de granito, circundaba un valle cerrado, de regular extensión, clausurado por moles de piedra en la vuelta total de su perímetro.

Entonces fue el asombro.

Los hombres quedaron sin aliento, deslumbrados frente a la corporización de la quimera, frente a la presencia palpable del mito. Sólo

Gabriel se mantuvo sereno, pues presentía aquello desde que el leonero transbordara su secreto.

Un generoso caudal cristalino cortaba el valle por la mitad, surgiendo de una gruta situada a Occidente para perderse en un corte de sombra ubicado hacia el Oriente, luego de explayarse en amplia laguna. Cabe la corriente, árboles gigantescos, de aparente condición frutal, se alzaban en pastizales lozanos. Y las ruinas intactas de un caserío asentaban en el plano del valle, bajo los árboles, su traza regular, amplia y simétrica. Pero ni el río, ni la laguna, ni los árboles, ni la traza de la ciudad oculta era el mayor motivo de asombro para los viajeros. Recién superado el mediodía, los rayos del sol se abatían plenos sobre la escena y, al herir las laderas circundantes, al golpear las paredes del caserío, al incidir en el pavimento de las calles muertas, despertaban brillos que cegaban al espectador. Relámpagos dorados estremecían la redondez del valle, matizados por vivísimos reflejos azules, verdes, iridiscentes. Sin falsedad podía afirmarse que el mogote era una inmensa corona de oro, salpicada de preciosa pedrería, cuya faz exterior se velaba de engañadora aridez y de espinas. Entonces Gabriel dijo, extendiendo el brazo en amplio gesto:

–Trapalanda. La Ciudad de los Césares...

"El cronista Ruy Díaz de Guzmán refiere del episodio lo que oyera relatar al capitán Gonzalo Sánchez Garzón, que había formado en las huestes de Diego de Rojas y de Juan Núñez de Prado y que residió interinamente y desde su fundación en Santiago del Estero, donde fue regidor... Éste le habría dicho que la expedición fue integrada por solo cuatro españoles a cargo de uno llamado César y que, saliendo de Sancti Spíritu, se fueron por algunos pueblos de indios y atravesando la cordillera, que viene de la costa del mar y va corriendo hacia el poniente y septentrión, hasta juntarse con la general y alta cordillera del Perú y Chile... entraron en una provincia de gran suma y multitud de gente, muy rica de oro y plata, que tenía mucha cantidad de ganados y carneros de la tierra, de cuya lana fabricaban gran suma de ropa bien tejida... el soberano indígena habría regalado espléndidamente a los españoles, dándoles muchas piezas de oro y plata... salieron de aquel sitio, de donde caminaron por muchas regiones y comarcas de indios de diferentes lenguas y costumbres, hasta que vinieron a subir una cordillera altísima y áspera, de la cual mirando el hemisferio, vieron a una parte el mar del norte y a otra el del sur".⁷

"Los relatos de Francisco César, el conquistador que fue enviado por Sebastián Gaboto, desde el fuerte Sancti Spíritu, en busca de noticias, hacia el oeste, y que ha debido llegar con seis o siete compañeros hasta la llanura de San Luis, dieron rienda suelta a la fantasía sobre una región fabulosa... donde abundan el oro y la plata... la leyenda "de los Césares" se extendió en aquella época primitiva y se mantuvo más que ninguna otra, alentada desde la Patagonia y desde el Perú".⁸

⁷ Tomado de Vicente D. Sierra.

⁸ Tomado de Diego Abad de Santillán.

"Tengo gran noticia de una provincia que llaman los Césares, corre de norte a sur, desde Córdoba hasta el estrecho de Magallanes, e así mismo la tengo de que hay grandes riquezas de oro".⁹

Tres días permanecieron los hombres en el recinto de la ciudad mágica. Desbordantes las alforjas, se alejaban cuando sobrevino el terremoto que abatió el mogote. Aquel terremoto demorado durante siglos, a la espera de quien debía llegar.

Completo su periplo austral, transitado el paisaje del agua y de los arrayanes, jalonado su avance con araucarias, la Pueblada alcanzó los dominios del hielo, el Encuentro de los Océanos, para retornar por el flanco del Atlántico y, superado el país de las manzanas, marchar sobre el Plata. Multitud innumerable era la gente, varia, tenaz y alegre, al conjuro de banderas y cantos.

⁹ Juan Ramírez de Velazco al Rey, octubre 10 de 1586.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO - TRAPALANDA EN EL LUNA PARK

*Como en la pampa el potro,
en tu cielo vuela libre el pegaso.
Y la ciudad de los sueños que vienen
será Buenos Aires.
Tal lo esperan los hijos de la Visión;
tal lo aguardan los ausentes de la Esperanza;
tal lo miran los ciudadanos y los obreros de la Atlántida.*

Rubén Darío

–Compro para el pueblo argentino –había dicho Gabriel, antes que sobreviniera el delirio. Y lo que sobrevino fue un entusiasmo que, luego de detonar en las gradas del Luna Park, sumó oleadas concéntricas hasta cubrir las inmediaciones, las calles del centro, los barrios, el suburbio, los poblados periféricos, la llanura y, saltando de provincia en provincia, de distancia en distancia, inundar el país para refluir multiplicado sobre el estadio, escenario de la subasta. Después de sostenerse largo tiempo, aminoró la vibrante marejada hasta permitir al martillero hacerse oír. Fracasó varias veces antes que le entendieran.

–Dada la magnitud de esta operación, necesito verificar su mandato –gritó el rematador.

–Mire afuera –contestó Gabriel.

Cuando la Pueblada se acercó a Buenos Aires, su caudal creció vertiginosamente. El anuncio se repitió de boca en boca y en cada población de la cintura porteña se alzaron infinitas respuestas al Requerimiento. Columnas dispersas y espontáneas se movieron desde las orillas, crecieron en las barriadas y llevaron hasta el centro su convergencia inapelable. Siempre con banderas al frente, estribillos bullangueros se habían sumado a la frugal alegría del periplo. Cruzaron puentes e inundaron autopistas. En las primeras horas de la mañana en que se realizaría el remate, la Pueblada ocupó la ciudad, colmó las esquinas y acampó en las plazas que así se alumbraron con fogones madrugadores. Las guitarras y las risas debieron hacer suponer al gobierno que aquello no obedecía al solo afán de presenciar la subasta, como creyó efectivamente; confirmada esta explicación ramplona por un informe que, sobre el particular, elevara el Picaflor de Burzaco.

Santos, el boxeador-de-la-mano-jodida, Paisano de Torrecita, se sumó a un grupo de muchachos eufóricos que pasó frente a su casa cantando un rítmico motivo, proverbial en las tribunas domingueras, cuya letra habían adaptado patrióticamente. Al frente de tal grupo –bastoneros carnavalescos– se contorsionaban Gaspar, Melchor y Baltasar, o sea, Yácono, Rossi, y Ramos.

Toribio, Copletero de Patria Afuera, enronqueció la guitarra junto al fogón que algunos comprovincianos inauguraran en Plaza Once.

Aníbal, Albañil del Arrabal, circulaba entre el gentío como buscando algo. Y el Profesor, Soñador Patricio, jurista y aristócrata, caminaba confundido en un contingente que partiera desde los frigoríficos de Berisso. Mercedes, a quien, quizá con escaso énfasis, se le había recomendado no salir de casa, marchaba con las tejedoras de una fábrica de San Justo. A las once de la mañana, cesó de golpe la llovizna, escampó el cielo y un sol augural acarició la muchedumbre.

Varios exploradores, enviados por las autoridades y por la firma martillera, salieron a mirar y recorrer, conforme a la invitación de Gabriel. Volvieron pronto, con la evidencia del mandato otorgado. El rematador se dirigió de nuevo a Gabriel:

–¿Y cómo va a pagar el pueblo? –inquirió.
–Con fe, con decisión y con esfuerzo.
–Ésa no es moneda de curso legal...
–Si le parece poco, los argentinos devuelven aquel posible producido del remate, que se prometió distribuir entre la población.
–Bueno, tampoco eso cuenta pues no hay producido.
–No perdamos tiempo –intervino aquí el Presidente de la República– la Nación tiene deudas cuantiosas y los acreedores se niegan a esperar más.
–Basta la decisión de un pueblo para pagar sus deudas. Y, si los acreedores no quieren aceptar este compromiso, que traten de cobrar nomás. Pero advierto que, antes de perder lo suyo, los argentinos son capaces de ejercer la suprema virtud del heroísmo...
–¿Es una amenaza? –preguntó el Presidente.
–...Solamente reivindico cuanto de más alto contiene esta oferta que he transmitido. Ofrezco fe, decisión, esfuerzo y heroísmo. Lo demás que pueda entregar es pobre añadidura... Sin embargo, espere un momento, Presidente.

Gabriel se dirigió por lo bajo a los que tenía más cerca y éstos abandonaron el estadio. Al rato, en medio de un murmullo formidable, se abrieron las puertas que dan a Bouchard y a Madero. Por la entrada de Madero penetró una formación de tres en fondo, cuyos componentes, antes de salir por la portada de Bouchard, se allegaban al ring y volcaban sobre el mismo los contenidos de bolsas, cajones y barricas que portaban. Hombres, mujeres, chicos, viejos, jóvenes, ricos y pobres, componían el desfile asombroso.

Cayeron siete objetos sobre el cuadrilátero: un Ladrillo, un par de Espuelas, una Guitarra, una Roldana, un Libro, una Espada y una Flor. El que dejó los siete objetos venía emponchado y un sombrero aludo tapaba su cara: seguramente por eso nadie advirtió el dulce fulgor que disimulaba el chambergo, ni reparó en el dividido revuelo de plumas que asomaba bajo el fleco del poncho.

Después depositaron un cañoncito de bronce macizo. Y un puñado de billetes arrugados. Y un apero de plata y oro. Y un tirador que hasta un Sol peruano tenía. Y unas metralletas de fabricación checoeslovaca. Y libretas de ahorro. Y rejas de arado. Y machetes. Y tabaco. Y madera. Y pieles. Y hachas. Y nobles metales remotos y duros metales fabriles. Y dulzuras vegetales. Y

huacos intactos. Y refucilos minerales. Y estoques de revueltos gavilanes. Y áureos idolillos. Y ejecutorias miniadas. Y alambiques lustrados. Y...

Al final del desfile inacabable venían los Ecuéstres Testigos de Trapalanda, cruzadas las alforjas en sus montados. Llegaron hasta el centro de la platea y volcaron, sin inmutarse, su carga deslumbrante. Bajo los focos y reflectores espejearon las gemas, el oro, la plata, poblando de reflejos bailarines la amplitud del recinto.

—Ahí tiene, Presidente —dijo Gabriel, señalando el montículo fulgente— que se cobren y dejen el resto.

El acto había terminado. Cayó el martillo, formal.

En brazos de la muchedumbre, Gabriel llegó hasta el palco de honor, abandonado por las autoridades en retirada. Sobre él se aquietó la convergencia de cien haces luminosos y en su torno retoñaron los micrófonos. Gabriel levantó los ojos y habló:

—La Argentina ha sido reconquistada por los argentinos. Hubo que llegar hasta lo más hondo para iniciar la ascensión del Rescate. De un Rescate esforzado, que conoció los crisoles del sacrificio y el denuedo. Dormíamos la tristeza pareja de los días, clavados entre la rutina y el remordimiento, cuando el Anuncio concitó la reunión de cada afluente y levantó el caudal de la Patriada. Ni el oro ni la plata definen la Patriada, medida por la entrega desmedida. Está cumplida la empresa y otra empresa comienza. Afirmado el ánimo, los argentinos han de construir su mañana. Edificarán la Ciudad de Abajo con el corazón de la Ciudad de Arriba. Bajo el yugo liviano del Supremo Servicio, construirán el reparo de la Patria. Ya hemos descifrado el secreto de Trapalanda, la Ciudad del Pasado; resta descifrar el perfil de la Ciudad del Porvenir, cuya clave está en la Ciudad de Arriba...- aquí cortó Gabriel el discurso y, abandonando la altura de sus dichos, se arrancó con un VIVALAPATRIA sostenido y vibrante, que vino a injertarse en el clamor de la multitud.

Aníbal, que algo parecía andar buscando, encontró por fin a Mercedes. La voz de Gabriel les llegaba desde un altoparlante colocado en la esquina de Viamonte y Reconquista. Y en sus manos, ya enlazadas, se reunieron dos vertientes argentinas, resueltas a escalar el mañana en compañía.

Cuando la gente quiso, otra vez, llevarse a Gabriel en triunfo, Gabriel no estaba en el palco vacío. Todos buscaron e indagaron. Se miraron entre sí desconcertados. Y cada uno creyó, por un momento, ver los rasgos de Gabriel en su vecino. Pero Gabriel no estaba. Ya no hacía falta traducir el Anuncio porque el Anuncio se había cumplido. Despertaba el afán de otra empresa. Y, en medio de la muchedumbre, alguien sintió aposentarse en su corazón una responsabilidad ineludible y súbita.

“Esquina Chica”, abril 30 de 1972.